

**“ENTRE EL DUELO Y EL AFRONTAMIENTO”
RECOMPOSICIÓN FAMILIAR Y PERSONAL TRAS LA MUERTE DEL PADRE**

JUAN CAMILO BEDOYA RAMÍREZ

**UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y ECONÓMICAS
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES
PROGRAMA DE SOCIOLOGÍA
SANTIAGO DE CALI
2019**

**“ENTRE EL DUELO Y EL AFRONTAMIENTO”
RECOMPOSICIÓN FAMILIAR Y PERSONAL TRAS LA MUERTE DEL PADRE**

JUAN CAMILO BEDOYA RAMÍREZ

**Trabajo de Grado para optar por el título de
SOCIÓLOGO**

Director

PEDRO QUINTÍN QUÍLEZ

Doctor en Geografía e Historia (Antropología Social)

**UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y ECONÓMICAS
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES
PROGRAMA DE SOCIOLOGÍA
SANTIAGO DE CALI
2019**

Dedicado a mis padres Gloria y Armando, a mis hermanos Andrés y Sophia; a mi sonrisa M., quien me iluminó en este proceso. Infinitas gracias por su esfuerzo y compañía en este viaje que signifíco cursar la carrera de Sociología en mi *alma mater*: la hermosa y sin igual Universidad del Valle

Agradezco de manera muy especial a la Familia S. y a la Familia G. por acogerme en su casa y permitirme acercarme a sus recuerdos. Agradezco y valoro de forma sobre-humana las enseñanzas producto de este trabajo y hago mención de mi profunda admiración por Doña I. y Doña P., madres dedicadas, valientes y fuertes que nunca han dejado de trabajar por el bienestar de sus hijas/os. Gracias por sus memorias, por sus sonrisas y por este trabajo de grado. Agradezco a su vez de forma muy especial la guía profesional y humana brindada por mi director Pedro Quintín, quien me invitó a practicar la empatía a través del quehacer investigativo.

Índice

Presentación.....	5
Capítulo I: Estado del arte, referencias conceptuales, objetivos y metodología.....	9
Capítulo II: La vida familiar antes de la perdida.....	23
Capítulo III: la pérdida y su impacto en la vida familiar.....	41
Capítulo IV: “La muerte del padre es un duelo que se hace toda la vida”.....	59
Conclusiones.....	70
Bibliografía.....	72

Presentación

Llegar a concebir la muerte y el duelo como un proceso que ameritara una investigación no fue fácil debido a que, como menciona Norbert Elias en su texto *La soledad de los moribundos*, es un tema que en nuestra sociedad pertenece al ámbito privado, es un asunto casi tabú. En este estadio de la civilización occidental, señala Elias, la terminación de la vida se da tras bambalinas de la escena social y se limita al grupo que sufre, a las familias y a los que poseían un vínculo con el fallecido, pero no se extiende más allá. Tampoco es un tema de conversación entre padres e hijos; solo se habla de ello cuando la muerte aparece en el horizonte, y aun así se trata de ocultarlo. Ingmar Bergman, director de teatro y cine, fue el director de una película clásica de culto y en extremo diciente sobre la relación de las personas con la muerte. Su película “El Séptimo Sello” (1957) se inscribe y desarrolla en la Edad Media, pero aun así podría servirnos de ejemplo. La imagen más emblemática de la película es la de un caballero llamado Antonius Block, que regresa después de mucho tiempo a su pueblo y se encuentra a la muerte reclamando su vida (curiosamente, se encuentra a la muerte en “carne y hueso”): intentando ganarle tiempo a la muerte, la reta a una partida de ajedrez en la que, en busca de extender su vida, la engaña a través de múltiples jugarretas, para así darle el sentido último a su existencia, vivificando aquella frase de “ganarle a la muerte”.

Estanislao Zuleta, en su texto *El pensamiento psicoanalítico* (1985), también hace referencia a la relación del hombre con la muerte y cómo esta se intenta ignorar u ocultarla sin éxito. Zuleta intenta introducir en esta discusión una definición de hombre: el único ser que sabe, aunque no lo quiera reconocer, que está muriendo continuamente. Haciendo mención a esto, se encuentra que la muerte no es un tema de conversación como la política, el fútbol o demás, sino que más bien es una conversación oculta y negada voluntariamente.

Este tema estuvo entre mis aspiraciones investigativas durante el 2016 y el 2018, pero siempre agazapado, pues personalmente no concebía que fuera adecuado hablar de una relación entre la muerte y la sociología por la misma razón que lo concebía como un tema sumamente privado. Al llegar al curso de Historias de Vida, del profesor Mario Luna, esta propuesta pudo salir marginalmente a escena. Se debía escoger un tema que pudiese ser trabajado desde la metodología de las historias o relatos de vida y que se pudiese escudriñar bajo la lupa de la teoría social vista hasta el momento. Inicialmente no sabía qué formular debido a que en ese momento me encontraba totalmente seducido por la teoría de clases sociales, la lucha de clases y demás posturas explicadas de forma tan apasionada por el profesor Alberto Valencia. De tal modo, buscaba en cualquier postura o trabajo encontrar la relación con Marx y sus ideas. En esta materia no fue el caso, pues no se me ocurrió cómo hilar las historias de vida y lo visto en clase de Marx. Pensando en darle paso al curso y cumplir con las obligaciones, decidí trabajar con el hecho de perder a alguien. Dentro de mi círculo social tres de mis amigos habían perdido a sus padres en diversos hechos. Este

fue el escenario perfecto para la realización de una entrevista, puesto que eran mis amigos y seguramente me ayudarían. De mis amigos elegí al que, en lo personal, conocía hacía mucho tiempo.

El profesor Luna, a cargo de dictar el curso sobre la metodología de las historias de vida, me acompañó en todo momento para poder construir un modelo de entrevista en el que pudiera acercarme a la intimidad y al significado de perder al progenitor. Fue de esta manera que concebí de forma más elaborada el estudio sobre la muerte. Si bien la mayoría de literatura usada en ese momento fue psicoanalítica, había autores como Danilo Martuccelli que permitían aprehender, al menos en ese momento y pese a la inexperiencia, el duelo a través de la subjetividad. La subjetividad en ese momento me permitiría entender qué significó para mi amigo y su madre haber perdido a su padre y a su esposo, dejando en evidencia los cambios no solo personales respecto a las actitudes ante la vida (si encontraban la vida valiosa o traumática), sino también cómo se concebían ellos mismos tras años de la pérdida (más fuertes, más sensibles, etc.) y finalmente, entender a través de las emociones de mi amigo qué significaba para él crecer sin su padre.

Entré a campo y entrevisté en ese momento a dos miembros de la familia de mi amigo, los González Zapata¹. En ese momento, con la ausencia de bases más amplias en cuanto a un cuestionario de preguntas y literatura especializada entrevisté a Christian Camilo y a su madre. En ese entonces la entrevista con cada uno no superó los 20 minutos de duración; el análisis producto de esas entrevistas se convirtió en un trabajo limitado de cuarto semestre, pero significó el primer acercamiento de manera sociológica a un tema tan privado como este. Pasados los semestres, el profesor Luna me sugirió hacer mi trabajo de grado sobre este tema, enunciándome que podría desarrollarlo más cuando llegara a proyecto de grado.

Pasado los semestres, y con ellos ubicando la pertinencia de los distintos científicos sociales en el análisis de las realidades sociales, decidí seguir la motivación recibida del profesor. Al llegar al curso de proyecto de grado ya tenía una propuesta de investigación, sólo faltaba volverlo una investigación limitada en términos de espacio y tiempo. En este punto, conversé con varios docentes sobre la pertinencia de un estudio de este tipo, debido a que de algún modo tendría que encaminar la investigación del duelo a través de la sociología, permitiendo una discusión con el psicoanálisis en sus justas proporciones. Teniendo ya una experiencia investigativa previa, la idea principal recaía en lo siguiente: *indagar si el hecho de la muerte, es decir, su forma (si es violenta, accidente, natural, enfermedad etc.) influía de manera directa en el proceso de duelo*. Esta vez, centrándome de una forma u otra en las acciones² llevadas a cabo por la familia en esos momentos difíciles. En tal sentido, me propuse traer la discusión del duelo ampliamente trabajado por

¹ Los nombres y apellidos de los miembros de las dos familias con quienes se trabajó, fueron modificados para salvaguardar su privacidad.

² Acciones, entendidas como formas (concretas) de hacer el trabajo de duelo por parte de las dos familias.

el psicoanálisis y la psicología en el plano psíquico al plano de la función social y cultural del duelo que es el campo de interés sociológico y antropológico.

Posterior a esto, converse de nuevo con mi amigo Christian Camilo y le conté lo que quería hacer en mi trabajo de grado, que no era otra cosa que reconstruir las experiencias de su familia ante la muerte de su padre; la respuesta de mi amigo fue positiva. Después, su familia (su madre y hermano mayor) me ofreció apoyo. Pasado el tiempo, por azar, conocí a una mujer maravillosa con la cual construí una formidable amistad. Con el paso del tiempo, la misma amistad nos llevó a contar historias sobre nuestras familias, procedencia, trabajos y demás. Entre el ir y venir de estas historias, me contó sobre la pérdida de su padre y lo que significó para ella. El tema de su padre y el sufrimiento de ella en particular, quedó sellado en nuestra amistad; esto esclareció en mí, que este proyecto también buscaba evidenciar cómo las personas siguen avanzando en sus biografías pese a albergar un gran dolor. En tal medida, pedí su ayuda para la construcción de mi investigación. Debo mencionar que solo conté con ella en un primer momento, debido a que carecía del valor necesario para pedirles el permiso de trabajar junto a su madre y hermana este tema, puesto que nunca se hablaba de este suceso. De esta forma, con la ayuda de Christian Camilo y Carolina logré construir una propuesta de investigación aterrizada en tiempo.

Luego de un arduo trabajo guiado por la tolerancia y conocimiento de mi tutor, logré consolidar un cuestionario amplio y sensible que permitiera adentrarme al discurso de las familias sobre el dolor de su pérdida. Fue el trabajo de recolección de información el momento en el que descubrí las bondades de la empatía, que fue en cierto grado más eficiente que un andamiaje teórico. La cuestión era cómo conversar sobre un tema privado y doloroso del cual nadie quiere hablar. Esto estaba acompañado del hecho de no estar en su lugar, es decir, no haber perdido a alguien significativo de mi núcleo familiar, desconociendo por tanto en carne propia el espacio del dolor y la ausencia. Esta incógnita también la encontró el antropólogo Renato Rosaldo (1993), tal y como relata en su estudio sobre la cacería de cabezas de la tribu Ilongot (Filipinas) expuesto en su libro *Cultura y verdad*. En un primer momento, el autor intenta comprender la génesis de la cacería de cabezas como práctica cultural de esta tribu, una práctica que se produce tras la pérdida de un miembro cercano a la familia. Describir y tratar de entender el por qué de esa gran ira que se presenta como la emoción motivadora (que es lo que los miembros mencionan sentir) los lleva a la acción de salir corriendo a cortar la cabeza de la primera persona con que se encuentran. Luego, tras una fatídica salida de campo, Rosaldo pierde a su esposa en un accidente y tras el duelo personal comprendió (en carne propia) la ira narrada por el pueblo Ilongot. Catorce años después de empezar su trabajo de campo, Rosaldo logra de esa manera entender la fuerza (cultural) de la emociones. En suma, podía intentar hablar de un dolor que permite ponerse en el lugar del otro, pues ya vivió de forma personal la pérdida. En este caso, sin embargo, yo carecía de tan complejo posicionamiento, que supone perder a un otro significativo.

A su vez, debía encontrar la manera en que los entrevistados, con los cuales tengo un vínculo importante y especial, el cual quiero seguir manteniendo, no sintieran ni levemente que sólo quería sustraerles información valiosa y llevarlos a recordar momentos que no querían recordar. En este caso, cabe mencionar a Carl Gustav Jung a través de una frase que me resulta extremadamente valiosa: *Conozca todas las teorías. Domine todas las técnicas, pero al tocar un alma humana sea apenas otra alma humana* (Cita de Jung, S.F.; tomada de Moix, J y Carmona, V. 2018. P: 11). Esta frase me ayudo al entrar en campo, pues no tuve pretensiones de sustraerles información que no quisieran compartirme, ni puse por encima de su dolor mi deseo de saber. En tal forma pude, al igual que ellos, abrir mi humanidad y compartir momentos especiales y dolorosos; pues cuando derramaban lagrimas, automáticamente, yo también lo hacía. Por eso, de forma personal, considero que en este caso la herramienta sociológica más funcional, fue la empatía, puesto que me permitió, junto a las familias, retomar un tema tan complejo.

No solo descubrí de forma personal las bondades sociológicas de la empatía, sino también, el carácter transformador del dolor en estas familias, como también lo muestra Rosaldo al referirse al poder transformador de las emociones, ya que quedaron dotadas de una particular resistencia ante los eventos desafortunados: como lo dijo Carlos, hijo mayor de la Familia González Zapata, “ya a uno no se le arruga tan fácil”.

Finalmente debo reconocer y decirle al lector que este no es un trabajo que se limite a la muerte en sí, sino que intenta evidenciar, a través de los distintos capítulos, la forma en la que estas dos hermosas familias afrontaron el dolor. Este trabajo cuenta con dos capítulos muy emocionales en el que podrán leer, a través de cada miembro de la familia, sus vivencias antes de la pérdida sufrida (capítulo II) y el impacto de la muerte a nivel personal y familiar (capítulo III). Esta organización busca que quien pose sus ojos sobre este trabajo conozca de primera mano la información y, sobre todo, que pueda evidenciar los cambios ocasionados tras la muerte del padre en las dos familias.

Capítulo I: Estado del arte, referencias conceptuales, objetivos y metodología

En este capítulo proponemos el estado del arte constituido por diversos trabajos de sociología, antropología y psicoanálisis que permitirán dibujar una perspectiva sobre cómo se ha trabajado la muerte y el duelo desde estas tres disciplinas. Entre los textos trabajados se encuentran clásicos de la sociología y la antropología, acompañados de trabajos más recientes. A su vez se encuentran las referencias conceptuales, que son de uso del que hacer psicoanalítico pero que están orientadas sociológicamente. También se encuentra en este primer capítulo la metodología que permitió evidenciar cómo se hacían presentes los conceptos propuestos en los relatos de las familias.

Estado del Arte

El duelo como problema de investigación ha sido trabajado ampliamente por la psicología y sus distintas vertientes como el psicoanálisis, la psicoterapia o afines, donde se le considera un problema netamente individual y concerniente al plano psíquico en mayor medida. Ciencias como la sociología y la antropología se han encargado también de su análisis investigándolo como una construcción social que supone unas formas de hacer colectivas durante el proceso de duelo y rituales fúnebres en los que es posible encontrar elementos de interés sociológico como son, por ejemplo: *las diferencias socio-económicas o las diferencias étnicas y culturales*; además, esas formas y prácticas de hacer implican dimensiones simbólicas funcionales a determinados órdenes sociales.

Estas dimensiones simbólicas y prácticas respecto al duelo han sido ampliamente trabajadas desde el plano antropológico, campo desde el cual se ha examinado el significado de la muerte en sociedades tribales dentro de las que el duelo cumple la función social de despertar la solidaridad y unidad en el grupo, nutrida por representaciones de lo sagrado y lo profano³. Para la construcción de este estado del arte se tomarán inicialmente dos textos clásicos, que discuten los aspectos sociológicos de la muerte y el duelo. Con ellos se quiere nutrir la pertinencia de esta propuesta investigativa permitiendo la discusión con las distintas investigaciones aquí descritas; luego se revisará otra literatura más actual y acotada empíricamente.

La sociología clásica de Emile Durkheim ya había discutido algunos aspectos del duelo en su texto *Las formas elementales de la vida religiosa* (publicado originalmente en 1912), específicamente en el capítulo quinto, titulado *Los ritos piaculares y la ambigüedad de la noción de lo sagrado*. Durkheim se encarga de investigar el duelo como una representación de lo social, anclada como un rito que permite mantener la cohesión en el tejido social de

³ Como en el texto “La muerte y la mano derecha”, de Robert Hertz (1990).

las tribus. El duelo es trabajado por el autor a partir de observaciones de Spencer y Gillen en la tribu de aborígenes Australianos Warramunga, es decir, es un estudio del duelo en sociedades primitivas. Él autor hace una descripción del proceso de duelo que se desarrolla como una inversión generalizada de sufrimiento, donde cada miembro según la relación con el fallecido, toma un papel y debe cumplir ciertas determinaciones como quemarse, cortarse la cara, sangrar, incluso morir por la gravedad de sus lesiones auto-infringidas; Durkheim (1993: 599- 600) menciona lo siguiente respecto al duelo en estas sociedades:

(...) el duelo no es la expresión espontánea de emociones individuales. Si los parientes lloran, se lamentan y se torturan, no es porque se sientan personalmente heridos por la muerte de su allegado (...) el duelo no es un movimiento natural de la sensibilidad privada, golpeada por una cruel pérdida, sino que es un deber impuesto por el grupo. Uno se lamenta no simplemente porque esté triste, sino que está obligado a lamentarse

Por tanto, lo que nos muestra Durkheim es que el duelo como rito cumple una función social en las sociedades primitivas; es un catalizador de símbolos prácticos que desempeña la labor de mantener al grupo unido ante la desgracia y que ante todo, es una muestra de la unidad moral y social del grupo antes que una explosión de sufrimiento individual.

El siguiente trabajo que se tomará aquí como referencia general es el libro de Norbert Elias (1982) *La soledad de los moribundos*. Si bien el autor no habla de manera estricta sobre el duelo o la función social del mismo, lo encuentro sugerente al plantear que la muerte es un proceso biológico con implicaciones sociales. Menciona que temas relacionados con la muerte y sus implicaciones en el plano de lo social no han sido de mucho interés sociológico; dejando abierto un campo por estudiar. Este libro hace una introducción sobre la muerte con relación al proceso civilizatorio y menciona que el tratamiento de la misma varía con el tiempo: el morir en la Edad Media era un fenómeno público que despertaba risas y burlas en algunos casos; el moribundo en su lecho de muerte estaba rodeado por muchas personas que lo veían agonizante, la muerte estaba expuesta en el escenario social. De esta forma, Elias plantea que el sufrimiento agónico acompañaba en todo momento el proceso de duelo y este no se ocultaba de todo él que lo quisiera presenciar. Con el avance del proceso civilizatorio, la muerte, los procesos de velación y luto pasaron del plano público al privado, donde se hace un contacto limitado con el moribundo que se oculta del escenario social y sólo despierta interés ante los ojos de la familia y unos pocos conocidos. De tal manera, la muerte se presenta como un proceso biológico con unas implicaciones sociales e históricas que en este estadio de la civilización se muestra como un fenómeno privado e individual. Entonces se podría complementar el planteamiento de Norbert Elias examinando los resultados dados por Durkheim en la medida que el duelo cumple una función social integradora e impersonal, pasando del duelo público al privado. Por consiguiente, estos planteamientos arrojan una luz a la pertinencia

de este trabajo, planteando el duelo no como un proceso netamente psicológico, sino como un fenómeno sociológico digno de estudio.

A continuación, se expondrán algunos trabajos que tratan sobre el duelo. Son investigaciones empíricas más delimitadas en espacio y tiempo que permitirán el dibujo de una perspectiva sobre cómo se ha investigado este proceso.

La muerte sin llanto: Violencia y vida cotidiana en Brasil, de Nancy Scheper-Hughes (1997). Si bien este texto ya tiene algunos años desde su publicación, se considera esencial como un estudio antropológico con notables resultados empíricos. A pesar de que el texto de Nancy Scheper no trata el tema del duelo directamente, es sugerente la relación que se gesta entre muerte y situaciones socio-económicas, en este caso se presenta la situación contextual de las madres de la barriada Alto de Cruzeiro en Brasil, donde la pobreza, la enfermedad y el nerviosismo producen una actitud práctica ante la muerte. En este caso sobre la muerte del hijo y cómo esta influye en su subjetividad, la autora menciona lo siguiente:

(...) el pensamiento y la práctica maternal se enraízan en una serie de supuestos, que los niños y bebés son fácilmente sustituibles o que algunos niños nacen <<queriendo>> morir, contribuyendo más si se cabe, a un ambiente que es peligroso, incluso antagónicos a las nuevas vidas (...) la muerte aparece como el destino más probable de los hijos de familias pobres (Scheper-Hughes, 1997: 31).

Con la cita anterior se puede observar en alguna medida que la muerte y sus significaciones se adscriben a procesos sociales y contextos. En el caso de la barriada de Alto de Cruzeiro, el proceso de duelo no existe porque la muerte no es un destino trágico, sino el destino querido de algunos niños, lo que produce una muerte y un duelo a “secas”, una muerte sin llanto. Por tanto, la importancia de este trabajo para la presente investigación radica en evidenciar que existe una relación funcional entre situación económica y el hecho de morir, donde la muerte se presenta como el destino más probable de los hijos de familias pobres. El texto deja claras las influencias de un contexto empobrecido y trágico sobre la subjetividad de las madres y de los pobladores, propiciando así una perspectiva como la de creer que los niños nacen queriendo morir o que son fácilmente sustituibles, por lo que se puede anexar: no hay duelo.

Debido a la trágica historia de la guerra interna colombiana y sus distintos móviles y formas, el duelo ha calado en la agenda de los investigadores sociales colombianos: algunas investigaciones privilegian la mirada sobre cómo es el duelo anclado en la violencia producto de la guerra, como por ejemplo, la violencia estatal y paramilitar. Un ejemplo es el trabajo de la socióloga Yenifer Luna, *Repertorio de duelo de mujeres rurales sobrevivientes de cuatro masacres en Colombia* (2016). Esta monografía es un trabajo supremamente interesante puesto que evidencia cómo los repertorios de acción de las mujeres víctimas de masacres en Colombia, es decir, del conflicto armado, no sólo toman medidas de acción frente al olvido estatal, sino también que estas acciones influyen en el

proceso de duelo que atraviesan. Lo sugerente de este trabajo es la sociologización de la teoría psicoanalítica, pues logra hacer palpable al duelo como un proceso fáctico: *las mujeres al palear el olvido estatal a través de los repertorios de acción social logran transformar el duelo en una lucha social, es decir, el duelo se hace palpable más allá de las características intrapsíquicas*. Por consiguiente, se puede dibujar una separación del duelo como un proceso individual y se gesta con tintes sociales como lo explicaba Durkheim. En este caso, el duelo transforma las subjetividades y se vuelve acción social representada por mujeres que comparten aspectos sociales como la tierra, etnia; el dolor y la violencia.

Otro trabajo revisado hasta el momento es el de la psicóloga Isabel Cristina Correa (2013), el cual lleva por título *Duelo por pérdida de un hijo(a): historia de vida de padres y madres de la Fundación Lazos Medellín*, se torna valioso también, pues a través del estudio de caso de seis adultos cuya edad oscila entre los 40 y 60 años, se examina el proceso de duelo por la pérdida de un hijo/a. Estos padres asisten a una fundación y allí, a través de las historias de vida, se examina la realidad del proceso de duelo en cuanto a sus implicaciones psicológicas. Dentro de este trabajo se pueden encontrar latentes elementos sociológicos sugerentes debido a que enuncia que las madres, al contar las historias de sus hijos lloran y son más expresivas que los padres, quienes se muestran más tranquilos y a su vez rígidos, es decir, no tan expresivos. Lo anterior permite suponer la existencia de aspectos de género inmersos en el proceso de duelo donde la madre le es lícito llorar, ser emocional o “débil”, mientras que por el contrario, los padres deben mostrarse fuertes, tranquilos, respondiendo así a unos patrones sociales de cómo debe ser la feminidad y la masculinidad ante la muerte del hijo o de la hija.

También es destacable puesto que pone de presente el concepto de “afrontamiento”, el cual hace referencia a las formas de hacer y pensar que les permiten llevar a cabo el proceso de duelo. Es importante tener en cuenta que el afrontamiento tiene en algunos casos un tinte religioso donde la muerte se representa como un destino soportable debido a que el hijo o la hija muerto estará al lado de Dios y los padres pronto se encontrarán con él o con ella. En tal sentido, la investigación brinda insumos sobre las representaciones sociales ante la muerte. En este trabajo también se puede evidenciar el proceso de duelo a través del trastocamiento de la máxima cultural que indica que los hijos entierran a sus padres y no sus padres entierran a sus hijos.

A. Alvis, C. Duque y A. Rodríguez (2015) realizaron un trabajo destacable, que lleva por título *Configuración identitaria en jóvenes tras la desaparición forzada de un familiar*. Allí exponen las consecuencias de la desaparición forzada en la identidad de los jóvenes mostrando que sin el cuerpo del familiar, no hay proceso de duelo y es así como el dolor se convierte en una constante que deja huella en el desarrollo de los jóvenes y a su vez dejando una marcada crisis en la composición familiar. Este trabajo es pertinente para el estado del arte en la medida en que evidencia la complejidad de la tarea de duelo sin un

cuerpo al cual enterrar (no se puede dejar morir al muerto sin sepultarlo). De esta forma, no se puede llevar a cabo el enfrentamiento de la realidad que expone (Worden, 1977) donde es necesario un ritual de sepultura o de velación para aceptar la realidad de que el ser querido murió. Por lo cual, el insumo que ofrece esta investigación es el pensar la importancia del rito fúnebre (entierro) como procedimiento determinante para el trabajo de duelo y aceptación de la realidad.

Cabe mencionar que lo discutido hasta el momento es solo una ínfima parte de la profusa cantidad de investigaciones realizadas sobre todo en el campo de la psicología e historia. Se decidió trabajar las investigaciones que presentaran un fuerte componente sociológico y antropológico. Aun así, este breve estado del arte brinda una perspectiva sobre el duelo y su estudio, que muestra que el duelo ha sido investigado como un proceso ritual en las comunidades primitivas; que se han realizado estudios en poblaciones víctimas de conflicto y ha sido investigado a fondo por la psicología. Sin embargo, el duelo y sus dimensiones sociológicas en una familia o incluso en un individuo no han constituido un asunto de tanto interés sociológico; por consiguiente, es mi interés profundizar en el proceso de elaboración del duelo cuando este no cumple una función social como exponía Durkheim para las sociedades primitivas, o comprender cómo funciona el duelo dentro del espacio privado de la familia, como bien menciona Norbert Elias. Además, permitirá ver que el duelo no es solo un campo de dominio del psicoanálisis y de la psicología, sino que compete a la sociología al presentarse como un fenómeno atravesado por lo social que recurre a unas prácticas fúnebres que a su vez son profundamente sociales. En tal medida se retoma lo dicho hace algunas años por Elias “*el tránsito hacia la muerte es un espacio en blanco en nuestro mapa social, es un tema de investigación pendiente al que estamos invitados*” (p.13).

Aproximaciones conceptuales

Este trabajo de grado plantea el uso de dos conceptos principales que servirán como insumo para abordar la investigación: *duelo* y *métodos de afrontamiento*, conceptos que serán hilados a partir de los relatos de vida.

Duelo: este ha sido ampliamente trabajado en el campo psicoanalítico, en la psicología y sus diferentes formas de aplicación, es decir, la psicoterapia en acción. El primer exponente que trabaja este concepto y sus implicaciones psíquicas es Sigmund Freud, quien considera al duelo como una constante que aparece como reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción u objeto que haga las veces de objeto receptor de afectos. En este sentido, menciona que abstracciones como la patria, la libertad, un ideal etc., y su pérdida puede desencadenar un proceso de duelo (Freud, 1915, P: 241).

Freud (1915) menciona que el trabajo de duelo trae desviaciones de la conducta normal, debido a que la reacción frente a la pérdida de la persona amada desemboca en un

desinterés por el mundo exterior, por todo lo que no recuerde al muerto. Es posible ampliar esto debido a que la persona en tarea de duelo encuentra sentido al mundo en la medida en que este puede ser enfrentado a partir de los recuerdos con el fallecido o su abstracción. A su vez, Freud hace especial mención a que el doliente carece de la capacidad de elegir otro nuevo objeto de amor que reemplace al llorado, evitando cualquier trabajo productivo que no implique el recuerdo del fallecido y dejando como muestra que esta inhibición y esta estrechez del 'yo' expresan en sí mismo una entrega incondicional al duelo que nada permite a otros propósitos e intereses (Freud, 1915, P: 242).

El duelo como proceso, menciona Freud, está acompañado de diferentes síntomas, donde el primero de ellos se presenta como la negación del hecho (acto que produce alucinaciones y culpas, debido a que el objeto perdido se encuentra permeado por distintas conexiones, huellas psíquicas y libido, que en el proceso de duelo se deben ir desvaneciendo). Luego menciona que un trabajo de duelo se ve dirigido por el principio de realidad que triunfa sobre la alucinación, mostrando la renuncia al objeto como un proceso; en esta medida, se presenta lo que menciona Luna (2016, P: 10). El proceso de duelo freudiano busca hacer soportable lo insoportable, el éxito de este proceso da como resultado la liberación del doliente que se aleja de toda inhibición poniendo límite al dolor, permitiendo recuperar la energía y el desenvolvimiento en el plano social (Freud, 1915, P: 242-243).

Cabe mencionar que el concepto de duelo en Freud ha sido ampliamente trabajado y se ha intentado hacer palpable en el plano (si se quiere) social. Un autor que lo hace es Allouch (2006), quien plantea que en el proceso de duelo se deja un trozo de sí, un poco de existencia y que esto tiene un impacto en la subjetividad y en la vida del individuo, que a pesar de ello elige seguir; aceptar que el fallecido está en el lugar que le corresponde y se plantea una erótica del duelo, una muerte seca. El autor plantea lo siguiente:

(...) que el duelo sea llevado a su estatuto de acto. El psicoanálisis tiende a reducir el duelo a un trabajo; pero hay un abismo entre trabajo y subjetivación de una pérdida. El acto es capaz de efectuar en el sujeto una pérdida sin compensación alguna, una pérdida a secas (...) Pero resulta que, dentro de la ausencia de un rito con respecto a ella, su actual salvajismo tiene como contrapartida que la muerte empuje el duelo al acto. (Allouch, 2006, P: 9-10).

Para esta propuesta de investigación el concepto de duelo se convierte en uno de los bastiones que soportará el quehacer investigativo y se nutrirá de la realidad empírica. Vale aclarar que no se busca con este concepto determinar la realidad de las familias trabajadas, sino lograr una aproximación a la manera cómo en estas dos familias el concepto de duelo se hace presente. De tal modo, en esta investigación se tomará al duelo como un proceso que se ancla a la pérdida de algún referente de su amor (padre, madre, hermano, hijos, una casa, un objeto) como bien lo menciona el psicoanálisis, teniendo presente al duelo como un proceso que debe tener un fin. Además, es necesario entender que el trabajo de duelo no

se relega al plano psíquico sino que se cristaliza en una serie de tareas fácticas que a la luz de la hipótesis central de este trabajo: *están permeadas por el tipo de muerte* y que esta permite el despliegue de acciones concretas (métodos de afrontamiento) por parte de los dolientes dejando que estos “entierren a sus muertos, entierren a sus objetos de deseo”. Por tanto se presenta una sociologización del duelo⁴.

En cuanto al despliegue de un accionar respecto al duelo, se encuentran posturas como las expuestas por Worden (1977) en su texto *El tratamiento del duelo: asesoramiento psicológico y terapia*, donde expone una serie de tareas que debe realizar el doliente (persona en tarea de duelo); estas tareas son concretas y hacen parte de la intervención psicológica pero contienen componentes de interés sociológico, que permitirá en cierto sentido sociologizar el duelo. Las tareas son:

I. Aceptar la pérdida del objeto: el autor menciona que cuando alguien muere, incluso si la muerte es esperada, se presenta una sensación de que esto no es verdad, es por eso que la primera tarea de duelo se refiere a la aceptación de la realidad. Worden la expone como el afrontar plenamente la realidad de que esa persona está muerta, que se ha marchado y no volverá. Menciona que algunas personas no aceptan la realidad de la muerte y quedan bloqueados en esta primera tarea, también dice que esta tarea conlleva tiempo y una inversión de energía vital considerable. Dentro de este proceso aparece la ayuda de los rituales tradicionales (como entierros, velación de cadáveres, novenas fúnebres, entre otros), un aspecto de especial interés en el trabajo sociológico puesto que estos se convierten en un hecho concreto que muestra la muerte del ser querido.

II. Trabajar las emociones y el dolor de la pérdida: la pérdida de un ser querido está acompañada de manera irremediable por fuertes emociones; el autor propone denominarlo con la palabra alemana “Schemetz” que define el dolor en una dimensión más grande que implica dolor físico y emocional con hincapié sobre lo conductual. Asimismo, plantea que es necesario trabajar y reconocer ese dolor o este se manifestará mediante algunos síntomas o conductas disfuncionales.

⁴ Estas tareas fácticas (métodos de afrontamiento) nos permitirán acercarnos a una postura sociológica del duelo. El concepto de duelo se desarrolla en una dimensión intrapsíquica donde se habla de las conexiones libidinales respecto al objeto perdido y como el enfrentar la pérdida esta guiado por el principio de realidad y por ende se busca la aceptación de la pérdida. En este proceso las huellas libidinales se irán borrando con el tiempo, esto lo sugiere Freud en su texto *Duelo y Melancolía* de 1915. En esta dimensión a la sociología le queda difícil escabullirse, por lo que debe posar su mirada sobre los procesos prácticos que indican que la persona o grupo está en duelo: *los rituales y la forma en que se llevan a cabo*. En este caso, el antropólogo Renato Rosaldo en la introducción de su gran trabajo *Cultura y Verdad*, nos da pistas muy valiosas (ya sugerido con anterioridad en la presentación de este trabajo). Nos menciona que los Ilongot, tribu de las filipinas, están en duelo cuando por la muerte de uno de sus miembros deciden salir a cortar la cabeza del primero que se cruce; es decir, su duelo se hace evidente a través de esta práctica, que se lee como una forma social de llevar a cabo el duelo. Se considera, aunque esto puede ser motivo de crítica: *la sociología podría encontrar en las formas en que un grupo o una persona llevan a cabo su duelo (acciones y formas) una suerte de sociologización del mismo*.

III. Adaptarse a un medio en el que el fallecido está ausente: se hace mención que esta tarea de adaptarse a un nuevo medio significa cosas diferentes para distintas personas, dependiendo de cómo era la relación con el fallecido, y de los distintos roles que desempeñaba. La tarea de adaptarse hace referencia a asumir procesos como vivir solo/a después de la muerte del cónyuge, educar a los hijos, manejar la economía, entre otros, como por ejemplo, en el caso de familias que pierden a sus padres, el hijo mayor debe desempeñar el rol de proveedor económico. Entonces, podríamos decir que el superviviente no es consciente de todos los roles que desempeñaba el fallecido hasta algún tiempo después de la pérdida.

IV. Recolocar emocionalmente al fallecido y continuar viviendo: una persona en duelo no deja de lado al fallecido al que tanto valoraba en vida, y nunca rechaza del todo su rememoración. De ninguna manera podemos eliminar a aquellos que han estado cerca de nosotros, de nuestra propia historia, excepto mediante actos psíquicos que hieren nuestra propia identidad. La disponibilidad de un superviviente para empezar nuevas relaciones no depende de renunciar al cónyuge muerto, sino de encontrarle un lugar apropiado en su vida psicológica, un lugar que es importante, pero que deja un espacio para los demás. En esta medida, se puede intentar entender la recolocación del fallecido como producto del desmonte de las conexiones libidinales, psicológicas e inconscientes del doliente con el fallecido, esto no significa desviar los afectos hacia un nuevo sujeto u objeto amoroso, sino que significa la concientización del papel que este fallecido cumple en la vida y la disposición a continuar viviendo. En este sentido, se podría entender como el final del duelo, una muerte seca, entregar al muerto a su muerte.

Finalmente, el autor dice que el proceso de duelo acabaría con la culminación de estas tareas, pero haciendo una salvedad, se hace mención a que el duelo no es un proceso lineal en el que se cumplen estas tareas por orden, sino que se pueden realizar de manera dinámica y alternada.

El segundo concepto principal es el de *técnicas de afrontamiento*. Casullo y Fernández (2001) entienden el afrontamiento como el conjunto de respuestas, pensamientos, sentimientos y acciones que un sujeto utiliza para resolver situaciones problemáticas y reducir las tensiones que ellas generen. Otros autores como Vázquez; Crespo; y Ring (2003) definen el afrontamiento a partir de lo dicho por (Stone y cols., 1988.): (...) *De modo general, el afrontamiento se refiere a la serie de «pensamientos y acciones que capacitan a las personas para manejar situaciones difíciles»*. Consiste, en tal medida, en un conjunto de esfuerzos dirigidos a manejar del mejor modo posible, reduciendo, minimizando, tolerando o controlando las demandas internas y ambientales. En resumen, el afrontamiento quedaría definido como: *Aquellos procesos cognitivos y conductuales constantemente cambiantes que se desarrollan para manejar las demandas específicas externas y/ o internas que son evaluadas como excedentes o desbordantes de los recursos del individuo*. (Vásquez, Crespo y Ring, 2003, P: 2)

Por tanto, las técnicas de afrontamiento, al presentarse como formas de enfrentar el proceso de duelo, serán trabajadas como las conductas, pensamientos y cualquier forma de ser y sobre todo de hacer respecto a la muerte del padre que permiten enfrentar y vivir después de la pérdida⁵. Por consiguiente, el afrontamiento será entendido como el conjunto de los procesos fácticos a los que se ancla el duelo a la luz de que es el tipo de muerte (en este caso concreto del padre) permea los afrontamientos incrustados en las tareas de duelo. Estos afrontamientos pueden entenderse, por ejemplo, como la dejación de la casa en la que vivían con su padre, dejar de lado sus pertenencias (venderlas, regalarlas) o el embarcarse en la religión para entender la muerte.

Objetivos de la Investigación

A continuación se presentan los objetivos (general y específicos) de investigación, los cuales nos permitirán evidenciar ciertas variables en el proceso de duelo, entendiéndolo de entrada como un proceso atravesado por diversos factores sociales.

El *Objetivo General* es describir cómo el tipo de muerte del padre influye en el proceso de duelo en dos familias. Este objetivo general se plantea ya que se tiene la hipótesis de que el proceso de duelo está determinado (si bien no totalmente) por la forma de la muerte, debido a la consideración de que *no es lo mismo un duelo producto de una muerte natural que un duelo producto de un hecho traumático, como un accidente o violencia*.

Los *Objetivos específicos* son tres: **1.** Describir la vida familiar antes de la pérdida; **2.** Describir el proceso de duelo; **3.** Identificar las técnicas de afrontamiento usadas en la construcción y proceso de duelo por parte de cada familia.

Los objetivos específicos buscan soportar la postura inicial de la forma de muerte como factor que dirige el duelo, por tanto, para entender la muerte y su dolor se busca conocer cómo era la vida familiar antes de la pérdida, para de esta forma entender el dolor que los embarga (y embarga); finalmente, se busca conocer como afrontaron la pérdida de su padre.

Diseño Metodológico

El método de la aprehensión de la realidad que se empleó en el desarrollo de este trabajo de grado se basa en la recolección de *relatos de vida*, entendidos a la luz de lo planteado por Korblynt (2007)

⁵ Para evidenciar algunas técnicas de afrontamiento se recomienda mirar la siguiente película: Amasia, E. (productora), Glesson, D. (director) (2018). *Don't Go* [Cinta Cinematográfica]. Irlanda. IFC Films.

“(…) los relatos de vida, en cambio, son narraciones biográficas acotadas por lo general al objeto de estudio del investigador. Si bien pueden abarcar la amplitud de toda la experiencia de vida de una persona, empezando por su nacimiento, se centran en un aspecto particular de esa experiencia, por ejemplo las migraciones laborales o el consumo de droga” (p.16).

Se considera entonces que sólo una metodología de corte cualitativo permitiría el acercamiento a las vivencias de las familias, a sus sentimientos, a las vicisitudes emocionales y sociales que debieron enfrentar luego de la muerte del padre. Se justifica el método de los relatos de vida puesto que engloba parte importante de la vida de los miembros de las familias con quienes se trabajó⁶. De tal forma, los relatos permitieron en cierto sentido una inmersión junto a las familias en la reconstrucción del proceso de duelo, anclados en una media temporalidad que es el pasado y el presente. La muerte del padre y el proceso de duelo marcan de forma significativa las biografías personales de la familia, especialmente las del núcleo, esposas e hijos/as. En este sentido, cito una frase dicha por el profesor Mario Luna en una conversación: “*la muerte del padre es un duelo que se hace toda la vida*”. La muerte del padre es un suceso que marca y podría decirse, fracciona la subjetividad y significa una ruptura entre un pasado con el padre-esposo y un presente sin él. Por tanto, los relatos de vida permitieron adentrarme en la reconstrucción del proceso de duelo a partir de la subjetividad, motivos, recuerdos y pasiones que se encuentran en el transcurso mismo de la vida.

Para esta investigación se trabajó con dos familias, específicamente con seis personas (3 miembros de cada familia): la primera, está compuesta por seis miembros; y la segunda, por cuatro. La primera familia es la González Zapata cuyo padre, Alberto González, sufrió una apendicitis que lo mandó a un hospital, donde una sobredosis de anestesia lo dejó en coma durante 13 meses antes de fallecer a la edad de 36 años. Don Alberto era oriundo de Pasto, Nariño, y trabajaba como guardia del penal en la ciudad de Palmira y conoció a Paola Zapata, que en ese entonces tenía 18 años. De dicha relación nacieron 3 hijos: Carlos Alberto, que actualmente tiene 27 años de edad; Christian Camilo, que tiene 23 años, y César, último hijo de don Alberto, que tiene 18 años; para la fecha del fallecimiento de don Alberto, cada uno tenía 10, 6 y 1 año(s) respectivamente. A la familia se anexaron dos integrantes más, producto de una posterior relación de doña Paola: Salomé, de 15 y Miguel Antonio, de 11 años de edad.

La segunda familia es la Salamanca Betancourt que también perdió al padre, don José. Actualmente esta familia está constituida por 4 miembros: Patricia Betancourt, madre de un hijo y dos hijas: Carolina, que acaba de cumplir los 24 años de edad, Isabela de 21, y Cristian L. Betancourt de 42 años, él cual no vive con ellas. Las dos jóvenes son hijas de

⁶ “(…) El termino historias de vida ha sido tomado en un sentido amplio que ha englobado la autobiografías definidas como vidas narradas por quienes las han vivido, o informes producidos por los sujetos sobre su propias vidas, y las biografías, entendidas como narraciones en las que el sujeto de la narración no es el autor final de la misma.” (Sarabia, 1985:171; Tomado de Valles, M. 1999:235).

don José y doña Patricia, mientras que el primer hijo es producto del primer matrimonio de ella. A diferencia del deceso de la familia González, aquí el padre murió de forma trágica en un hecho del cual no se habló. Este hecho ocurrió en el 2012 cuando Carolina tenía 16 años y su hermana 13.

La diferencia entre las muertes por enfermedad y por un hecho que pensamos fue violento, no son los únicos aspectos que convierten a estas dos familias en micro-universos sociológicos dignos de atención, dado que además tienen una configuración socio-económica diferente. Aludiendo a cierta “percepción de clase” (sin entrar a discutir de forma compleja la categoría de clase social), la familia de Christian Camilo se podría inscribir dentro de la clase media, su madre es cuenta propia y trabaja en la casa (se desempeña en la lectura del Tarot), de donde obtienen mayoritariamente sus ingresos; también poseen una casa en alquiler que consiguió doña Paola cuando conoció a su esposo. Christian estudió en diversos colegios públicos como sus hermanos, y actualmente se encuentra estudiando en la Universidad Nacional sede Palmira.

Por su parte, la familia Salamanca Betancourt se podría describir como de clase acomodada. La madre, doña Patricia es patrona empleadora de un local comercial y es dueña de una marca de ropa femenina en la ciudad de Medellín. Carolina, su hija, estudió medicina en una universidad privada de Cali, mientras que su hermana Isabela se encuentra estudiando en una universidad privada de Medellín donde cursa sus estudios de medicina veterinaria y zootecnia. Ambas estudiaron en diversos colegios públicos de ciudades como Palmira y Medellín. Antes de la pérdida de su padre, la familia presentaba picos de buena economía debido a que poseían un negocio en materia de compra y venta de propiedades (propiedad raíz), pero luego de su pérdida las dinámicas familiares cambiaron. Doña Patricia se vio obligada a dejar forzosamente de lado la compra y venta de propiedades en la que trabajaba su esposo y el siguiente paso fue dedicarse a trabajar y empezar de cero. Las hijas, por su parte, tuvieron que recurrir al Icetex para financiar sus estudios.

No obstante, existe otro elemento notable y es su composición por género. La familia González Zapata en su mayoría está constituida por hijos hombres: Carlos, Christian, César y finalmente doña Paola, madre y viuda. En el caso de la familia Salamanca Betancourt son mayoritariamente mujeres: Patricia, madre y viuda de don José, Carolina e Isabela. Es llamativo examinar estos elementos de particular interés sociológico en la construcción del duelo en futuras investigaciones y trabajos.

La elección de estas dos familias tiene que ver con la calidad del vínculo que poseo con cada una de ellas, siendo la amistad la puerta de entrada a la narración de las vicisitudes de la muerte del padre, un tema privado y lleno de dolores como bien lo menciona Norbert Elias. El interés por el estudio de la muerte del padre no solo surge en mayor medida por la diferenciación en el tipo de defunción, sino también por los cambios familiares después de la pérdida del padre. En muchas familias colombianas el fallecimiento del padre puede significar una reorganización de los vínculos afectivos y una variación en la organización

socio-económica de la familia. En el plano de lo individual, cada miembro de la familia se gestan nuevos significados e implicaciones, lo que se ve reflejado cuando después de la pérdida del padre, sus hijos (hijo/a mayor) se ve obligado a adoptar nuevos roles y papeles sociales. Ya no es meramente el de hijo receptor, sino que se ven abocados a convertirse en el nuevo sostén económico de la familia y suplir esa función que en muchos casos cumple el padre. Las madres y esposas por su parte, pueden cambiar su rol de madres encargadas de la casa y convertirse en jefas de hogar productoras y dominadoras de la economía familiar. Es por eso que el efecto de la muerte del padre se puede reflejar en la constitución familiar.

Para la recolección de información se construyó una entrevista flexible basada en la técnica de asociación libre planteada por Freud (1948), en la que invitaba a los pacientes a comunicarle todo aquello que se les venga a la mente, así les pareciera irrelevante o secundario o que no venia al caso, sobre todo solicitaba que no excluyeran del relato cualquier idea por más vergonzosa que les pareciera (Restrepo, 2015, P: 44). De esta manera, la entrevista buscaba indagar por el pasado y los cambios en el presente sin parecer rígida y de esta forma permitir más que una entrevista, una conversación entre pares. Se considero metodológicamente, que para recolectar las vivencias sobre la pérdida del padre, sus sentimientos, vicisitudes, los momentos memorables y más después los tristes, no se puede partir desde el momento mismo de su pérdida, sino de más atrás, desde sus inicios, para así entender el vínculo que tenían y conocer al menos de forma marginal aspectos que marcaron su subjetividad.

Las entrevistas se construyeron teniendo en cuenta para quiénes iban dirigidas (aprovechando también el hecho de conocerlos), de tal forma se elaboró un modelo para las madres y esposas de ambas familias, y otro modelo para los hijos e hijas. Esta decisión fue tomada debido a que durante las entrevistas podía surgir todo lo relacionado con contacto físico y la intimidad, no necesariamente sexual, que podrían narrar sus esposas y no sus hijos e hijas.

Los módulos que se trabajaron en las entrevistas a las esposas-madres fueron los siguientes: Módulo I: Infancia y juventud; Módulo II: La vida con el esposo; Módulo III: La muerte y las ceremonias fúnebres; Módulo IV: El duelo y los ajustes; Módulo V: La remembranza del esposo; Módulo VI: Ajustes posteriores de la vida familiar. En las entrevistas a los hijos/as se trabajaron los siguientes módulos: Módulo I: Infancia y primera juventud y adolescencia; Módulo II: La muerte y las ceremonias fúnebres; Módulo III: El duelo y los ajustes; Módulo IV: La remembranza del padre; Módulo V: Ajustes posteriores de la vida familiar.

Como se mencionó anteriormente, en la entrevista que se realizó a las madres, se agregó un módulo que buscaba recolectar información sobre la vida marital, sobre ella y su esposo en el sentido de cómo vivían su cotidianidad, qué les gustaba hacer, qué no le gustaba tanto de su esposo, entre otras cosas, cómo vivían su conyugalidad. A las entrevistas se les sumó

un trabajo de observación (no intencional) producto de la amistad, puesto que se conocía a ambas familias mucho antes de iniciar la investigación de esta monografía, compartiendo de forma personal en sus hogares (más en un caso que el otro), los recuerdos de su padre, festividades, memorias materiales: objetos, fotografías, cuadros y demás objetos que tienen en sus hogares.

Respecto a la realización de las entrevistas fue más o menos sencillo contactar y reunirme con la Familia González Zapata, puesto que su hijo Christian Camilo ha sido mi amigo casi toda la vida, por tanto, conozco a todos sus hermanos, a su madre y otros aspectos concernientes a su padre, además, de que conté con el aval suyo y de su familia para la formulación y realización de esta monografía. Las entrevistas a esta familia se realizaron entre los meses de diciembre de 2018 y enero de 2019, habiendo variaciones considerables en el tiempo y los detalles dados por cada uno de los miembros. La primera entrevista fue realizada a Christian Camilo, ya que tenía la intención de ver cómo reaccionaba al cuestionario, es decir, si entendía las preguntas y a su vez, si me podría dar indicios de cómo abordar a su hermano mayor y a su madre. La entrevista con Christian duró alrededor de casi 4:30 horas, repartidas en 4 sesiones a lo largo de diciembre y enero. Debo subrayar la memoria increíble pero accidentada de Camilo, con la cual me contó múltiples detalles de su vida. Nos reuníamos para conversar en un parque cerca a su casa en el barrio las Américas de Palmira, esto para que él pudiera expresarse con mayor libertad. Las entrevistas que siguieron con su familia no fueron tan extensas: el siguiente entrevistado fue su hermano mayor, Carlos, en el mes de enero. La entrevista duró aproximadamente 2 horas y se realizó en la sala de su casa. Quisiera detenerme en un momento en particular y fue el siguiente: al iniciar la entrevista, lo invité a salir a tomar algo (para que me pudiera hablar sin ningún tipo de prohibición, es decir, expresarse como quisiera), oferta que rechazó, y después en momentos cuando se acercaban sus hermanos o su madre, él guardaba silencio. La entrevista con que presenté mayor dificultad, fue la de doña Paola, debido a que sus ocupaciones hacían que debiera solicitar una cita y que no fuera superior a dos horas. La entrevista se realizó en el mes de enero, en la sala de su casa y tuvo una duración de 1:30 horas.

Las entrevistas a la familia Salamanca Betancourt fueron realizadas entre enero y marzo de 2019. Pese a mi amistad y mi cercanía con esta familia, presenté varias complicaciones para acceder a las entrevistas, debido a que la familia se encontraba haciendo un negocio en el centro de Cali para traer la marca de ropa femenina de Medellín a la capital del Valle, por lo que se encontraban en la ciudad muy ocupados. En el transcurso de la investigación, encontré además muchas más dificultades personales para entrevistar a la familia, debido a que la pérdida del padre fue un hecho trágico indecible y en mi relación con ellos nunca antes se había tocado el tema; previamente, solo lo conversé con mi amiga Carolina de forma personal después de mucho tiempo de amistad.

La primera entrevista la realicé a Isabela, a inicios del mes de enero, aprovechando su estancia momentánea en Cali, pues ella pasa la mayor parte del tiempo en Medellín donde vive mientras estudia. La entrevista duró 55 minutos y se realizó en una tienda cerca a la casa de su abuela en horas de la noche. La conversación fue incompleta, debido a que mientras nos encontrábamos charlando sobre el modulo II: La muerte y las ceremonias fúnebres, rompió en llanto y me solicitó detenernos y dejarla hasta ahí, con la posibilidad de retomarla más adelante. Esta ocasión no se ha presentado hasta ahora y decidí no presionarla por respeto a sus recuerdos y el dolor que alberga. La segunda entrevista se realizó a doña Patricia en el mes de Marzo, la conversación duró alrededor de 40 minutos en los cuales experimenté, en lo personal, muchos nervios, debido a que nunca antes había conversado de una forma tan directa sobre su vida y sobre su familia; en esta entrevista doña Patricia omitió respuestas frente a los módulos II y III, aspecto que nos llevó a terminar la entrevista de forma rápida y con ausencia de datos. La tercera entrevista se realizó a Carolina, mi amiga, quien tiempo atrás me había mencionado que no necesitaba entrevistarla porque ya me había contado aspectos personales. Debido a mi insistencia (que buscaba un relato concienzudo en el que pudiera poner su voz en el desarrollo del trabajo y a su vez, que mantuviera a salvo la confidencia que nos ha dado nuestra amistad), aceptó ser entrevistada y antes de iniciar con la conversación me preguntó: ¿debo responder como amiga, o como entrevistada? A lo que yo repliqué: debemos conversar de la forma más sincera posible. La conversación duró alrededor de 1:00 hora donde hubo también momentos tensos.

En tal medida, como material empírico se cuenta con 6 entrevistas, cada una con una duración diferente. El capítulo 2, en el que se reconstruye la vida familiar antes de la pérdida, la Familia González Zapata cuenta con recuerdos limitados, debido a que Carlos y Christian perdieron a su padre siendo muy pequeños, por tanto no poseen recuerdos claros de esta etapa. En el caso de la Familia Salamanca Betancourt, se encuentran unos recuerdos más concienzudos, ya que sus hijas perdieron a su padre en la adolescencia permitiéndoles compartir mucho más tiempo y momentos con él. Como mencioné anteriormente, las entrevistas son el núcleo de esta monografía, debido a que esta herramienta fue diseñada de forma flexible permitiendo revivir el pasado y conocer de primera mano cómo construyó cada familia su duelo. En tal medida, se trabajó de forma continuada con los relatos en los capítulos II y III. Debo subrayar que estas entrevistas me permitieron acceder al relato de cada uno de los miembros de las dos familias y a su vez me permitió acceder a sus emociones: llanto, sonrisas, añoranzas, significados, entre otros.

Capítulo II: Las familias y la vida antes de la pérdida

El presente capítulo permite exponer a través de los relatos de cada miembro de las distintas familias la vida con su padre/esposo. Se considera menester conocer la vida familiar: recuerdos, rutinas, gustos, planes, etc., para conocer la calidad del vínculo con el padre y así poder entender el significado de su pérdida.

Familia González Zapata

La familia González Zapata está conformada por seis miembros: doña Paola y cinco hijos, de los cuales 3 son producto de su unión marital con don Alberto. Los hijos son: Carlos, el mayor con 26 años de edad, Christian Camilo con 23 años de edad y César con 19 años de edad. Los hijos nombrados hasta aquí, son los que tuvo en su único matrimonio, los otros dos hijos son producto de una unión posterior tras la pérdida de su esposo, en un intento por rehacer su vida. Debo adelantarme y mencionar que esta segunda relación no prosperó por razones que no se describirán. Los hijos de esta segunda relación son: Salomé y Miguel Ángel.

La familia González vive en el barrio las Américas de la ciudad de Palmira. Las Américas, se encuentra en la comuna urbana número 7 y es considerado un lugar seguro para vivir, según la secretaria de planeación municipal (2012)⁷. Actualmente se encuentran viviendo todos sus miembros en la misma casa y están laboralmente activos doña Paola y su hijo mayor Carlos. Doña Paola trabaja en la lectura del tarot, trabajo que le proporciona la mayoría de sus ingresos. Su hijo Carlos trabaja como Diseñador Gráfico en el centro de Palmira, trabajo con el cual apoya económicamente a la casa. Sus otros cuatro hermanos se encuentran estudiando.

Doña Paola

Doña Paola es una mujer alta con un cuerpo fornido, tiene voz suave y tranquila, al menos lo que he podido oír. Su rostro emana ternura y a través de él esconde los sufrimientos y el cansancio del trabajo extenuante que realiza al ser viuda y a su vez ser quien lleva la batuta del hogar que tiene que sostener, pues en su casa hay cinco hijos que de ella dependen. Al ver su rostro no pareciese que hubiera tenido que atravesar sufrimientos indecibles, en su cabello se vislumbra el paso del tiempo, de él asoman canas a lado y lado que ha intentado ocultar con tintes; sus pasos son serenos y tranquilos, de tal forma que parece siempre estar a tiempo para las cosas de la vida. Doña Paola es oriunda de la ciudad de Palmira, nació y ha pasado toda su vida en esta ciudad. Sus padres, fallecidos en su infancia y como dice

⁷ <https://fundacionprogresamos.org.co/cgi-sys/suspendedpage.cgi>

ella: *una mezcla de todo* pues su padre era de ascendencia árabe, no especificó de donde y su mamá era Colombiana, produciendo así lo que ella llama *una mezcla rara*. Su infancia se desarrolló en un barrio popular de esta ciudad que lleva por nombre Primero de Mayo, donde creció con sus 7 hermanos, siendo ella una de las menores.

Su infancia la determina como la de cualquier niño, lo que no mencionó en su inicio fue que, al ser una infancia en un barrio popular, las condiciones no eran normales como las de otros niños, pues se vivían ciertas dificultades en el ámbito económico y social. Sus pasatiempos radicaban en cantar y escribir novelas, novelas que desapareció ella misma al cumplir 20 años. Su infancia la vivió con una tía, debido a que su padre murió cuando tenía 8 años y su madre se dedicó a trabajar como chef en cualquier lugar de donde la llamaran. Luego de adentrarnos un poco más en el relato de su vida, comienza a reconocer que no tuvo una buena infancia, o por lo menos, no fue lo que ella deseaba, pues su mamá trabajaba todo el tiempo y su tía, por el hecho de ser mujer la ponía a trabajar en las labores del hogar, por tanto que, según ella, podía hacerlo.

La economía de la casa materna era muy inestable y pasaban por acalorados problemas económicos, la madre de doña Paola la sostenía a través de su trabajo como cocinera, pero eso implicaba su nula presencia en el hogar. Cuando estuvo ya pasando su etapa de adolescencia, doña Paola junto a su hermana comenzaron a hacer comidas para ayudar en la casa: *yo junto con mi hermana a través de ventas de tamales y de empanadas que vendíamos en el galpón, nos sosteníamos*. Su educación primaria y secundaria las realizó en esta misma ciudad, la primaria en el colegio Alfonso López Pumarejo, que quedaba a unas cuantas cuadras de su casa y la secundaria la realizó en el Colegio Cárdenas del Centro, ambas instituciones oficiales de la ciudad de Palmira. Luego de salir de la secundaria, doña Paola comenzó a trabajar en un colegio privado de Candelaria, donde se desempeñaba como docente de física y química, debido a que en su bachiller le fue muy bien y un profesor la recomendó para tal función.

Indagando por su acceso a la educación, narró las vicisitudes que tuvo que pasar para estudiar, como lo fue tener que trabajar muy sardina para costear sus útiles y uniformes. Menciona que su juventud hubiera sido desastrosa de no ser por las buenas relaciones que construyó en la secundaria, ya que en esta época vivía con su hermana y ella debía hacerse cargo de toda la casa, incluso, cuidar a sus sobrinos sin que le quedara espacio para ser joven: *Me convertí en mamá de mis hermanos y de mis sobrinos*. Luego de narrar su infancia y adolescencia, conversamos sobre el amor, aspecto sobre el cual ella afirma que no había tiempo y que su hermana no se lo permitía, pues ella solo debía estudiar, trabajar y hacer las labores de la casa. *Estudiaba y trabajaba y hacía los oficios de mi casa, todos... Desde planchar, lavar, todo durísimo para una chica de 16 años...pero tocaba, porque... ¿qué más?* Esta fue su infancia y adolescencia, concluye doña Paola.

Al conversar sobre su independencia, nos cuenta que la ida de su casa fue a los 23 años de edad, menciona que para ella fue un alivio, pero para su hermana, una tragedia, puesto

que se le iba la mujer de los oficios. Al irse de casa, se fue donde una amiga que vivía a tres cuadras de donde residía su hermana en el barrio Olímpico. El alivio de doña Paola radicaba en que ya solo trabajaría para ella y el resto de tiempo descansaría, es decir, que no tendría que atender a otra persona que no fuera a ella misma.

En este proceso de independencia doña Paola nos cuenta el papel fundamental de quien dice ser su único amor, don Alberto, quien la invitó a pensar de manera crítica el papel que ella tenía en su casa. Don Alberto, quién se apareció en su vida cuando tenía 19 años, la conquistó al modo antiguo, pero que en ese tiempo aún tenía valor, a punta de chocolatinas y flores *¡ah... me llevaba flores, flores y chocolatinas... Siempre que pasaba me decía... ¡ve! Es que vi estas florecitas y creo que te gustan o me daba una chocolatina. Endulza el día... Siempre me decía, endulza el día!* Según doña Paola, fue flechada por don Alberto, quien tuvo que sobrellevar el desprecio de su familia. Doña Paola, al independizarse, también formalizó su relación con su amado y pasado un año se casaron. La ceremonia se realizó en la iglesia Catedral de Palmira, donde doña Paola con ahínco dice que era su sueño casarse, puesto que estas eran las representaciones de la feminidad del siglo XX: *casarse y ser madres*. A su ceremonia de casamiento asistieron sus amistades y las de su esposo, pero nadie de su familia, pues su hermana tiempo atrás le había gritado: *eso que usted va a hacer, es un fracaso... usted va a volver a la casa con hijos y pidiendo perdón*. Doña Paola hace mención a que no hubo muchos cambios de su vida antes del matrimonio y después, puesto que antes estaba encargada de un hogar y que ahora había entrado a otro hogar, pero con sentires diferentes pues ahora, casada, estaba en su propio hogar y todo lo que hiciera en este era para ella y su esposo, era algo suyo y no de otro.

Su primer lugar de vivienda ya casados, fue en un pequeño apartamento que quedaba detrás de la casa de su hermana en el barrio Olímpico, donde estuvieron por dos meses, después dieron la cuota inicial de una casa en el mismo barrio donde transcurrieron los años. Allí nació su primer hijo, Carlos. Doña Paola contó lo que significó para ella su primer casa: *No, pues, ¡sagrado! Porque uno ya piensa, voy a poner esto, voy a modificar esto y así...Uno comienza a ver su casa diferente, ya uno ahí construye lo que uno ha soñado*. En este nuevo hogar, la economía familiar era buena, ya que ambos trabajaban, pero vivían del salario que recibía don Alberto en su empleo como guardián del penal, mientras que el de ella era ahorrado. Ahorraron tanto que les sirvió para comprar la casa en la que actualmente viven sus cinco hijos y ella. En cuanto llegaron los niños, Carlos y Christian, doña Paola dejó el trabajo y se dedicó al hogar, ella se encargaba de todos los deberes de lunes a viernes y su esposo los hacía los sábados y domingos: *bueno, cuando los niños nacieron yo me dediqué al hogar y a los muchachos todos los días de la semana, pero lo que era sábado y domingo él se encargaba de la casa*.

Luego de hablar de estos aspectos concernientes a su convivencia con su esposo, comienza a contar sobre las cualidades artísticas de él y sobre todo, el amor que sentía don Alberto por sus hijos. Mientras doña Paola contaba estos recuerdos, noté que ella no podía

ocultar su sonrisa y el placer que sentía por rememorar estos aspectos: *él llegaba a dedicarle tiempo a sus hijos desde las 5:00 pm que llegaba del trabajo, y en ese momento de la casa no lo sacaba nadie, porque él se dedicaba a jugar con sus hijos y a pintar; es decir pues que sus hijos lo tenían tiempo completo... Todos nuestros hijos los planeamos. Planeamos cuando íbamos a tener a cada uno...Decía: esto es para mi hijo cuándo nazca, es más, la ropa de Carlos y Christian él fue quien se las hizo, las camisillas, los pantaloncitos, etc. Fue él quien se delegó la hecha de la ropa de ellos.* Mientras doña Paola contaba estas cosas, era inevitable no tener presente su sonrisa y como con gran detalle describía cada cosa que hacía su esposo para complacer a sus hijos. Él era tan complaciente que no tenía normas y que por eso ella era la que debía castigarlos y en casos determinados pegarles.

En cuanto a su relación conyugal, doña Paola la describe con emoción, pero también con aires de tristeza, diciendo que él era muy respetuoso de los espacios y la valoraba mucho, que su lógica era de puro amor y no había espacio para la grosería o las rabietas, pero que sin embargo, era ella quien llevaba a cabo la mano dura: *él me decía que yo era el coco y él era el dulce.* Doña Paola subraya que no tuvieron choques en cuanto a la enseñanza de los hijos, puesto que ambos creían en el papel de la educación y que los hijos debían ser educados y creer en Dios, pues ambos, ella y él eran creyentes. Tal era su grado de devoción, que formaban parte de un grupo de oración llamado Grupo del Sagrado Niño de Praga, en Pasto, Nariño, de donde era oriundo don Alberto. Terminando estos módulos, doña Paola me cuenta detalles sobre la buena relación de ella con la familia de su esposo y el buen corazón de don Alberto para con su familia, pese a que nunca lo quisieron, pues él siempre tuvo la disponibilidad de ayudar a sus cuñadas y ser cordial con la familia de su esposa.

Carlos Alberto

Carlos es un joven alto y robusto de 26 años, es incluso más alto que su madre. Su piel es morena y tiene una barba espesa que lo hace parecer mayor. Carlos es de voz tan gruesa que sus hermanos temen cuando la alza, puesto que él es quien los regaña. Es pausado al hablar y siempre intenta no dar más detalles de los necesarios. Hace aproximadamente un año llegó de un viaje a Uruguay en el que cumplió su trabajo como misionero Mormón; aspecto por el cual en su narración se escapan palabras y acentos que aprendió en su estancia en ese país. Carlos, como cumple horarios laborales extensos, se va en las mañanas y llega en la noches, su tiempo libre lo dedica a descansar y estar en casa, por lo cual siempre mantiene en su cuarto escuchando música o leyendo. Carlos no sale si no es necesario, por lo cual la conversación se realizó en la sala de su casa. Iniciamos charlando sobre su infancia, la cual él recuerda como muy tranquila puesto que no les faltaba nada en ningún sentido. Lo que más subraya es que le cumplían todos sus caprichos de niño en cuestión de juguetes y comida: *Ummm...Pues... Era muy tranquilo ¿no?, muy chévere. No*

había peleas ah...Tuve una buena infancia la verdad. Me cumplían muchos caprichos, no nos faltaba nada... ¡Sí! Yo creo que cómo todo niño, fui feliz.

Avanzando en la conversación, Carlos comienza a exponer la relación con sus padres y hace énfasis en que por ser el primogénito lo mimaban mucho, por esta razón heredó el nombre de su padre (Carlos Alberto). Según él, sus padres eran amorosos, pero su madre era la más estricta, pues no recuerda alguna vez que su papá lo regañara o le pegara; por el contrario recuerda que su padre era el de las recompensas, era el encargado de llevarlos a comer o invitarlos a pasear mientras su mamá estaba en la universidad. Respecto a la relación con su hermano Christian, menciona entre dientes que era buena y que sus padres eran equitativos en el sentido que si uno tenía unos zapatos, el otro también debía tenerlos.

Carlos recuerda mucho los momentos con su padre y puedo percibir en él un sabor agri dulce, puesto que se complace en contar sus memorias, pero a su vez expresa con su rostro una tristeza que indica que sólo son eso, memorias *Pues... Pasaba mucho tiempo con él. Por ejemplo, los sábados cuando salíamos, me gustaba era salir acompañado de mi padre... Yo recuerdo mucho una vez que fuimos creo que a una fiesta del barrio Olímpico, y estaban rifando cosas y yo recuerdo mucho que mi mamá me daba la respuesta, pero mi papá decía no, no, no, eso es tal cosa y yo decía lo que mi papá afirmaba, así no fuera cierto.*

Indagando un poco más por la relación con su hermano, Carlos confiesa que realmente no era tan buena, pues golpeaba mucho a Christian jugando, expresa que sin culpa, pero que al final lo golpeaba mucho⁸.

Continuando, Carlos narra aspectos concernientes a las relaciones familiares, enunciando que estas eran buenas, debido a que cuando estaba con sus primos se sentía bien, ya que ellos tenían la misma edad y podía jugar con ellos de formas que no lo podía hacer con su hermano debido a la edad.

Avanzando en su relato de vida, Carlos habla sobre sus padres como pareja y dice que eran muy amorosos: *Eran cariñosos, antes de irse siempre se daban un beso.* En su narración es muy enfático en la relación con su padre mencionando que don Alberto los consentía mucho y que cuando llegaba del trabajo, siempre, sin excepción les traía a Christian y a él frutas. Carlos no recuerda por su parte algún gesto de rabia de su padre hacia él, pues era amor puro. Adentrándonos en sus recuerdos, Carlos menciona el siguiente recuerdo, que él mismo caracteriza cómo especial: *Más que todo era los sábados, mi mamá se iba para la universidad, nosotros la dejábamos en la Universidad de Cali y pasaba todo el día con mi papá. Había días en el que se ponía a hacer manualidades cómo cortar*

⁸ Esto, como reflejo de lo que ha trabajado de forma profusa el psicoanálisis freudiano sobre “el intruso” y que a su vez trabajó de forma dedicada Estanislao Zuleta en su texto *el Pensamiento Psicoanalítico* (1985), expresando que el intruso viene a ser el hermano pequeño que nace y cambia las relaciones de los padres para con el primogénito, haciendo que este desarrolle un malestar hacia su hermano menor, que ahora es él ser sobre el cual se vuelcan los cariños y la atención que una vez fueron suyos. Esta postura nos podría ayudar a entender un poco su relación en la infancia.

madera y hacer esos muñequitos...Entonces yo me quedaba ayudándole, pasándole los pinceles o cosas así. Después nos íbamos a comprar lo del almuerzo porque a mi papá no le gustaba gastarle cosas a mi mamá de lo que ella compraba en el mercado... Entonces siempre íbamos a comprar así hubiera...Así hubiera arroz y todo eso, él compraba aparte y nosotros echábamos gaseosas, papas y todo para nosotros. Luego de esto, Carlos continúa narrando aspectos concernientes a las amistades, enunciando que todos los niños eran bien recibidos en su casa por sus padres. Concluyendo este módulo y con él las memorias que tiene de su infancia, enuncia que fue una niñez bonita porque estaban todos (su padre, su madre y su hermano).

Christian Camilo

Christian es el hijo del medio, pero se reconoce así mismo como el encargado del hogar y el ejemplo de sus hermanos menores. Christian es más bajo en estatura que su mamá y su hermano, también es menos robusto en comparación a su hermano mayor; tiene el cabello largo y no le gusta peinarse, a veces dando una imagen de descuido, por esta razón usa gorras o gorros que le permitan tener su cabello bajo control. Christian se reconoce a sí mismo como la oveja negra. Su voz es suave como la de su madre, a veces debe esforzarse para que su voz sea escuchada. Es un joven relajado para las cuestiones de la vida, no anda con afán y siempre cree ir a tiempo, aunque llegue tarde, pero no es tan relajado con la Universidad, que según él, ha sido uno de los retos más complicados de su vida, pues el Diseño Industrial no le da tiempo para mucho. Christian ha sido mi amigo de toda la vida, razón por la cual no tuvo problema en ser sincero, incluso mucho más de lo que esperaba. Por esta razón me invitó a conversar en un parque cerca a su casa, para estar más relajados y hablar sin problemas.

Debo mencionar que la memoria de Christian es asombrosa (aunque él lo niegue), puesto que recuerda instantes cuando compartía con su papá, teniendo él, cinco años de edad. Al iniciar la narración Christian me dice que no tiene una memoria muy lúcida de su infancia cuando su papá estaba vivo, pero que sí recuerda todo lo qué pasó después, todo el dolor por el cual tuvo que atravesar él y su familia.

Él compartió muy pequeño con su papá, por tanto no recuerda rutinas o formas de organización, sino pequeños momentos. En tal medida, tomaré en cuenta los recuerdos en los que esté presente la relación en vida con su padre: *Yo, lo que me acuerdo es... Mi papá siempre ehh... Yo no puedo hablar de las cosas buenas porque realmente no las tengo presentes, lo que recuerdo claramente en mi cabeza es que mi papá trabajaba de lunes a sábado y estudiaba de lunes a viernes, estudiaba en las noches... Y llegaba el domingo y ese era el día de descanso de mi mamá, entonces mi papá nos decía... Su mamá no tiene que tocar ni un plato, ni pararse de la cama, no tiene que hacer nada de la casa... ¡Para nada!... Nosotros tenemos que atender a su mamá. Entonces... Recuerdo qué mi papá nos levantaba tipo 9 de la mañana a hacerle desayuno a mi mamá, se lo llevábamos a la*

cama... A eso de las dos, mi papá nos sacaba, nos íbamos a pasear, como había comprado un carrito, nos íbamos a pasear, nos íbamos al paraíso o íbamos a almorzar a algún lado. Pero siempre eran los domingos el día de salida, como de compartir en familia.

Christian salta de un recuerdo al otro, yendo de su infancia a su adolescencia, incluso comenta su presente y es crítico consigo mismo. Mientras conversamos sobre aspectos concernientes a su relación con su hermano mayor, se entremezclan la infancia, la adolescencia y el presente en una amalgama de sentimientos. Mientras sigo indagando más sobre su infancia y la relación con sus padres, dice que era buena, muy buena con su padre, puesto que él lo consentía mucho, era muy mimado por su papá.

Christian cuenta también que su padre vivía encantado con Carlos por el hecho de ser el primogénito, que era su ñaña: *Carlos siempre fue la ñaña de mi papá... Porque fue el primer hijo. Entonces, pues yo entiendo, así son los padres con su primero hijo ¿no?... ¡Normal! Así pues, cuando mi papá compró el carro, lo compró a nombre de mi hermano... y él le decía... ¡No! Yo sé que me voy a morir, entonces, pues que Carlitos maneje el carro, que maneje su carro... esto y lo otro, ya que era la luz y los ojos de mi papá por ser el primer hijo.* Pero que de manera general era muy cariñoso con ambos, no los regañaba, ese era el trabajo de su madre. Christian continúa hablando sobre su hermano, explica que eran muy unidos, pues solo eran ellos dos en el disfrute de su niñez. Christian recuerda que en su infancia tenían un cuarto de juguetes, donde pasaba la mayor parte del tiempo con Carlos. En este cuarto, don Alberto se había encargado de construirles distintas manualidades, ya que, según Christian, él era muy creativo y siempre ponía sus habilidades artísticas al servicio de sus hijos, diseñando así muñequitos, tarros para la basura en madera; cofres y pinturas. Al detallar estos momentos Christian se expresaba con sus manos, haciendo entender que al parecer, este cuarto de los juguetes fue uno de los mayores lujos de su infancia.

Familia Salamanca Betancourt

La familia Salamanca Betancourt está conformada por cuatro miembros: Patricia Betancourt madre de tres hijos. El hijo mayor, Cristian quien es producto del primer matrimonio de doña Patricia, actualmente tiene 42 años de edad y trabajan juntos en la industria de la moda, pero no viven juntos. Él tiene su propio hogar. De su segunda unión, nace Carolina que actualmente tiene 24 años de edad y es médica de profesión; le sigue su hermana Isabela, que tiene 21 años de edad y estudia medicina veterinaria en la ciudad de Medellín. Patricia, Carolina e Isabela conforman la familia Salamanca Betancourt.

La familia Salamanca se encuentra instalada en estos momentos en un barrio tranquilo del norte de la ciudad de Cali por motivos prácticos al trabajo de doña Patricia: instalar su marca de ropa en el centro de esta ciudad. Actualmente ella es la única que se encuentra activa económicamente y es de quien depende la economía familiar ya que ella es patrona

empleadora de sus locales, de donde devienen sus ingresos. Carolina se encuentra solucionando su situación laboral a través del cumplimiento del servicio social obligatorio, el cual aun no inicia. Su hermana Isabela es estudiante de una universidad privada de la ciudad de Medellín y visita a su madre y hermana algunas veces al mes.

Patricia Betancourt

Doña Patricia es una mujer de carácter fuerte, pero a su vez bondadosa. Su cabello es liso y largo, que colorea de vez en vez para ocultar las canas. Su carácter fuerte es producto de las distintas dificultades que ha tenido en su vida, se ve “jodida” y sus hijas lo corroboran. Siempre tiene prisa y no suele descansar mucho, debido a que su trabajo como dueña de locales de ropa y como empleadora no se lo permite. Cuando debe descansar por motivos de fuerza mayor, no lo hace propiamente dicho, puesto que vive pensando en pro del negocio, llamando a proveedores y familiares. Es bondadosa y su sonrisa es señal de celebración, pues le gusta ayudar económicamente a las personas, tanto, que de vez en cuando (casi siempre) se aprovechan de ella. Sus pasos son firmes y constantes, maneja un horario laboral de más de 12 horas, que sólo termina cuando duerme. Siempre tiene prisa y no le gusta perder tiempo, doña Patricia solo cree en Dios como organizador y juez de la vida, considerando todo lo demás superfluo.

Doña Patricia nació en envigado, Antioquia. Es la mayor de 8 hermanos. Su madre, maestra de música y su padre zapatero, trajeron a doña Patricia a la edad de 7 años a la ciudad de Palmira, donde creció y se formó en la primaria y secundaria. Su infancia la recuerda como complicada en la parte económica, se crió en el barrio Colombia, un barrio popular de la ciudad de Palmira. Recuerda que no solo era complicada por la parte económica, sino porque su niñez fue dedicada a las labores del hogar y a los cuidados de sus otros 7 hermanos: *Mi infancia la viví en el barrio Colombia...Y la recuerdo como...Como una infancia bien complicada por el aspecto económico...Mi mamá y mi papá trabajaban. Mi mamá trabajaba en los colegios y mi papá trabajaba la zapatería, entonces, mi papá nos hacía el almuerzo y a mí me tocaba colaborar con la crianza de los otros 7 hijos, de los hermanos... Éramos 8 hijos y yo soy la primogénita... Y de ahí para abajo me tocó ayudar a criar 7 muchachos.*

De esta manera, doña Patricia me cuenta que sus labores eran estudiar y cuidar a sus hermanos. Cuenta que mientras su papá se dedicaba a hacer zapatos, ella debía ayudar (hacer) el almuerzo, teniendo tan solo 12 años. También recuerda que debía colaborar mucho con la venta de dulces y cigarrillos de su papá, en un puesto que tenía fuera de la casa. Recuerda que ella debía correr a comprar cigarrillos al parque Bolívar, un parque que quedaba a 4 cuadras de su casa, esto lo debía hacer porque nunca tenían para comprar varias cajetillas, sino que con la venta de una, debían comprar la otra y así sucesivamente: (...) *Mi papá compraba de a media cajetilla de cigarrillos porque no teníamos plata, entonces a mí me tocaba correr las cuatro cuadras y comprar otra cajetilla de ese*

Marlboro cinco letras y ¡devuélvase!... Lucky Strike cinco letras, perdón... ¡Y corra cada que se acababan!.

Doña Patricia narra que la relación con sus hermanitos en ese entonces era muy buena debido a que ellos la veían como una madre, por lo tanto la respetaban y la estimaban. Doña Patricia no recuerda muy bien sus pasatiempos en esa época, pero subraya que le encantaba cantar y bailar, disfrutaba mucho ir a las novenas de navidad, donde cantaba a todo pulmón. Iba, como dice ella *a cantarse cada novena del barrio*. Respecto a la relación con sus padres, dice que su mamá era una mujer muy dura, debido a que si doña Patricia no hacía las labores de la casa mientras ella no estaba, le pegaba, por el contrario la relación con su padre era muy buena: *¡era uno A!*. Al volver sobre su niñez, doña Patricia vuelve a repetir que fue muy complicada en el sentido económico y por el trabajo que estaba sobre sus hombros con la crianza de sus hermanos. Doña Patricia cuenta que su primaria fue en un colegio de monjas, el Materdei y su secundaria en otro colegio de monjas, La Sagrada Familia. Recuerda que ella no tuvo ningún tipo de problema y permaneció en los colegios, sin cambios, a su vez también recuerda que su mamá le conseguía los libros de segunda mano y le compraba cuadernos baratos para estudiar: *Mi mamá me los conseguía de segunda, los cuadernos me los compraba de esos ordinarios... De esos malangas tangas... Ja, ja, ja ¡de esos!* Doña Patricia cuenta que la situación económica cambió después de que se graduó como Abogada, siente que en ese momento es cuando vinieron los cambios para ella.

Al preguntar por la juventud, doña Patricia hace una cara de desagrado, pues no se le vienen buenos recuerdos de esa etapa, ella cuenta que fue muy regular, puesto que se casó a la edad de 15 años con su primer esposo y a los 16 años tuvo a su primer hijo, Cristian; de quien enuncia fue la única bendición en ese matrimonio. Doña Patricia llama la atención sobre este tema, diciendo que no quiere hablar de esto, pues fue horrible ya que debía *mantequear*, aspecto que de alguna forma volvió compleja su adolescencia. Insistiéndole sobre este tema, me cuenta que conoció a su ex-esposo vendiendo dulces, pues él iba a comprarle y le ponía conversa. Se casó por la iglesia católica y se fue a construir su hogar, ocho días después de haberse casado quería romper el matrimonio, pues se enteró que su esposo tenía otra mujer y una hija, convirtiéndose así en una pesadilla para ella.

Al preguntarle por el significado de este matrimonio para su vida, doña Patricia se pone las manos en la cara, mostrando un fuerte desagrado por el tema y enuncia lo siguiente: *Complicado... Complicado porque yo a los 8 días de haberme casado ya me quería separar. Pero mi mamá me dijo: ¡Usted qué se casa y la puerta de esta casa se cierra y aquí no tiene derecho a volver nunca ni jamás!... ¡Porque usted ya es harina de otro costal! ¿Cómo la ve?*

Continuando con el relato de su vida, doña Patricia cuenta rápidamente su paso por la Universidad, donde estudió derecho; me cuenta que ingresó con las pruebas de Icfes al pregrado en ese tiempo, pero no se detuvo en contarme sobre su financiamiento, del cual,

en lo personal sé que fue difícil y debió *aguantar hambre y caminar mucho*. Mientras cuenta esto, doña Patricia narra que esto fue lo que le permitió salir adelante. Inició con una oficina en la ciudad de Palmira y luego se dirigió a trabajar a Cali; es aquí, cuenta ella, donde comenzó a ayudar económicamente a sus padres y hermanos (le pagó la carrera universitaria a su hermano menor) e invirtió en su hogar. Doña Patricia continua relatando que posterior a sus estudios de pregrado se especializó en derecho probatorio, derecho penal y criminología, por lo que le iba muy bien en materia económica. Seguido a esto, explica que estudió algo de lo que no se siente orgullosa y es: Astrología. Dice no sentirse orgullosa de esto porque estaba en contra de su creencia en Dios, por lo que rompió su cartón y cualquier relación con ese mundo: *Porque uno no debe de predecir... Decir las cosas de Dios... Dios es el único autorizado para eso... ¡Porque yo soy conocedora de la palabra y tengo temor a Dios!, respeto las enseñanzas de él.*

Después de esto, comenzamos a conversar sobre su esposo, Don José, quien dice con una sonrisa fugaz, pero iluminadora: *fue su verdadero amor*. Lo conoció a la edad de 28 años en el mundo laboral de litigante. Cuando fue a una reunión, él estaba allí y quedo flechado. La primera impresión de doña Patricia no fue buena, pues esa reunión de trabajo terminó en pelea. Cuenta ella, que él comenzó a buscarla, pasados seis meses la encontró en su oficina y le ofreció sus servicios como agente de propiedad raíz en la ciudad de Medellín: *sólo fue a saludarme y a ofrecerme sus servicios por si llegaba a necesitar algo de lo que él trabajaba, que a la orden, que no sé qué...Por ahí se fue metiendo*. Doña Patricia no da detalles de cómo se conocieron o si fue romántico o no, dice con una sonrisa que su formalización como pareja y su unión se dio 8 años después de conocerse: *“Después de 8 años... ja, ja, ja, ja...Tiempo ¿no?.. Sino que para qué compromisos -Esta negación del compromiso es entendible, puesto que a partir de lo que me cuenta, su primer compromiso fue muy joven y para nada agradable, generando en ella un malestar hacia los compromisos sentimentales. Continuando con su relato, doña Patricia narra que después de 8 años comenzaron vivir juntos y a los 4 años de su relación nació su primera hija, Carolina y dos años después nació su segunda hija, Isabela. Doña Patricia dice que su economía familiar era muy buena, puesto que ambos trabajaban, lo que les permitía tener un buen flujo económico.*

Respecto a la organización de su hogar, describe que siempre han tenido empleada para encargarse de las labores de las que ella no puede encargarse. Frente a sus gastos familiares menciona que su esposo se encargaba de la economía, pese a que ambos trabajaran, dejando así que ella invirtiera su salario de la forma más conveniente para sí misma y él no le ponía problema: *“Yo con el sueldo le ayudaba a mi mamá, le pagaba la universidad a mi hermano, le pagaba la universidad a Cristian... Porque él en esa época estudiaba medicina en la Libre... Le pagaba a Cristian... ¡Ehh! le compraba demasiadas cosas a ellos, también a Cristian. Compraba muchísimas cosas para mí, porque él nunca me dijo usted tiene que pagar esto o lo otro.”*

Terminando estos aspectos, doña Patricia cuenta intimidades de su relación con su esposo; mencionando en primera medida que era un hombre de mucha fe, con el cual compartía la creencia en Dios. Esto hacía a su esposo un hombre respetuoso y amoroso con sus hijas. Lo recuerda como un hombre muy amigüero y dedicado de lleno a sus negocios de la propiedad raíz, menciona que él no tenía mucho tiempo en el hogar, pues no le quedaba mucho por el trabajo.

Sus planes como pareja consistían en salir a comer a sitios campestres, pues a su esposo le gustaba salir con ella a distintos restaurantes que estuvieran a las afueras de la ciudad. También les gustaba salir a merchar a la galería *él decía que allá estaban los mejores productos*. Doña Patricia narra que don José tenía una buena relación con su familia, es decir, con sus cuñados y sus suegros, al igual que ella con la familia de su esposo. El plan que más le gustaba como familia con sus hijas, era salir al campo (restaurantes campestres y fincas de amigos de don José).

Entrando en otro tema, doña Patricia cuenta detalles de su esposo con sus hijas, diciendo que era muy amoroso con ellas y lo era tanto, que no tenía normas con ellas: *¡Nooooo!... Para nada, no tenía ninguna norma, ¡por favor!* Y que por esto, ella era la estricta, pero que aun así esto no le traía peleas o llamados de atención por parte de su esposo. Finalizando estos módulos, doña Patricia recalca el amor de don José por sus hijas, diciendo que él le cumplía todos los caprichos, como el de haberles regalado a su primer perrito: “Copito”, un frespuder que alegró la vida de sus hijas, aun sabiendo que a ella no le gustaban las mascotas en el hogar.

Isabela

Isabela es una joven risueña y muy dedicada a su carrera, sacar notas altas es uno de sus mayores goces, *es una nerd* dice su hermana Carolina. Isabela tiene color de cabello rojo que resalta con su tez blanca, su voz es suave y en su acento se fusiona el valluno y el paisa, esto producto de su estancia educativa en Medellín. Es una joven tímida y reservada en los aspectos personales, incluso, su hermana menciona que hay temas de los que ella nunca habla y por ende es difícil saber cómo piensa. Nuestra conversación se llevó a cabo en una tienda, cerca a la casa de su abuela en Cali, aprovechando que había venido a visitarla. Isabela enuncia entre risas que es mala para las cosas de la memoria y que no recuerda muchas cosas: *Ja, ja, ja... ¡Yo no sé qué decir!... ¡Uyy!... Yo casi no soy buena pa` eso...Pues... ¡Jum!* Isabela continúa su relato diciendo que ha vivido en muchas partes en las ciudades de Palmira, Cali y Medellín, pero solo tiene recuerdos de su infancia cuando vivió en Palmira, de los sitios de Cali no se acuerda. Rememora que en esta ciudad vivía bien, bien porque estaban cerca de la casa de su abuela Mamá Estella y de uno de sus primos, por lo que mantenía de un lado a otro jugando con distintos amigos: *Pues, me gustaba era que teníamos muchos amigos... Entonces nosotros manteníamos todo el*

tiempo jugando o salíamos y podíamos ir donde mamá Estella todo el tiempo, estábamos como siempre...Juntos.

Sus recuerdos corresponden a la edad de 8 años, no recuerda muy bien los años anteriores. Menciona que sus padres eran muy amorosos con ella y su hermana. Eran las consentidas de sus abuelos y sus padres. Isabela cuenta que era la mimada de su papá y que dormía con él, recuerda a su hermana como muy peliona con ella, pero bien al final: *“Pues... Mamá Estella siempre consintiéndonos, nosotras a toda hora éramos las mimadas... Y mi papá... Pues yo era la mimada, yo dormía con él... Con mi mamá también...Eh, y Carolina bien, peleándome, pero eso es de hermanos. Y mi hermano lejos pero siempre juntos, ósea lejos pero a la vez juntos.”* Continuando con su relato, explica más la relación con su hermana en la infancia, diciendo que ella le peleaba mucho por cualquier motivo y que entonces, su mamá la regañaba demasiado por eso y que su papá se metía a defender a su hermana Carolina pues doña Patricia la regañaba muy fuerte. Relata que su hermana tiene muy presente la imagen de don José como su defensor, pues él la defendía de los regaños de su madre. Continúa explicando que pasaba mucho más tiempo con su madre que se dedicaba en esos en esos momentos a los trabajos manuales de artesanías navideñas que con su padre que se la pasaba trabajando.

Posterior a esto, continuando con su relato cuenta su relación con sus padres, donde su papá era quien la alcahuteaba más, el que le cumplía sus caprichos: *“Mi papá... Era equitativo... Eso era para las dos, lo mismo ¡y bastante!... a él no le importaba, siempre era por igual.* Por el contrario enuncia que su madre era más “tacaña” al alcahuetearles sus gustos, menciona que es ahora que su madre cambió, pero que antes, en su infancia, no era así.

Avanzando en su relato, Isabela considera que sus padres la querían mucho antes, pero no aseguró cuál de los dos era más apegado a ella, puesto que no recuerda muy bien. Isabela comienza a reconstruir los eventos familiares en su niñez diciendo que estos eran completamente diferentes a lo que son ahora, pasándola muy bien, sin ningún tipo de confrontación entre familias (entre tíos), o al menos eso era lo que ella creía: *Pues... Nosotros íbamos a todas las fiestas y eso era un mundo de gente... No como ahora... eran muchas personas y como la tía Olga hubo un tiempo que no vivía acá, entonces todo era más en paz.*

Respecto a la autoridad en la casa, Isabela cuenta que era ejercida por su mamá más que por su papá, su madre era la encargada del castigo físico: *Esa si nos cascaba a lo loco... ¡Correa suelta! Nos pegaba hasta con perrero... ¡Ella nos daba con perrero y todo! Y eso nos daba chancletazos, patadas, puños...Ja, ja, ja.*

Desarrollando más su relato, Isabela expresa que en lo personal cree que ella cambió cuando entró a un colegio donde conoció a unas amigas y comenzó a embriagarse cada fin de semana. Aspecto que le ocasionó fuertes encontrones con sus padres. Por otro lado, hace mención a recuerdos con su padre, los cuales considera como especiales, siendo uno de

estos el regalarle a su primer perrito: “... Yo tenía un conejito, se llamaba Violet Botones y ese conejo no hacía sino cagar y hacer daños y de todo... No se dejaba ni coger y me aruñaba. Entonces ellos dijeron que se la iban a dar a Ángela⁹, y yo ¡no! yo quiero mi conejo... Entonces se fue con Carolina. Un día iba para la galería y llegaron con una cajita, Carolina dice que no lo regalaron ¡pero yo se que sí lo regalaron!... Entonces llegaron con una cajita y me dijeron vea lo que le traje, entonces yo lo fui a ver y era un perrito, y dijo pero chito con su mamá...Entonces yo tenía un saquito rojito y ahí metí al perrito y ya... Sé me olvido que tenía el conejo. ¡Literal yo amé a copito desde el primer momento! Porque nunca me habían querido dar un perrito. Este es uno de los recuerdos que Isabela resalta como valioso con su padre, pues ese día recuerda que discutió con su madre.

Isabela no tiene recuerdos de algún momento especial con su madre por lo que guarda silencio por un tiempo prudente intentando recordar alguno, como esto no ocurre, decide continuar hablando de otros aspectos, como lo fue la organización de su hogar en la infancia. Recuerda que su padre se levantaba un poco más tarde que ellas a la hora de ir al colegio, su empleada, Angelita, se encargaba de las labores del hogar, arreglándole el uniforme y haciendo el desayuno a su hermana y a ella. Menciona que al llegar del colegio su madre se encontraba en casa haciendo alguna actividad, almorzaban y ella se iba a su cuarto, pues como ella dice: *Nosotras no somos de hablar o contar cosas*, al llegar la noche, llegaba su papá a quienes ambas corrían a abrazar.

Posterior a esto, Isabela cuenta un poco de su adolescencia y de su paso por distintos colegios, de los cuales no recuerda los nombres pues el paso por la secundaria no fue de mucho agrado: “Pues... No es que yo no me hablara con nadie, sino que yo era muy tímida. Entonces yo era la “ñoñita” típica a la que uno no le quiere hablar, yo era así, la callada, la que era sola en el colegio, sola ahí concentrada, no hablaba con nadie. En los descansos era sola... Y cuando yo peleaba... Yo andaba con dos amigas o algo así, si peleaba con ellas andaba solita, y eso que sola entre comillas porque yo me iba para donde Carolina, porque a mí nunca me ha gustado estar sola.” Isabela subraya que nunca ha sido de amistades, casi como su mamá, pero menciona que sí compartía con personas, en algunos casos, compartía eventos no aceptados por sus padres como las rumbas cada fin de semana. De esto narra que era su mamá la que la cantaleteaba, su papá se molestaba pero nunca le hacía un reclamo. También cuenta que en esos momentos la relación con Carolina era tensa, pues ella se enfadaba mucho cuando Isabela salía de fiesta y llegaba ebria: *Cuando yo bebía mucho Carolina era puta... ¡Era bravísima! Todos eran bravos.* Pero aun teniendo estos roces, Isabela es enfática sobre la unidad que siempre ha tenido con su hermana, siendo cada una de ellas el soporte de la otra. Sobre los planes familiares, expresa que eran limitados, pues el plan familiar era visitar a su abuela en la ciudad de Palmira, ir a comer allá y regresar a la ciudad en la que vivía en ese entonces, Cali.

⁹ Ángela o angelita, es la empleada del servicio que ha acompañado el trasegar de la familia Salamanca Betancourt

Luego de esto, Isabela pasa de manera muy rápida por los temas del amor, aludiendo que no le gusta hablar de eso porque se la montan. De esta forma expresa que sí tuvo novios en la adolescencia, pero en su casa nunca se enteraban porque ella los presentaba como amigos. Isabela no da muchos detalles sobre este aspecto de su vida, en cambio se detiene a explicar un poco más de su padre; en este caso, sobre los consejos que le daba para enfrentar la vida: *“Él era todo... tranquila, relájese... Todo era así, tranquila hija... relájese o ¿qué más?... No sé. Casi no tengo buena memoria... No, él era relajadísimo a él le hacían las cagadas más hijueputas y él era la persona como que... Yo no sé como hacía, eso le hacían las cosas más horribles y él era como que... Bueno... Le robaban plata, le robaban cosas y él sabía, y él le daba como que rabia pero a la vez decía como que ahh... Mucha gente le decía mentiras.”* Isabela continúa explicando sobre la bondad de su padre, mencionando lo siguiente: *“Pues mi papá siempre daba mucho, entonces yo creo que eso fue lo que él más me enseñó, ¡a dar sin esperar nada a cambio!... Porque él literal daba, daba y daba y, nadie le devolvía. Y a él nunca le importó eso, y yo creo que mi mamá lo adoptó, porque literal mi mamá da a la gente... Pues ella siempre ha sido de dar, pero era antes un poquito más tacaña, en cambio ahora sí da.*

Continuando con su relato de vida, Isabela señala la formación cristiana de su hogar, pues sus padres pertenecían a una iglesia cristiana, pero no solo iban a la iglesia cristiana sino que también iban a la católica: *Sí, mi papá era católico, no todos, eso era una revoltura... Católicos y cristianos y nos compraban miles de cosas para darle a todos los amigos, entonces nosotros llegábamos con mucha comida.* Dejando de lado este tema del cual Isabela no ahondó demasiado, da inicio a la narración sobre lo que recuerda de la economía familiar mencionando que su padre era el encargado del sustento de la familia. Debido a que su madre había decidido dejar el ejercicio de su profesión por una dificultad la cual Isabela no quiso detallar. De esta forma explica que la economía de su hogar, debido al trabajo de su padre en la propiedad raíz era fluctuante, teniendo por momentos grandes cantidades de capital y por otro, situaciones difíciles: *Pues digamos... Como es comerciante a veces hay mucho y otras veces estábamos normales, pero nunca aguantamos hambre... Mi papá nos daba de todo, todo lo que queríamos nos lo daba, a excepción del perrito que ya luego nos lo dio, pero él siempre nos complacía con todo lo que queríamos.*

Isabela se detiene en su relato a exponer que su padre era sobre-abundante en regalos con su hermana Carolina y ella, intentando siempre ser equitativo. Por otro lado, retoma que sus relaciones familiares seguían siendo buenas en la adolescencia, presentándose un buen clima familiar entre sus padres y sus tíos: *“No sé... Yo no sé, quizá no había tantas discusiones y no era antes el signo pesos como es ahora todo, sino que simplemente como cada quien tenía su propio empleo y cada quien tenía su propio mundo y vivíamos lejos, y nadie estaba como tan en el mismo entorno, sino que uno solo se veía como en la fecha, en el momento que era y ya, se acabó... Nadie estaba como en el mismo entorno de aquí, como así (se coge las manos dando a entender que están muy cerca, apretados).”* Isabela narra que las relaciones familiares no eran tan problemáticas como ahora, debido a que su

padre ayudaba económicamente a cualquier familiar de su esposa que lo necesitara: “No pues él siempre se preocupaba por todos... Pero sí, él tenía otras cosas...Ese día que iban a matar a Norberto¹⁰, él fue el que dio la plata y él nunca le pagó (le prestó 15 millones de pesos).” Terminando estos módulos, Isabela cuenta que mientras transcurría su adolescencia, vivió aferrada a sus padres y a sus hermanos, Carolina y Cristian, que pese a no vivir juntos se veían de vez en cuando, dándole unidad a la familia.

Carolina

Carolina es la primogénita de su hogar, es la mayor. Es risueña y su voz es muy suave, lo que la hace ser “dulce” o eso le dicen. Es más alta que su mamá y su hermana, le encanta hacer deporte por lo que su físico deja en evidencia las muchas horas que pasa en el gimnasio y practicando *crossfit*, que después de la medicina son sus mayores gustos. Carolina actualmente tiene 24 años, es médica egresada de una universidad privada de la ciudad de Cali, donde a su vez está haciendo una maestría en Epidemiología. Carolina es una joven muy ocupada, en su tiempo libre trabaja en un proyecto personal de salud para ayudar a las personas con sobrepeso, lo que le queda de tiempo lo invierte ayudando a su madre con la organización de las finanzas de los locales de ropa, evaluando deudas y pagos. Carolina no tiene recuerdos muy lúcidos de su infancia, pero menciona que la recuerda en la ciudad de Palmira con su hermana y sus abuelos, pero no recuerda a sus padres en esos momentos: *Umm...Lo recuerdo con mi abuela en Palmira, con mi abuelo...Con mi hermana... Fue bonito, pues, casi no recuerdo a mi mamá ni a mi papá en mi infancia, Tengo pocos recuerdos.* Recuerda su infancia como bonita, porque su abuela y su abuelo vivían en pro de ella y su hermana, siendo ella el centro de atención estando siempre acompañada.

Sus abuelos fueron los encargados de su crianza en la niñez temprana, siendo ellos los que la llevaban al jardín y a los distintos deportes en los que la metían sus padres. No recuerda muy bien a sus padres antes de los 10 años, puesto que ellos mantenían trabajando mucho, pero aun así recuerda a su padre como muy amoroso y a su madre como una mujer fría pero muy preocupada. De su padre menciona lo siguiente: “*Si, claro. Con ambas... Era muy cariñoso, nos decía cara de palo... Nos ponía apodos, pero todo el tiempo nos abrazaba, nos peinaba, cualquier cosa que le pedíamos así no tuviese él miraba como conseguírnoslo*”.

Carolina narra que en su infancia solo estuvieron sus abuelos, al menos en lo que ella recuerda. Luego de esto pasa a contar sobre la relación con su hermana Isabela, que ella misma describe como pésima, pues siempre le caía encima por cualquier razón: “*Porque ella siempre fue como...Como era chiquita, flaquita y débil, entonces era como el centro de atención más por mi mamá. Mi mamá era todo Isabelita o es, aun. Entonces yo le migaba;*

¹⁰ Norberto Betancourt, primo materno de Isabela.

yo no le permitía que estuviera en mi mismo circulo social, entonces si se metía le pegaba.” Recuerda la relación con sus tíos, tías y primos como muy buena, pues según ella no entendía como eran las cosas en verdad. Pero menciona que las querían muchísimo, sus primos y primas se convirtieron en hermanos a través de la convivencia, se la pasaban jugando en la casa de su abuela o en la casa de un primo.

Carolina cuenta que comenzó a vivir con sus papás a la edad de 10 años y los recuerda como amorosos, a veces los recuerda discutiendo, pero solo cuando su padre, don José llegaba pasado de tragos. Carolina explica que su padre era un amor, solo amor y que no le solía pegar o regañar, solo lo hacía de manera justa cuando ella era grosera con su madre. También cuenta que tiene un recuerdo muy bonito de su padre en esta época: *“Creo que el día de la primera comunión cuando él me vio cerca a la iglesia y yo sentadita con las otras niñas se le salieron las lagrimas... Yo creo que él pensó que me iba a casar... ja, ja, ja... ¿Porque para qué chillaba?... ja, ja, ja, ja.* A su vez, recuerda que su madre estuvo de forma muy dedicada a la preparación de este evento, que se celebró de forma muy especial.

Carolina explica que sus padres eran muy ocupados, su madre se levantaba temprano a hablar por teléfono, se organizaba y salía junto a su padre a trabajar. Recuerda que solo los veía en la mañana y en la noche cuando llegaban: *Pues digamos que en vacaciones era cuando los veíamos salir, porque si no, si estábamos estudiando, nosotros salíamos a las seis de la mañana, ellos salían y nosotros nos quedábamos con Ángela... Cuando vivíamos en Palmira, que fue cuando comenzamos a vivir con ellos, mamá Estella iba o nosotros íbamos donde mamá Estella, pero a veces mi mamá iba a almorzar... Pero la mayoría de las veces no, porque ellos trabajaban en Cali y regresaban en la noche.* Expone que veía a su mamá mucho más tiempo cuando se mudaron a Cali.

Sobre su educación dice que pasó por 6 colegios en su primaria y bachillerato, en distintas localidades; a lo que refiere que no sabía por qué razón, solo mantenía cambiando de colegio y de casa. Recuerda que tenía amigos muy limitados, pero muy cercanos. Sus padres no decían nada por sus amistades, antes les brindaban su casa para jugar y les compraban mucho mecate.

Carolina cuenta que cuando estaba más grande estaba muy unida a su padre a quien ella reconoce como su protector: *Con mi papá...Porque por lo menos mi mamá me amenazaba con mi papá y antes de que ella lo llamara yo ya lo estaba llamando a ponerle la queja. Entonces él me decía que no le parara bolas, que no se qué, que no le hiciera caso y él se amanguaba conmigo.* Por el contrario, la relación con su madre la recuerda como conflictiva: *Ella no me aguantaba, yo hacia cualquier cosa y era malo, me contestaba con 15 piedras en las manos, defendía solo a Isabela.* Menciona que la relación con su hermana pasado el tiempo seguía siendo conflictiva: *Sí, sólo era buena cuando papá ya no estaba.* Recuerda que sus actividades favoritas en la adolescencia consistían en practicar algún deporte, pidiéndoles a sus padres que la metieran o a tenis o natación; estos deportes los practicaba junto a su hermana en un club después de salir del colegio. Al salir del club,

llegaban a casa a hacer las tareas que le dejaban de la escuela. Adentrándonos más en su relato de vida, Carolina hace mención a que su plan familiar favorito era salir a comer a Leños y Carbón, luego de esto, nos detenemos a hablar sobre el amor, donde cuenta que solo ha tenido un novio desde la adolescencia hasta la adultez joven, y que este novio no fue bien recibido por su familia al inicio: *Mi papá no lo quería, mi mamá lo aguantaba...Y los demás lo aceptaban.*

Recuerda que tuvo muchos problemas con su papá por su novio, pues don José le ponía horarios muy estrictos: *“De dos a seis si era en Cali, si era en Palmira podía hasta tarde, hasta las ocho de la noche... Mi papá llamaba a mamá Estella para que me entrara... No pues yo me enojaba, pero me tocaba, porque si no, no me dejaba volver a Palmira.* Mientras narraba esto, Carolina recuerda un momento muy complicado que vivió con su padre por criticar sus medidas para con la relación que tenía: *...Una vez que él me invitó a una finca en Tenerife y no me dejó ir mi papá, que porque era peligroso, que no se qué...Ese día yo me le enfrenté, era la primera vez que yo le decía algo... ¡Pero ese día se lo dije!... Nada...Pues él se puso a llorar y yo me puse muy triste...Porque yo le dije que quien era él para que yo tuviera que estarme cuidando.”* Luego de esto, explica que vivía unida a su padre, pues lo acompañaba a todas partes, según ella *a parches chimbo* como comprar el pan o lavar el carro. Pasando a otro tema, Carolina habla sobre las creencias y prácticas religiosas, enunciando que eran católicos y mucho después sus padres se volvieron cristianos, yendo los sábados en la noche a la iglesia cristiana y los domingos a la iglesia católica: *“Nosotros somos católicos, íbamos a iglesia católica y luego ellos se volvieron cristianos, eran cristiano-católicos... Luego ya íbamos a dos iglesias...Por la mañana, ah no, los sábados por la noche a la cristiana, al culto, y el domingo por la mañana a la católica... A veces metían a esos locos a la casa a orar, hacían las células en la casa.* Carolina menciona que no le gustaba que los miembros de la iglesia cristiana fueran a la casa y tuvo muchas peleas con sus padres por esta cuestión: *¡Nooo! A mí me daba rabia cuando me los metían a la casa, porque empezaban a caerse como muertos en la sala... A mí eso no me gustaba, y a cogerle duro la cabeza a uno... Yo no entendía porque era eso, una vez intentaron hacerme eso en la cabeza y no me gustó...Ejercían fuerza sobre mí, entonces no, después yo les dije a ellos que yo no los respetaba, que no me incluyeran en eso, que no me gustaba.*

Sobre su economía familiar recuerda que habían picos de dinero y otros era complicada la economía: *“Recuerdo que habían picos...Habían picos donde había muchísimo dinero y podíamos tener muchas cosas y habían picos en los que literal no había nada, pero los picos donde no teníamos nada fueron pocos y fueron a lo último.”* Carolina recuerda que en uno de estos picos tenía una obsesión por el tenis y sus padres le obsequiaron todos los implementos para la práctica de este deporte, comprándole las mejores raquetas, los mejores zapatos y permitiéndole tener un profesor personalizado. Enuncia que a su hermana también le daban todo lo que quisiera, a su vez recuerda lo siguiente: *Una vez nos dio el capricho de pintar los cuartos, entonces yo quería un castillo e Isabela una princesa,*

entonces mi papá contrató a un pintor para que nos pintara las paredes. Dejando este tema de lado, Carolina cuenta que los deberes del hogar eran realizados (aún) por Ángela, la empleada de la familia. Ella era (es) la encargada de mantener la casa en orden y preparar los alimentos, también explica que cuando ella no estaba por vacaciones o salidas, su madre y su padre se encargaban de las tareas, su padre se encargaba de preparar el desayuno y su madre de organizar un poco en la casa o a veces contrataban a otra empleada.

Respecto a sus relaciones familiares, cuenta que su padre era la adoración de sus cuñados y cuñadas, teniendo así una buena relación: *Bien, todos lo idolatraban...Josecito pa 'acá, Josecito pa 'allá... Porque él siempre era el de la plata, el que decía vamos a almorzar y él gastaba todo o en diciembre era él el que siempre gastaba todo el trago... ¡Todo! y cuando ellos necesitaran de él, él siempre estaba.* Terminando estos módulos, Carolina cuenta que su papá era muy amoroso con su abuela, doña Estella y que eran compinches en la vida. Su padre la llevaba a todos los restaurantes que ella quisiera y le ponía la música que a ella le gustaba, a su vez, narra que era muy especial con su abuelo, pues se iba hasta su cuarto a estar con él y a “hablar mierda”.

Capítulo III: La pérdida y su impacto en la vida familiar

Familia González Zapata

Doña Paola

Al entrar a conversar sobre la pérdida de su esposo, doña Paola cambió su postura, sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz comenzó a quebrantarse al recordar todo lo que vivió tras la muerte de su único amor. Doña Paola narra que todo inició por una apendicitis, pero que luego pasó a ser una peritonitis y el anestesiólogo de turno, se equivocó sobrepasándose en la anestesia a la hora de la cirugía, aspecto que lo dejó en coma por 13 meses antes de fallecer: *Bueno... Eso... él duró primero que todo 13 meses en coma... Comenzó a deteriorarse porque prácticamente* (da un largo suspiro y su voz comienza a temblar)... *No hablaba, todo había que colocarlo por sonda y sí... Se deterioró., su salud fue empeorando cada vez más.* Posterior a esto, doña Paola, sumergida en llanto, recuerda lo que sucedió el día de la muerte: *Ese día yo me levanté, pues yo siempre estaba allí... Ese día me levanté, lo bañé, lo organicé, pero lo noté con la cabeza pesada, pesada, pesada y yo hablé con él* (doña Paola rompe en llanto)... *y le pregunté que si estaba cansado, que si se quería ir... Entonces los ojos los cerró, porque llegamos a comunicarnos a través de los ojos ¿no?... Entonces yo le decía que si algo era no, que cerrara los ojos, que si era sí que mantuviera los ojos abiertos... Entonces yo le pregunté ¿estás cansado, ya te quieres ir a descansar?... Él cerró los ojos y me hizo así* (la miró)... *Entonces le pregunté ¿los niños te atan? Entonces él abrió los ojos grandes y nuevamente hice una pregunta ¿yo te estoy atando, te estoy haciendo daño? Y él cerró los ojos y me hizo así* (la miró)... *Entonces yo le dije, descansa, vete tranquilo. Yo voy a estar bien, los niños van a estar bien y ya es hora de que descanses, que estés bien... en ese momento yo le hablé mucho, mucho y él cerraba los ojos en varias preguntas que yo le hacía* (diciendo no) *yo le decía que no se preocupara por nada de lo económico que yo estaba muy bien, que una plata que aun no había llegado yo la tenía,*(le decía esto para tranquilizarlo, pues realmente no tenía el dinero) *que no se preocupara por eso. Que a los niños no les iba a faltar nada... Y él me hacía con los ojos* (abría los ojos grande), *como preguntado que si todo eso era cierto... Yo le decía que sí... En ese momento yo le pregunté que si tenía sed y él me dijo que sí* (dejó los ojos abiertos), *entonces yo fui por agua para darle, cuando ya vine con el agua, yo noté que él ya estaba en otro aspecto, entonces yo volví a cogerle la cabeza y le sentí la cabeza demasiado pesada. Fue ahí donde llamé al médico y él me dijo: ¡Es bueno que lo saques inmediatamente para un centro médico, es bueno que recibas el dictamen médico para que puedas enterrarlo! Entonces vinieron los bomberos, se lo llevaron y yendo en la ambulancia el me apretó la mano duro, duro, duro, duro y el allí murió...* (Doña Paola suspira e intenta limpiarse las lágrimas).

Posterior a esto doña Paola cuenta lo que significó para ella la muerte y el sufrimiento de su esposo: *¡Mi mundo acabado... Mi mundo derrumbado totalmente!... ¡Sentí dolor,*

impotencia, rabia; muchas cosas a la vez! Hasta el punto de que después de que enterré a mi esposo, yo me iba todos los días a esperar al que hizo eso. Y llegué a pensar tantas cosas en mi cabeza (guarda un silencio profundo)... En esa época Alberto ya trabajaba dentro de la penitenciaría y llegue a hablar con un muchacho para que lo matara...Pero el día en que el muchacho iba a hacer las cosas, no fui capaz, ¡no fui...capaz! (Voltea la cara y continúa llorando). Doña Paola con la voz quebrada, menciona que inmediatamente después de la muerte de su esposo en la ambulancia ella se fue para su casa y a su esposo lo enviaron para la morgue, puesto que necesitaban hacer todas las diligencias legales. Doña Paola enuncia que al llegar a su casa debió hablar con sus hijos, quienes esperaban verlos a ambos: (...) Me vine para la casa y lo primero que preguntaron los niños fue: ¿mi papá?... ¿Mi papá? ...Y tener que decirles que el papá... Se había ido con Dios... Y que no lo íbamos a volver a ver (rompe desconsolada en llanto).

Continuando con su relato, doña Paola cuenta que luego vino el velorio y posteriormente el entierro, a su esposo lo entregaron para la ceremonia fúnebre, que se realizó en la funeraria Veracruz de la Ciudad de Palmira y posterior a esto se realizó una ceremonia solemne en la penitenciaría de esta misma ciudad.

Doña Paola recuerda que este fue un momento extremadamente difícil para sus hijos que estaban pequeños, Christian con 5 años y Carlos con 8. Cuenta que su hijo Christian no asimilaba el suceso, pues su padre lo había acostumbrado a la lógica: “irse de la casa, significa volver a ella”, por tanto no creía en el hecho que su padre hubiera fallecido y esperaba que regresara todas las tardes. Doña Paola explica que esto cambió un día en el que su hijo soñó con su padre y este “se le manifestó” diciéndole que se iba, pero que nunca estaría solo, después de esto, Christian rompió en llanto por más de 12 horas.

Por otro lado su hijo Carlos asumía la muerte de su padre pero lo hacía en silencio y en soledad. Lloraba encerrado en su cuarto y no permitía que su hermanito Christian, y tampoco César, que estaba recién nacido, supiesen que estaba triste: *De pronto Carlos, tuvo una...Una fuerza, una fortaleza. A pesar de que Carlos lloró mucho...Carlos se encerró... Y se encerró en un mundo donde sufría demasiado, demasiado, pero él mostraba fuerza para que sus hermanitos no vieran que él sufría.*

Continuando con su relato de vida, doña Paola narra que a la ceremonia fúnebre asistieron familiares y amigos de la familia, que recuerda que la abrazaban y cargaban a los niños. Rememora que la velación y entierro fue guiada por el rito católico y que su última morada fue el cementerio Jardines del Palmar, el cual queda ubicado a la Salida de Palmira, por la vía que conduce a Candelaria. Expone a su vez que las misas se hacían cada 3 o 6 meses, que incluso algunos internos recogieron fondos para celebrarlas ya que don Alberto los había tratado como personas y no como criminales.

Doña Paola es contundente en decir que estas misas no le ofrecieron alivio y que por el contrario desempeñó una rebeldía hacia la iglesia y especialmente hacia Dios por la pérdida de su esposo: *“Yo entré en un choque, en una rebeldía contra Dios en muchas cosas... Yo*

decía: *¿por qué a una persona buena le pasan todas esas cosas? Entonces entré en una rebeldía y me alejé mucho de la iglesia, fue demasiado para mí.* Rebeldía que cuenta existió por más de 6 años. Respecto a su proceso de duelo, explica que la universidad en la que estudiaba en ese momento le ayudó con su duelo.

Continuando con este tema, doña Paola subraya que la pérdida de su esposo no se acepta y que por el contrario, siempre se siente: *No, eso es algo que nunca se acepta... ¡Créame que no! ...Vive uno con esa pérdida, pero que uno acepte...No...¡No!*. Adentrándonos un poco más a su relato de vida, doña Paola expone que no pasó mucho tiempo para quedar sin apoyo familiar: *“Nosotros éramos cuatro con Cesitar... Y bueno, de parte de la familia de mi esposo se alejaron totalmente...Totalmente... Esto me da risa, ahora me da risa, pero al principio me daba rabia, porque las tías, las que son cercanas no más me decían: Ya se murió mi sobrino, entonces hasta aquí llegó nuestra relación... ¡O sea!... Yo decía ¿pero y los hijos que él dejó qué?... -¡No!, si ellos llegan a necesitar algo pues usted nos avisa- pero pues la relación se mantenía por él... Entonces como que uno dice bueno, la misma familia se alejó...Pero pues ahí vamos.*

Continuando, doña Paola expresa que llegaron los momentos más difíciles de su vida, pues debió luchar para sacar adelante a sus hijos, dos niños pequeños y uno recién nacido que fueron sus pilares para emprender la lucha: *Bueno, posterior a eso... ¡Ay Dios mío, tantas cosas!... Aguantamos hambres horribles...Me tocaba ir donde amistades a hacer oficio para ganarme algo... ¡O sea, me tocó dar un giro grande en mi vida!* Doña Paola explica que este giro de su vida consistió en ir a trabajar en lo que fuera, se ofreció como empleada de servicio medio tiempo, trabajó en el arreglo de uñas y comenzó con la lectura del tarot, pues sus abuelas le habían enseñado. A su vez debió recurrir a personas para que le obsequiaran comida para sus hijos, tarea que enuncia doña Paola, *fue durísimo.*

Permaneciendo con su relato y con una voz apocada por el dolor, la madre cuenta que debieron pasar 7 años para que decidiera guardar las pertenencias de su marido, pues antes no lo consideraba apropiado: *Todo quedó igual. No modifiqué nada, todo quedó en el mismo sitio, todo, todo, todo.* Doña Paola enuncia que no cambió de lugar las cosas de su esposo porque de alguna forma le daba fortaleza ver los cuadros pintados por él, ya que le traía recuerdos especiales. También expone que nadie la ayudó a enfrentar este proceso, que lo enfrentó sola.

Antes de avanzar en su historia, la madre señala que al principio de la pérdida, ella quería mudarse: *“No, al principio yo si quería mudarme, fueron los niños los que no quisieron, ¡pero no quisieron porque ellos tenían temor! Resulta que cuando nosotros nos vinimos para esta casa a los 8 días fue que mi esposo comenzó a enfermarse, a enfermarse y a enfermarse...Al mes siguiente fue que él ya entró en coma, después de la cirugía fue cuando empezó el calvario, entonces a ellos les daba miedo de que yo me fuera. Ellos me decían: mamá es que si tú te vas de pronto te mueres... De pronto te pasa esto, te va a*

pasar lo de mi papá, no nos movamos, mira que cuando nos movimos de la casa se murió mi papá. O sea un temor... Aún yo les hablo algo de viaje y siempre se les nota el temor.

Posterior a esto doña Paola se detiene a conversar sobre cómo sus relaciones familiares se esfumaron, teniendo presente que ella no tuvo en su adolescencia y adultez temprana una buena relación con sus hermanas. La familia de su esposo cortó los vínculos con ella, debiendo enfrentar este proceso sin ayuda: *¡Jum no! Todos ellos se distanciaron, todos me dieron la espalda y yo tuve que afrontar esto sola, siendo fuerte por y para mis hijos. Viví más de la caridad de los amigos que de mi propia familia... eso fue muy difícil, porque yo nunca había vivido de la caridad de nadie, yo desde muy niña me enseñaron a trabajar y a ganarme las cosas y no esperar nada de nadie... Y usted esperar que alguien venga y le traiga una libra de arroz eso es doloroso, que alguien venga y le traiga una libra de carne, eso es doloroso, porque yo no estaba acostumbrada a eso.* Continúa explicando que fueron tiempos difíciles en los que debió soportar humillaciones de sus hermanas y de los esposos de ellas por el hecho de darles comida a sus hijos y a ella. Estas vicisitudes tuvieron una duración de cuatro años, donde pasado este tiempo lograron acomodarse con la pensión de don Alberto y así conseguir estabilidad económica.

Terminando este módulo, se le da paso a los recuerdos íntimos, donde doña Paola rememora y detalla a su esposo, esta vez, cambiando las lágrimas por sonrisas: *Pues era muy alegre, muy bromista, alegre. Siempre separaba su trabajo de lo de la casa, pudiera tener los problemas que tuviera, pero en la casa era una persona totalmente tranquila, como si no tuviera problemas.* Continuando, expresa que ambos soñaban envejecer juntos y bromeaban sobre quien iba a necesitar más pañales que el otro. A su vez expresa que él era muy apasionado por deportes como la natación y el fútbol. Recuerda que como pareja les gustaba salir a comer y a dar vueltas en el carro a ciudades como Popayán, donde comían platos típicos.

Doña Paola luego de evocar a su esposo, entra a detallar la relación con sus hijos, exponiendo que él se volvía niño con ellos y que ser papá era uno de sus pasatiempos más apasionados, enunciando recuerdos como el siguiente: *“Cuando nacieron los niños, lloramos. Nos agarramos a llorar en la clínica después de que nació mi niño... Carlos nació en el hospital y en nosotros brotaba el llanto de ver que el bebé estaba bien, lloraba el niño y llorábamos nosotros... Sí, fue algo bonito. Cuando se enfermaba llorábamos los dos porque no sabíamos qué tenía, éramos muy sensibles.”* También hace mención a objetos atesorados como lo son un bolso y un reloj que su esposo le regaló cuando había pasado poco tiempo de vivir juntos. Según doña Paola, el recuerdo más vivo de su esposo es el de su biblioteca, donde aparecen distintos libros que él leyó y trabajó, teniendo una gran variedad de títulos y temas: libros de economía, sociología, derecho, filosofía, medicina alternativa, etc.,

Finalizando el relato de doña Paola, ella conversa sobre el desarrollo de sus hijos, donde ella formó y forma parte constante de su crecimiento convirtiéndose en mamá y papá al

mismo tiempo. Enuncia que sus hijos crecieron y se hicieron más fuertes: *“Su vida... Pues ya cambiaron después de todo lo que pasó. La situación los hizo crecer, maduraron mucho, han madurado... Les tocó madurar muy rápido, y se han conservado en el orden de que el papá detestaba las pandillitas, las barras de futbol, que fueran a hacerse a esquinas y gracias a Dios ninguno de ellos hace eso.”*, doña Paola termina su relato diciendo lo siguiente: *“Bueno, ahora nosotros estamos planeando salir de todas las deudas que tengo, sobre todo luchar como para ya quedarnos libre de todo eso, buscar una forma de vida diferente, sí, eso es lo que hemos estado tratando de hacer, de darle un giro ya a nuestras vidas. Ahora somos paz, una familia unida y fuerte.*

Carlos Alberto

Carlos, el adulto joven de voz gruesa y considerable estatura, al conversar sobre lo que sucedió con su padre, toma aire de forma sostenida, su voz trastabilla y cuenta: *“Yo recuerdo que él estaba enfermo, le dolía por acá (señala un costado, a la altura del abdomen), donde queda el apéndice, cuando recién nos pasamos acá (a la casa donde viven actualmente) como al mes más o menos. Después, fue a un chequeo médico y no volvió pues ese mismo día lo internaron. Así recuerdo que sucedieron las cosas. A uno de niño el tiempo le pasa muy rápido. Pero en lo que vagamente recuerdo, siento que pasó mucho, no sé si fue una semana o dos, pero para mí fueron muchísimos días en los que no veía a mi papá. Recuerdo solamente cuando lo trajeron... ya estaba en coma ¡Estaba así, en coma!... Y así duró un año, era muy difícil verlo en ese estado, porque no hablaba, no se movía, estaba ahí, inmóvil y uno de niño no entiende, uno cree que está durmiendo, y que se le ha extendido la hora de dormir. Posterior a esto, Carlos enuncia que su edad era de nueve años y que por ende no entendía muy bien lo que sucedía, expresando que era muy extraño lo que con su padre sucedía. Carlos continúa, y expone lo que recuerda del día en que su padre falleció: “Entonces (suelta un suspiro largo) pasó un largo año él estando así. Un día estaba el terapeuta haciendo con mi padre su terapia de rutina y tuvo que irse después de esta, a mi papá le empezó a faltar el aire y un tío que se encontraba en la casa nos ayudó a bajarlo a la sala mientras llegaba la ambulancia. Al rato, ella llegó y solo puedo decir que vi a mi padre partir, pero jamás volvió.*

Luego de tocar este tema, Carlos explica que no recuerda lo que pasó después, solo dice que al parecer su mente se reinició para soportar lo que estaba sucediendo. Recuerda con mucha dificultad que se fueron para donde una prima y luego, sin saber si fueron días o tan solo horas se realizó el velorio en el que recuerda estuvieron sus tías y abuelos paternos. Divaga rápidamente de un recuerdo a otro explicando que vino el entierro, pero antes de eso se hizo una ceremonia solemne en el penal de la cual solo recuerda eso.

Mientras continuaba con su relato, su voz gruesa se quebranta, ahora ya es una voz frágil como un cristal y dice: *Fue la peor cosa que me ha pasado en la vida.* Carlos recuerda esta vez con lágrimas lo siguiente: *Lo que hacíamos era que yo llegaba del*

colegio e iba a saludarlo. Le hablaba, contándole como me había ido y él siempre era muy atento a escucharme. Fue difícil (corren lagrimas por sus mejillas). Después me iba a hacer tareas y mi mamá se quedaba hablándole y haciéndole terapia...Había que moverlo porque de tanto estar en cama le salían llagas en el cuerpo, por ende había que estarlo moviendo. Mi mamá lo movía, lo limpiaba, lo acomodaba, lo arreglaba, porque él no podía hacer nada. En ese tiempo también venia una tía y lo ayudaban a asear para que cuando nosotros llegáramos lo encontráramos limpio.

Carlos comenta que no sabía si su hermano Christian entendía lo que pasaba, pues estaba muy pequeño y no cree que el dolor fuese tan intenso como el suyo pues cuando uno está pequeño, el dolor parece no tocar a esos seres, justifica Carlos. Recuerda a su vez que doña Paola estaba destrozada, pero que se hacia la fuerte con ellos, pero él la escuchaba llorar en el cuarto o en la cocina en las madrugadas. Carlos tuvo que hacer las veces de “hombre de la casa” en su niñez. Rompe en llanto de forma desconsolada y expresa lo siguiente: (Comienza a llorar, su voz tiembla) *¡Pues es como si algo de mí, también hubiera muerto con él! Una parte de uno ya no está, se fue y parece no dar indicios de querer regresar, así como él tampoco lo hará* (suspira) *ves pasar las cosas como un recuerdo, pero se quedan ahí, solo en recuerdos que aparecen cuando los traes de nuevo a la mente. Queda en uno el vacío* (Suspira) *Un vacío que a pesar de que pase mucho tiempo, sigue* (evoca suspiros) *¡Entonces sí! ¡Un vacío! Uno piensa que con el tiempo se hace fácil ¡pero este nunca se va!*

Debieron pasar algunos minutos para que Carlos se repusiera al menos un poco, luego de esto comienza a exponer que en el entierro de su padre arrojó un poco de tierra en el momento en que depositaban el féretro. Enuncia que no recuerda a la familia de su madre en el entierro, pero supone que debieron estarlo, por el contrario recuerda muy bien a la familia de su padre: abuelos y tíos. Finaliza este difícil módulo mencionando que recuerda el entierro de su padre, pero no el velorio.

Continuando con la conversación Carlos cuenta que luego de la pérdida de su padre, nada le ofreció alivio, por el contrario perdió la fe: *“No sé, como que uno después de ver morir a uno de sus padres, la fe en Dios y en la misma religión, se van perdiendo, porque uno escucha la gente diciendo que eso era la voluntad del que está en los cielos, que pronto yo lo iba a ver, que no se había ido y que continuaba en mi corazón, pero cómo me podían decir eso si yo estaba viendo a mi padre en un cajón sin hablarme y sin moverse, cómo se le explica a alguien de manera tan absurda una idea tan irracional. Yo en ese momento solo pude pensar que ¡Dios no era bueno!*

Posterior a esto Carlos expone que la familia debió unirse y empezar de cero. Una de las acciones que emprendieron fue la del reparto de roles y quehaceres, tareas que describe como muy difíciles puesto que en la casa no había dinero y escaseaba la comida. Carlos narra que su función fue la de cuidar a sus hermanos, encargarse de César quien estaba muy pequeño. Explica que su madre debió encargarse de conseguir el dinero para la subsistencia

de la familia. Adentrándose un poco más en sus recuerdos Carlos enuncia que para conseguir dinero debieron vender muchos objetos de su padre como lo eran: trajes, joyas y licores. A su vez llama la atención sobre la difícil situación que los acompañó por los años posteriores a la pérdida de su padre, como lo era la alimentación, debido a que debían ir sin su mamá a almorzar donde su tía materna.

Carlos cuenta que su madre, doña Paola, después de mucho consiguió empleo en la lectura de cartas, aspecto que les proporciono el sustento: *mi madre consiguió un empleo y más o menos fue desde ahí que las cosas empezaron a mejorar, porque no teníamos mucha solvencia económica. Ahí fue que mi mamá empezó con lo de leer las cartas y eso nos ayudó muchísimo ¡ya teníamos cuadernos, ya teníamos con que estudiar! ¡Ya teníamos comida! Ese empleo de ella nos ayudó a salir adelante.*

Carlos continua explicando que su madre logró sacarlos adelante de una forma excepcional y a veces desconocida para él, pues no sabe de dónde agarró el valor para continuar, incluso subraya que *hizo más de lo que debía*. Carlos también enuncia aspectos concernientes a las redes sociales de la familia, diciendo que sus lazos familiares paternos o maternos son malos. Puesto que en el caso de sus tíos maternos le dieron la espalda a su madre o incluso se aprovecharon de la situación. En el caso de su familia paterna, explica que esta solo se centró en ellos, pero olvidó por completo a su madre, pues ellos la culpan por lo que le pasó a don Alberto.

Ahora la conversación se centra en como Carlos recuerda a su padre, esta vez tomando distancia de los recuerdos dolorosos: *Lo recuerdo activo, feliz, siempre alegre, amoroso, muy cariñoso y protector con todos*. Recuerda que su padre pese a ser pastuso era un hinchista ferviente del América de Cali, equipo de fútbol que Carlos también anima. Menciona que su padre era amante del arte y que este era uno de sus pasatiempos predilectos. Como familia, cuenta que a sus padres les gustaba ir a Pasto en carro, siendo esto lo que más recuerda. Sobre sus padres no da detalles de su relación, pues explica que no recuerda mucho más allá del beso de despedida de su padre al trabajo y el de llegada.

Carlos no recuerda malos ratos con su padre o actitudes que no le gustaban, de hecho quería ser como él y aun lo intenta (con mucha fuerza). Sobre objetos atesorados menciona que tiene muchos, uno de estos objetos son los cuadros que adornan toda la casa, también muñequitos en madera, que sus hermanitos dañaron, pero hace mención a lo más preciado que es la biblioteca de su casa: *Pues es sumamente importante, porque eran los libros que le gustaba leer a mi papá, es como el tesoro que más apreciaba. Cuidar de esa biblioteca tanto como cuidó él de ella, es como recordar que aún sigue ahí detrás de cada historia en los libros*. Luego de esto, Carlos subraya que la pérdida de su padre lo hizo madurar siendo un niño, convirtiéndose de manera forzosa en el hombre de la casa a los 9 años de edad, aspecto por el cual no disfrutó de su niñez y de su adolescencia, sintiéndose vacío por esto, pero enuncia: *¿A quién voy a culpar por eso?*, Carlos continua explicando que hace

las cosas bien en el sentido de respeto para con su madre y da lo mejor de sí en el trabajo, porque así honra la memoria de su padre a quien considera “vive en los consejos”

Carlos termina su relato describiendo a su familia como perseverante: *Debimos tener mucha perseverancia para salir adelante y todavía, porque no estamos en las mejores condiciones, pero la seguimos luchando.* También describe que su familia se hizo más fuerte a partir del dolor y esto les permite no dejarse derrumbar por cualquier cosa: *Pues pienso que es algo que nos marcó, pero que unidos pudimos llevarlo adelante. Ahorita eso nos ha servido para los obstáculos que se nos presentan cada día, obstáculos que ya sabemos vencerlos fácilmente... O sea... ¡Ya a uno no se le arruga tan fácil!*

Christian Camilo

Christian al perder a su padre tenía 5 años por lo que enuncia no recordar nada con especificidad. Su relato es muy accidentado, pasando del pasado al presente constantemente, combinando así sus memorias. Recuerda que su padre era muy puntual, es decir, siempre llegaba a casa a la misma hora sin importar nada: *Me acostumbró a que siempre llegaba a la misma hora.* Cuenta que el día en que se enfermó su padre este no llegó puntual: “ese día él se demoró un poquito más en llegar y todos estábamos preocupados porque no llegaba. Estábamos Carlos, mi mamá y yo en la sala esperando a que apareciera, de momento tocaron y procedimos a abrir. Era mi padre. Venía así recostado, caminando así (encorvado) dijo que le había dado un dolor muy fuerte por este lado (señala un costado del abdomen), pero muy fuerte y que no podía caminar bien del dolor. Lo llevamos al hospital y que era un problema de apendicitis que llegó a un cuadro negro, creo. Sé que todo empezó por un problema de apendicitis. A él le dio eso y él quedó en coma (guarda silencio) Cuando él quedó en coma, al rato despertó, pero no despertó con todas sus funciones normales.”

Continúa, esta vez con dificultad (debo mencionar) que no había visto con anterioridad llorar de forma tan inconsolable a Christian. Su voz se apagaba por momentos, las lágrimas se deslizan por su rostro y dice lo siguiente: “¡Yo me sentaba marica! Empezaba a rezar y él se movía raro, se movía de una forma muy extraña, me miraba y siempre se le salían las lágrimas (silencio) ¡Siempre lloraba! Muchas veces ¡Yo lloraba también! ¡Pues yo creo que él se sentía como una carga! Porque pues llegábamos al cuarto y mi mamá lo tenía que bañar, lo tenía que vestir, le tenía que hacer de todo y como él nunca estuvo acostumbrado a eso, yo creo que para mi padre eso fue desastroso. Se sentaba en la silla a llorar hasta que una vez se comenzó a ahogar y tuvimos que llamar a la ambulancia porque no estaba respirando. Mi mamá se fue con él y no recuerdo si fue ese mismo día, pero creo que después de que mi mamá se fue con él, mi padre nunca más volvió. Recuerdo vagamente que en esa casa estaba Carlos, mi tío Manuel y estaba yo, sentado en la sala, y mi tío dijo: muchachos -nos abrazó y nos dijo- Yo no quiero decir esto pero tengo que comentarles algo. ¡Su papá murió! Carlos lloró y lo abrazó ¡Pero yo!... ¡Yo no entendía

realmente, yo no comprendía como iba a estar muerto! Yo no lo creía parce, pasaron los años y yo no lo creí. Muchas veces le decía a mi mamá que yo sentía que en algún momento él iba a aparecer en la calle, que me lo iba a encontrar por ahí, o que quizá vendría a la casa, pero lo que jamás acepté fue que mi padre estuviera muerto.

Christian explica que no recuerda muchos detalles del velorio o el entierro, solo que había soldados haciendo piruetas con el rifle. Desconoce quienes estuvieron ahí, incluso dice no recordar la cara de su madre en ninguno de estos eventos. Especifica que solo vio llorar a su hermano el día de la noticia pero no después, enuncia que lo más seguro es que llorara en su cuarto como todos. Continúa su relato comentando lo siguiente: *Cuando él entró a la casa casi sin poder caminar, a todos nos dio mucho, pero mucho miedo y una preocupación muy grande, realmente pues como habían dicho que era algo con el apéndice yo pensaba -Porque a un primo lo operaron del apéndice- no, pues eso no es nada grave, solamente el dolor y en un momento está de nuevo acá en casa. Cuando llegó la ambulancia a los días, a la semana, no recuerdo bien, Carlos y yo pensábamos que mi papá ya estaba bien ¡Pero no! Llegó en coma. Entonces lo pusieron en el cuarto con mi mamá. Estaba la cama de él, que la cosita del suero, que los medicamentos, que los pañales, todas esas cosas. Eso es lo que más tristeza me daba mi hermano ¡verlo ahí! porque pues, es muy distinto cuando sin piedad te dicen que la persona murió, pero otra muy distinta es ver el proceso y ver como poco a poco la persona va muriendo, ¡eso fue lo peor!* Christian explica que de todo el proceso de entierro y velación se encargó el penal por ser un trabajador distinguido, aspecto que según él le permitió ser enterrado en jardines del Palmar, donde actualmente se encuentra sepultado su padre.

Avanza en su relato exponiendo que su madre no les dijo nada respecto a todo lo que estaba sucediendo, solo seguía atendéndolos como normalmente lo hacía. Christian subraya que su madre le decía: *Lo que dicen las mamás -su papá está en un lugar mejor, está feliz-. Cosas como para mejorarlo a uno pero que no lo mejoran. Yo la veía sufriendo mucho a ella, así que ni ella ni nosotros mejorábamos con esos argumentos.*

Christian habla de las misas, misas que se hacían cada 15 días o cada mes, intentando ofrecer alivio, pero no lo conseguían. Cuenta que a las primeras misas asistieron amigos del penal, pero que con el tiempo solo asistía su núcleo familiar, es decir, su madre, sus hermanos y él. También expresó que hacían visitas recurrentes al cementerio pero que con el pasó de los años estas fueron menguando. Subraya que en lo personal ha ido a visitar a su padre al cementerio, en distintas ocasiones él solo. Respecto al duelo menciona lo siguiente: *“Pues si el proceso de duelo se refiere a ese sentimiento de dolor, el dolor es algo que queda para todas las personas que llegaron a tener un cariño hacía él, porque aún en la casa, a veces como en esta temporada más o menos (diciembre) yo me pongo a arreglar la casa, pues pintando algunas paredes y demás. Entonces mi madre me dice: que sí, que todo está muy bonito, pues porque mi papá se esforzó mucho por comprar esta casa... ¡Se mató mucho! Ella lo dice con mucha nostalgia ¡Si mi papá estuviera aquí!*

muchas cosas que están pasando ahora no estarían pasando, como lo del impuesto predial, que estamos colgados hasta las nalgas. Todo eso no estaría pasando si mi padre estuviera vivo, como las veces que mi madre aguantó hambre, o las veces que aguantamos hambre allá en la casa, todos. Todas esas cosas no hubieran pasado si él estuviera vivo.

Avanzando en su relato Christian explica que su proceso de duelo lo hizo solo, pues no encontró apoyo en su familia, debido a que lo más cercano que tenía a una figura masculina a seguir era su hermano Carlos, quien le dio la espalda en los años venideros; aspecto por el cual Christian caracteriza la relación con su hermano como áspera. Con su madre, enuncia que se convirtió en una relación de miedo, puesto que su madre se volvió muy agresiva con sus hijos y recuerda él, que les pegaba muy duro. Por ende desarrolló miedo hacia ella, por esta razón trataba de ocultarle todo (incluso en la actualidad).

Continuando con su relato, Christian explica que fueron sus hermanos pequeños los que unieron a su familia, pues se reunieron alrededor de ellos para ofrecerles lo mejor. A su vez relata que tiempo después del suceso de su padre cambiaron todo de lugar: *Pues, no sé si eso es de religión o de alguna creencia, pero cuando se murió mi papá, mi mamá me dijo que había que cambiar las cosas de lugar, que cuando una persona se muere, si es una persona de la casa y murió ahí mismo, había que cambiar las sábanas y había que cambiar todo de lugar, no sé, supongo que era para que la persona no quedara penando en la casa. No recuerdo bien. Pero si sé que movimos todo de donde estaba. Mi mamá regaló muchas cosas de mi padre para no quedar llena de ellas, incluso nos regaló ciertos objetos a nosotros. Mi papá siempre fue muy amante al fútbol y a él le encantaba el América, entonces él tenía el uniforme oficial, los guayos y demás. Los guayos mi mamá los regaló, el uniforme nos lo dio a nosotros, aunque a nosotros no nos guste el fútbol, nosotros lo tenemos ahí guardado. Las pantalonetas de fútbol las usamos para dormir de vez en cuando, ahora no. Mi papá nos dejó pijamas. Yo me la he puesto una vez en la vida, de resto no... Pero sí muchas cosas se guardaron y como se guardaron, así se quedaron, sin tocarlas.”* Al hablar de estos objetos Christian hace un alto y comienza a conversar sobre la biblioteca de su padre: *“La biblioteca fue lo más sagrado que mi papá tenía, él gustaba mucho de pasar en los momentos de descanso, leer un libro, amaba leer. No conozco mucho de los libros que ahí están, reconozco uno que otro porque a veces los acomodo. Pero esos libros son intocables, si se presta uno de esos y se pierde, mi mamá pega el grito en el cielo. Entonces así cómo mi mamá aprecia mucho esos libros, nos inculca a nosotros el cuidarlos, el tenerlos bien, limpiarlos, etc. Entonces yo creo que es cómo lo que hacen las personas cuando alguien se muere, que le mantienen limpiando el ataúd -Lo llenan de flores y demás- Nosotros hacemos eso con la biblioteca, pero la idea es no dañar la rutina que mi papá tenía: ¡Que una biblioteca es realmente importante para la familia!*

Avanzando en la historia de su vida, Christian expone los recuerdos que tiene de su padre: *Yo lo recuerdo como una persona que fue muy amorosa. Una persona que desde que tuvo sus hijos, siempre, hasta el momento en que murió siempre luchó por ellos.*

Siempre luchó por nosotros, luchó por mi mamá. Pienso en todo lo que hizo ¡Todo lo que nos dijo a nosotros fue con mucho, mucho amor, nunca conocí a alguien que amara tanto a unos hijos como él! También hace mención a los gustos de su padre, explicando que a don Alberto le encantaba tanto el fútbol que alquilaba junto a compañeros del penal una cancha normal o sintética para jugar. Por otro lado disfrutaba de la piscina, le gustaba la natación como deporte, pero sólo la practicó por gusto.

Christian Continúa explicando que si bien su padre fue un apasionado del fútbol y sobre todo un amante del América de Cali, nunca estuvo de acuerdo con ir a verlo jugar a un estadio, pues don Alberto aborrecía la violencia y decía que en esos lugares había mucha. Luego de esto, Christian Camilo narra los recuerdos familiares de los domingos, siendo este el día utilizado para salir a comer por fuera, explica que su padre utilizaba el domingo para atender junto a sus hijos a su madre, quien se encargaba de la casa de lunes a sábado, por ende, su padre se encargaba de la casa el domingo.

Él iniciaba con el desayuno de su esposa y sus hijos, luego le pedía a Carlos y a Christian que se lo llevaran a la cama mientras él hacía el aseo de la casa. Al terminarlo y llegando el medio día salían a comer por fuera, yendo casi siempre al paraíso, sitio turístico a las afueras de Palmira. Mientras se conversaba sobre esto, Christian tiene un recuerdo que describe como muy bonito: *“Yo me acuerdo tanto que cuando nosotros vivíamos en el Olímpico no había garaje, entonces mi papá pagaba parqueadero. Como el carro tiene esa parte alrededor del capó, ¡como esa sustracción donde siempre se daña cuando uno se estrella, esa parte! Pues el carro, ese Nissan tiene la lámina más sobresalida. Entonces, cuando mi papá llevaba el carro a parquear, Carlos y yo nos escabullíamos y nos sentábamos en la lámina de atrás y nos prendíamos de la placa ¡Nos sentábamos ahí escondidos! Y mi papá obviamente por el retrovisor nos veía la cabeza, nosotros convencidos de que mi papá no nos veía y él se iba lento. El parqueadero quedaba como a una cuadra, entonces llevaba el carro al parqueadero y se hacía el loco. Siempre se hacía el loco, porque él llegaba y pagaba el carro, dejaba las llaves y decía: ¡ay! ¿Ustedes que hacen por acá? Nosotros solo sonreíamos y él decía ¡Vamos a comer algo!, nos gastaba algún dulce o algo así. Pero eran cosas que Carlos y yo hacíamos con él para pasarla juntos, eso es de los recuerdos más felices que puedo tener frente a mi padre.*

Christian relata recuerdos de su padre y su madre, diciendo que ellos entre sí eran muy cariñosos, menciona que el pasatiempo de ellos era acostarse en un sofá de la sala a leer cada uno un libro y compartírselo al otro. De esta forma se profesaban el amor del uno por el otro. Respecto a las actitudes de su padre, menciona que en los seis años que lo conoció, siempre le gustó todo de él, pues lo encontraba (aun lo encuentra) como un hombre de gran ejemplo.

Continuando con su relato, Christian explica que la muerte de su padre cambió su vida y la de toda su familia: *Yo creo que cuando mi papá murió, algo en mí también se fue con él, porque cuando él se fue, aparte de la soledad y demás que uno siente en el proceso. Yo*

empecé a volverme solitario y ahora soy de esas personas que no se siente a gusto con cualquier otra persona. Es como si los demás solo lograran fastidiarme, pero siento que a nadie debo entregarle mi amor o mi confianza, quizá sea miedo lo que siento, miedo a querer a las personas y que un día cualquiera, se vayan. Después de esto, habla sobre un regalo de su padre que lo llena de orgullo: Algo que yo sí tengo guardado y que no me lo obsequió él es una medalla. Cuando él estaba en el penal, como en el penal tienen esa estructura como la tienen los militares de entregar medallas de reconocimiento y demás, él recibió una de esas medallas y desde el día en que la trajo la he tenido en el cajón de mi cuarto guardada. Realmente no me la regaló, es una medalla que él llevó a la casa, que le habían dado en una cajita de cuero y todo, envuelta en una telita blanca, muy bonita por cierto. Eso lo tengo guardado y es como mi tesoro, porque era parte de él y en ella lo siento junto a mí. Yo me imagino que para uno ganarse una medalla tuvo que sobresalir mucho en sus labores ¡Para mí tener una medalla de él, es tener un recuerdo de que él se esforzó en algo y lo pudo lograr!

Luego de conversar sobre esto, se dio inicio al último módulo donde Christian expone los ajustes que tuvo la vida familiar luego de la pérdida de su padre. Se hace mención a lo siguiente: *Todo empezó a mejorar, después de la muerte de mi padre, más o menos a los tres años de haber partido. Las cosas fueron mejorando cuando mi mamá comenzó a leer las cartas, poco a poco fuimos saliendo de tanta cosa. Obviamente mi mamá vendió muchas cosas que quedaron de mi padre, vendió el arma, anillos, ropa, licores ¡Vendió de todo! Solo se enfocó en pagar lo esencial: ¡la comida! Ella solo pagaba la comida. Y como no había para pagar los servicios públicos, nos los cortaron ¡pero nunca el agua! ¡Porque nosotros para sobrevivir necesitamos agua y comida! Poco a poco fue que fuimos saliendo de eso, también mi mamá fue consiguiendo que más gente fuera llegando a la casa a consulta, así fue como pudimos empezar a ponernos al día con los servicios (...) aplicó para nosotros aquel refrán de que Dios aprieta pero no abandona. Si nos apretó un tiempo, pero nunca nos abandonó como tal, y siempre la vida nos puso en el camino personas maravillosas, demasiado honestas, personas con mucho amor y eso ha sido después de la muerte de mi papá una de las bendiciones más grandes que pudimos recibir, pues gracias a esas personas y al sacrificio de mi madre es que poco a poco hemos podido salir adelante.*

Continúa explicando que la pensión de su padre se demoró muchos años, años en los que debieron aguantar mucha hambre y humillaciones, Christian cuenta que este fue un proceso muy difícil: *“Ya después a mi mamá le tocó hacer los papeles para la pensión de mi papá, esos trámites demoraron mucho tiempo, ¡muchísimo tiempo, por ahí sus 3 o 4 años después de que mi papá muriera! Porque eran papeles y papeles donde se debía demostrar que mi hermano y yo éramos hijos legítimos de mi papá, demostrar que mi mamá había estado casada, tocaba pedir certificado de matrimonio, en fin ¡Tocaba hacer un poco de vueltas! Y esperar a que todo eso lo estudiaran en no sé dónde. Cuando aceptaron, se tenía que ir a FOPEP (Fondo de Pensiones Públicas del Nivel Nacional) a*

que lo aceptaran. Luego tenía que ir a la UGPP (Unidad de Gestión Pensional y Parafiscales) a que lo aceptaran. Entonces en todo ese proceso, fue mucho el tiempo que pasó ¡Muchísimos años! Eso fue lo que cuando nosotros estábamos mal en la casa nos levantó, nos levantamos a punta de esa pensión no más.

Posterior a esto habla sobre un intento de su madre por reconstruir su vida amorosa, aspecto que enfureció muchísimo a su hermano y a él en su tiempo: *“Ella primero consiguió otra persona. Se llamaba Orlando, creo que se llamaba así. Él tipo iba a la casa, mi mamá se veía bien, pero lo que era para Carlos y para mí fue algo duro, porque era afectar la memoria y el recuerdo de mi papá ¡Es ver a alguien besando a tu mamá o ver a alguien acariciando a tu mamá, mientras que vos sabías que la persona que lo hacía era tu papá! ¡Eso para nosotros fue demasiado duro! ¡Nosotros nunca aceptamos esas cosas! Éramos muy pequeños y éramos muy tontos, muy llenos de cosas, muy o quizá muy llenos de un dolor que no podíamos reconocer bien aún. Después mi mamá consiguió otro señor, él es el papá de los niños (sus hermanos menores) Mi mamá sí hizo las cosas bien, más allá de que Carlos y yo no aceptáramos o no, mi mamá hizo las cosas un poco más a escondidas. Si se veía con el tipo, lo hacía a escondidas y el tipo si trató de llevarse nuestra confianza ¡Pero no parece, Carlos y yo nunca dejamos! ¡Nunca!*

Finalizando su relato Christian habla de una economía familiar más estable, en la que tienen nuevas problemáticas, como la del pago del recibo predial que está muy caro por varios años en mora, pero que aun así, no tienen los problemas que presentaban años atrás, como lo era aguantar hambre y estar sin varios servicios públicos. Christian subraya que su familia es un ejemplo de superación y dice lo siguiente: *“Las familias son como pilares, Mamá y papá, los demás son como una estructura de una casa que tiene sus columnas y demás, se cayó una columna parece, pero la casa no se cayó, o sea, sí se desmoronaron muchas cosas, pero no se cayó y perseveramos ¡Parce y poco a poco, aunque esa columna quedó faltando, no dejamos caer la casa! ¡No dejamos caer nada, no nos dejamos morir guevon, ni por humillaciones, ni porque la familia nos dio la espalda, ni por nada! Nos tenemos nosotros, eso, ¡Eso es lo que mi mamá nos dice cada 31 de diciembre!*

Después de señalar esto, Christian termina mencionando la profunda admiración que tiene por su madre a quien considera una heroína de la vida real y por la que quiere que todo salga bien: *“Parce, mi mamá, como te conté, mi mamá ha trabajado desde los 10 años, ya tiene 52 años y hasta el son de hoy no ha parado de trabajar. Todos los días se levanta a continuar con la labor. Eso es lo que yo admiro de mi mamá, que aunque tenga sus años y todo, ella se levanta a las 7 de la mañana y lo despacha a uno ¡con un amor! Le da el desayunito a uno, le echa la bendición, le dice mijo cuídese mucho, que le vaya muy bien en el estudio, que no sé qué ¡Parce, así loco! Cuando yo trasnocho me dice: mijo ahí le dejo cafecito, ahí le dejo pancito y todo ¡Parce yo digo que Dios me quitó a mi papá, pero me dejó una madre, maravillosa, es estricta en algunas cosas, como cualquier madre que quiere lo mejor para sus hijos, pero uf, una madre con un corazón muy grande! ¡Muy*

grande! Y eso se lo agradezco a mi padre también, porque si ellos no se hubieran conocido, yo hoy no tendría la mujer que por mamá mis hermanos y yo, tenemos.

Concluyendo los relatos que contienen sufrimientos indecibles y a su vez la forma en que la familia González Zapata los afrontó, se dará paso a las narraciones de la Familia Salamanca donde exponen las dificultades que se erigieron sobre ellas tras la pérdida de don José y como esta hermosa familia lo enfrento.

Familia Salamanca Betancourt

Patricia Betancourt

Al hablar sobre lo sucedido a su esposo y todo lo que conllevó su pérdida, doña Patricia cambia su postura, se evidencia tensa, su rostro refleja una experiencia traumática de la cual quiere olvidar todo: *Ese tema es difícil, muy duro, no quiero ni recordarlo.* Doña Patricia no entra en detalles, decide no hablar sobre lo sucedido, pronuncia frases cortas que intentan ocultar lo acaecido, pero al mismo tiempo continua con su relato. Respira profundo y permite que pasen los segundos, al reponerse, expone que tras ese fatídico día debió irse con sus hijas del apartamento en el que vivían, narra que debió salir corriendo de allí y dejó todo atrás, es decir, dejó todas sus pertenencias incluida su ropa y la de sus hijas, quedándose con lo esencial. Posterior a esto cuenta que se fue junto con sus hijas a vivir con una persona (amistad de su hijo mayor): *Nos tuvimos que ir a un sitio a vivir con una persona que nos brindó hospedaje, nos quedamos ahí como seis meses mientras que yo me organizaba y empezaba a tomar las riendas para ver por la obligación* (sus dos hijas, en ese momento adolescentes). *Sí, Fueron más o menos seis meses para organizarme.* Doña Patricia describe lo que significó para ella este momento: *“¡Muy duro! Muy traumático, Muy horrible, horrible ¡Fue horrible! ¡Muy duro todo eso! ¡Fuertísimo! ¡Uno no le desea eso ni al peor de los enemigos! ¡Uy no!* (Da un largo suspiro) *Ni me quiero acordar ¡Porque yo viví ese momento! ¡Yo estaba con él!* (Silencio) *Entonces queda uno traumatizado ¡Uy no, Santo Dios! Trato de nunca recordar eso.”* Doña Patricia requiere de más tiempo para hablar, pues sus recuerdos son traumáticos.

Doña Patricia de forma muy apresurada menciona que no formó parte de las ceremonias fúnebres como el velorio y el entierro. Esto por miedo y terror, pero a su vez, con su rápido *no formé parte de nada*, buscaba no seguir conversando sobre uno de los peores días de su vida. Menciona también que no dejó a sus hijas ir al entierro de su padre, pues todas estaban desoladas por la pérdida, pero sobre todo, eran presas del miedo y del trauma: *No porque a mí me dio miedo y no era capaz de ir, no me sentía capaz ¡No!* Continuando, doña Patricia narra que ella le mandó a hacer misas después de su pérdida, subraya que aún lo hace. Explica que a estas misas solo asistían sus hijas, ella y su hijo mayor, pues luego de perder a su esposo sus amigos se esfumaron, incluso su familia materna: *“No, yo no tuve ayuda...Cero acceso... Porque yo no tengo relaciones sociales con nadie...Los amigos de él*

no eran mis amigos. Al hablar sobre el duelo, doña Patricia menciona que tuvo una duración de siete meses y que ya pasó para ella, pero no es así para sus hijas, quienes aún viven su pérdida: *¡No! Eso duró un tiempo, pero ya pasó gracias a Dios. Las niñas son las que aún no se reponen, yo lo asimilé mucho mejor como hasta los 7 meses.* Posterior a esto doña Patricia habla sobre su familia y enuncia que todos permanecieron juntos, no se distanciaron, sino que mantuvieron como siempre, unidos.

Avanza en su relato diciendo que aún puede sentir la muerte de su esposo en sus hijas, pero resalta que su hija menor, Isabela es mucho más fuerte. Por el contrario su hija mayor Carolina es más sensible a los temas de su padre. Respecto a la ayuda de su núcleo familiar en los tiempos difíciles, expone que no recibió ayuda de nadie, solo de Dios: *¡Nadie! Dios es el único que me ha ayudado, nadie me ha brindado un plato de comida, ni una libra de arroz ni una sola colaboración, en ningún sentido ni sentimental, ni emocional, ni económicamente, nadie me ha brindado ningún apoyo. Yo le oraba al señor y él todo me lo fue dando.* Doña Patricia explica que fueron tiempos muy duros, en los que dejó todo tirado. Recuerda que solo pasados cuatro meses regresó a sacar algunas cosas del apartamento: *Vivíamos en el apartamento y nos fuimos de ahí por miedo, dejamos tirado todo. Yo volví cómo a los 4 meses a sacar las cosas, saqué todo y ya, todo lo regalé ¡Todo! no vendí nada.*

Doña Patricia habla sobre el apoyo de sus padres, quienes le dieron ánimo, pero no la ayudaron económicamente: *“Nada, mi mamá y mi papá pues me ayudaron emocionalmente, me apoyaban y ya, pero solo eso. Nadie me ayudó económicamente ¡Nadie!* Doña Patricia como mujer de fe, no discute ni pone en tela de juicio la presencia de Dios en su vida, enuncia que ella y su familia solo recibió el apoyo de Dios, de nadie más, pues su familia, hermanos y hermanas, se alejaron e incluso le cayeron encima cuando pudieron.

La familia de su esposo desapareció, cortando los lazos que los unían. Doña Patricia cuenta que se tardó siete meses en organizarse, pero ya pasado ese tiempo, ella consiguió un apartamento en el que comenzó a vivir con sus hijas, de lo sucedido ella expresa: *vivimos siempre solitas*, mientras continúa exponiendo su relato de vida, doña Patricia resalta el papel de su hijo en el proceso de duelo suyo y de sus hijas: *cristian ha hecho la labor de papá. Él ha estado pendiente de ellas, él les dice las cosas, además él ha sido toda la vida el que las ha ayudado. Cristian ha sido la mano derecha y como yo he vivido con él, él las llevaba al médico, las traía, las llevaba al colegio. Toda la vida, antes y después del fallecimiento del papá.*

Finalizando su relato doña Patricia habla sobre el trabajo y la alegría de que sus hijos no pararan los estudios y avanzaran. Sobre la economía familiar actual dice lo siguiente: *¡Pues duro! Duro porque me toca sudarla y guerrearla. Me toca muy duro ¡bastante difícil! No... Lo que pasa es que se está trabajando... Crisis no, porque gracias a Dios uno tiene de qué echar mano, pero el trabajo es duro, muy duro y más porque el año pasado tuve*

problemas graves de salud y Dios me sanó. Llego muy cansada, Me toca muy fuerte, pero Dios está de mi mano ¡Dios es el proveedor! Doña Patricia concluye su relato refiriéndose a lo siguiente: “Gracias a Dios han salido a delante, Primero Dios y segundo que están estudiando. Ya hay dos profesionales e Isabela que entra a séptimo semestre, entonces eso para mí es lo más importante; el estudio de ellos, que no lo pararon, sino que siguieron. Ya el papá hace 7 años que falleció, Carolina hace 8 meses se graduó, entonces estamos bien, estamos saliendo adelante.”

Isabela

Al hablar sobre su padre, Isabela, la joven dulce y risueña se ve sumergida en un mar de lágrimas y dolor. Al conversar sobre su pérdida, sus ojos se vuelven tristes y se inundan de un dolor irrevocable que intenta contener debido a que si bien es una chica muy sensible, no le gusta dejarse ver presa de emociones intensas: *¡Padre Santo! Eso está muy duro.* Isabela intenta seguir hablando, pero el llanto intenso se lo impide. Guarda silencio por unos minutos, en los cuales enfoca su mirada hacia otro lado para poder limpiar sus lágrimas con más tranquilidad. Al recobrar el aliento, Isabela narra lo que hizo en el momento de la muerte de su padre: *“Pues yo (Silencio) ¡Muy bravo esto! ¡No! ¿Uno que hace? Pues yo entré en shock. Yo no lo podía creer (Silencio) Y ya luego a uno le entra algo como que no lo deja respirar y llora. Yo estaba tan atónita que no me fijé que encima de la pijama me había puesto la ropa (Silencio) Me acuerdo que copito estaba jugando y yo le gritaba que se quedara quieto y cosas así ¡Realmente yo estaba destrozada, pero aún no podía asimilarlo! Posterior a esto Isabela guarda silencio intentando contener las lágrimas y darle estabilidad a su voz rota. Isabela no logra sobreponerse al dolor y decide detener la conversación. Pasados unos días, Isabela hace extensivo un mensaje: No puedo hablar más de lo sucedido, lo lamento, dejando en evidencia el infinito dolor que le embarga al hablar de lo acontecido con su padre sin importar el tiempo que ha transcurrido.*

Carolina

Al hablar de la pérdida de su padre, Carolina convierte la tristeza en rabia, su relato se vuelve tenso y proyecta ante su interlocutor este sentimiento de hostilidad al final de la conversación. Carolina inicia la conversación sobre este complejo modulo diciendo que no quiere hablar de lo que le pasó a su padre. Continuando así hacia otros recuerdos como el de la fecha del suceso: *“Recuerdo que en el 2014, ¡No! Espérate, Yo tenía 16 años, 2012, sí, 2012 ¿Qué más era? No, pues personas que (Silencio), no quiero hablar de eso.: Yo llamé a la ambulancia y llamé a mi hermano ¡La ambulancia se demoró mucho en llegar! Luego llegó mi hermano y nos escondieron arriba (En el apartamento) La policía iba a preguntarnos cosas y mi hermano no dejó que contestáramos nada y nos encerramos, luego llegaron por nosotras y nos fuimos.”* Explica que en este momento su mamá se

enfermó del estómago pues ella iba con don José en el momento de su pérdida. Recuerda que su madre no lloraba, solo estaba pasmada y temblorosa; recuerda que su hermano decía: *“Cristian, Cristian decía cosas como que ¡No, gracias a Dios no le pasó nada a mi mamá! Y no sé qué más. .* Recuerda a su hermana Isabela ahogada en llanto. Carolina olvida que pasó consigo misma en esos momentos, asegura que lo más probable es que llorase tanto o incluso más que su hermana.

No hay lágrimas en Carolina, solo pausas pronunciadas y críticas frente al estudio del duelo, de su duelo. Dice frases como la siguiente: *¡Esas preguntas tan horribles!* Avanza en su relato de vida y categoriza la pérdida de su padre como una desgracia sin precedentes. Menciona que no fueron parte de las ceremonias fúnebres puesto que no las dejaron asistir a nada por temor. El entierro y su velorio fueron organizados por una tía paterna. Continúa relatando aspectos de su madre: *Estaba nerviosa, todo sucedía como una película en cámara lenta. Era extraño.* Relata que las misas eran peores pues intensificaba el dolor de perder a su padre. Sobre el duelo, explica que no acaba nunca: *No creo, nunca acaba, el dolor es algo que crees que se va, pero en los momentos de vacío y soledad, llega nuevamente y te recuerda que ese ser ya no está, y que no estará nunca más. Definitivamente el dolor se queda incrustado para siempre.*

Continúa exponiendo que entregaron el apartamento en el que vivían y se fueron a otra ciudad, pero no duraron mucho tiempo por motivos de movilidad para su universidad. Carolina cuenta que su único apoyo fue Dios y su familia, pues nada más le daba alivio. Relata que debido al suceso se permitió más la unión a su madre y hermana. Respecto a las pertenencias de la familia menciona que no sabe nada, pues su mamá se encargó de todos esos aspectos: *“Yo no sé mi mamá que hizo todo eso. Mi mamá iba al apartamento y no sé qué hacía. Una vez le pregunté y dijo que había regalado todo ¡Literal Todo eso lo regaló! Yo no quería tener nada. Tampoco le pregunté por algo. Dejábamos que ella tomara las decisiones.* Sobre sus tíos y tías maternas dice lo siguiente: *“El primer y segundo día estaban ahí pendientes, pero ya después desentendidos no supimos más de ellos.*

Avanzando en su relato de vida, Carolina recuerda a su padre como el mejor papá del mundo, un hombre lleno de amor que presumía la belleza y ternura de sus hijas. Sobre la relación de sus padres recuerda lo siguiente: *Pues ellos se iban a comer todo el tiempo, todos los días almorzaban en la calle. Él la llevaba a distintos restaurantes de la ciudad, él era muy detallista con ella; el día de la mujer, el día de la madre, no tenía que haber una fecha especial, él le regalaba cualquier cosa.* Recuerda que su padre no era estricto, al menos, no con ellas, solo se molestaba cuando sus hijas hacían cosas irresponsables como evitar la ruta del colegio y tomar vehículos alternos. Carolina continúa hablando sobre regalos de su padre que atesora: *Una cajita que tengo ahí, en ella guardo un reloj, un lapicero y una billetera, me la trajo de un viaje a Bogotá. Antes lo usaba, pero me daba miedo perderlo, por eso ya lo mantengo guardado.*

Al dialogar sobre los cambios a nivel familiar y de la unión entre el núcleo, Carolina menciona lo siguiente: *¿Qué pasó? No estuvimos enteradas de nada, mi mamá y mi hermano asumieron todas las responsabilidades. A nosotras solo nos decían ¡vayan aquí! ¡Hagan esto, lo otro y ya! No sabíamos más. No sabíamos cómo pasaban las cosas. Si mejoraban, si empeoraban, no sabíamos nada.* Continúa relatando que su economía familiar es complicada, pero solo importa que tengan salud. Contrastando con la economía familiar actual y cuando estaba su padre menciona lo siguiente: *“No, ahora estamos estables, con mi papá había mucha incertidumbre. - Incertidumbre que desapareció.* Subraya que su vida familiar es bonita y tranquila. Antes de terminar su relato menciona lo siguiente: *No, pues yo digo que al que le pase lo que nos pasó... ¡Sería culo de gonorrea... Odiaría al mundo! No sé, supongo que estaría muy lleno de odio.*

Haciendo esta intervención Carolina termina su relato. En su rostro se evidencia el malestar por conversar sobre su vida y su padre. Al agradecerle por su tiempo, Carolina guarda silencio, me mira y con rabia dice: *Nadie sabe sobre nuestra vida, si alguien se entera de algo ¡Es su culpa!* La relación de amistad se volvió tensa y con el paso del tiempo se fue olvidando por petición de ella.

Capítulo IV: “La muerte del padre es un duelo que se hace toda la vida”

Un intento por analizar los relatos de vida

Nos pretendíamos dispuestos a sostener que la muerte era el desenlace natural de toda vida, que cada uno de nosotros era deudor de una muerte a la Naturaleza y debía hallarse preparado a pagar la deuda, y que la muerte era cosa natural, indiscutible e inevitable. Pero, en realidad, solíamos conducirnos como si fuera de otro modo. Mostramos una patente inclinación a prescindir de la muerte, a eliminarla de la vida. Hemos intentado silenciarla e incluso decimos, con frase proverbial, que pensamos tan poco en una cosa como la muerte, como nuestra muerte naturalmente. La muerte propia es, desde luego, inimaginable, y cuantas veces lo intentamos podemos observar que continuamos siendo en ello meros espectadores (...) En el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que es lo mismo, que en lo inconsciente todos nosotros estamos convencidos de nuestra inmortalidad. (Freud, 1915, P. 12).

Con la cita anterior se deja en evidencia lo dicho por el psicoanálisis respecto a la muerte: *en el inconsciente no hay muerte, somos inmortales*. De tal forma, este fenómeno natural es ocultado del diario vivir, incluso se intenta negarlo a toda costa. Él filósofo francés Jean Paul-Sartre es citado por Igor A. Caruso expresando que la muerte en la consciencia humana generalmente afecta al otro; es decir, la conciencia no está en condiciones de elaborar la amenaza personal de la muerte: *Ahora me toca morir a mi* (Caruso, 1969, P. 24). Incluso podríamos intentar decir que no solo no se está en condiciones de afrontar la propia muerte: *sino que no se está en condiciones de elaborar la muerte del otro, de un ser querido*. En el caso de esta monografía, la muerte del padre. Los relatos narrados en el capítulo II y III dejan en evidencia que no sé esperaba bajo ninguna circunstancia la muerte del padre/esposo, aun cuando el padre estuviera sufriendo un quebranto de salud crónico y degenerativo como fue el caso de la familia González Zapata.

Incluso tiempo después del duelo y el paso implacable de los años permitió a los dolientes considerar que su pérdida ya había pasado. Es un duelo que sigue e intensifica su dolor en los tiempos destinados para el padre o la unión familiar, como lo son el cumpleaños de su progenitor fallecido, junio con su día del padre y navidad, en diciembre. La pérdida siempre se siente, se vive con ella, pero no se acepta, como bien lo contó doña Paola.

El psicoanálisis ha sido una de las fuentes de investigación del duelo, la muerte y en casos determinados se habla del objeto muerto u objeto cadavérico, como lo hace el médico y analista Roberto de Zubiría (1996), al explicar los distintos problemas a nivel de salud

mental y física que puede ocasionar la pérdida de un ser querido como el padre o la madre. Problemas acarreados por una muerte incompleta en el inconsciente por parte del doliente, donde su padre o madre continúa vivo, incluso décadas después de muerto. Por lo que sugiere que no sólo basta la muerte física y sus rituales fúnebres sino que se debe “*entregar al fallecido a su muerte*” a través de la terapia y el análisis del duelo.

Del acompañamiento en el duelo a la soledad en las sociedades contemporáneas

No intentaremos discutir mucho más de psicoanálisis que de sociología, puesto que este trabajo tiene un enfoque predominantemente sociológico. La sociología ha logrado avanzar de manera apremiante hacia el estudio del duelo y la muerte, esto lo expone bien Norbert Elías (1982) en su texto *La soledad de los moribundos*. El cual nos invita a continuar investigando sobre lo que él considera una hoja en blanco: *la muerte en las sociedades contemporáneas y altamente securitizada a nivel de salubridad*. A su vez estudios clásicos como el duelo en las sociedades tribales incrustado en el libro *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa* de Durkheim (1912) o la profusa cantidad de textos científicos herencia de la antropología, nos dan luces para un estudio social de la muerte y el duelo.

En tal medida, intentaremos de manera muy enérgica llevar el duelo a su sociologización, como menciona Alluch (2006): *el duelo se convierte en acto, es llevado a su estatuto de -acto-* siendo así, proclive a un análisis sociológico.

Empezaremos hablando de la muerte y el proceso inmediatamente concomitante que es el despertar de una solidaridad del grupo. Emile Durkheim ya había discutido algunos aspectos del duelo en su texto *Las formas elementales de la vida religiosa* específicamente en el capítulo quinto, titulado *Los ritos piaculares y la ambigüedad de la noción de lo sagrado*. El autor habla sobre el carácter social del duelo, siendo la pérdida de un miembro el suceso para despertar la solidaridad colectiva y así mantener el grupo unido; parafraseando al autor, se podría decir que la muerte de un miembro funciona como pegamento (unidad) del resto, de los que quedan, volviéndose más fuertes (adhiriéndose). De esta manera el llorar y el sufrir no son producto de un sentimiento individual, sino que es un deber impuesto: *llorar a sus muertos, llorar y sufrir como obligación social*. Años después nos topamos con un magnífico trabajo del antropólogo Tolosana (2008) titulado *De la estación del amor a los diálogos con la muerte*. Trabajo donde se explora la Galicia española de inicios de los sesenta, donde se habla de un despertar de la solidaridad tras la muerte de un miembro de las comarcas gallegas:

En Galicia se muere en público, en comunidad, pero se trata de una muerte en cierto modo virtual, pues los muertos no solo siguen formando parte de la casa y el mundo aldeano, sino que los muertos viven más en Galicia. Y en algunos aspectos son más cuando no son (...) La muerte es personal y colectiva, patrimonio de los familiares y de

los vecinos porque se produce en y afecta al espacio lugareño, locus de vida comunitaria. (Tolosana, 2008, p. 101).

Tolosana nos habla de un banquete fúnebre en el que participan ambos géneros sin impedimento de la edad, deben ir *-algo los obliga a asistir*. Esa obligación es producto de su representación de la muerte, que está dirigido por una solidaridad que se despierta. La muerte sucede en la comarca, por tanto, la comarca hace parte de todo el ceremonial brindándoles apoyo a los deudos.

Estos dos trabajos clásicos nos muestran la función social del duelo: *despertar la solidaridad, reavivar la llama de la sociabilidad*. Sin embargo, los casos trabajados a lo largo de la monografía dejan en evidencia que la muerte del padre/esposo no significó necesariamente el despertar de una solidaridad familiar o el reavivamiento de lazos sociales maternos o paternos.

En el caso de las dos familias aquí trabajadas, ¿cuál fue la solidaridad de los familiares y amigos? ¿A qué tipo de sociabilidad se vieron abocados los deudos directos de los fallecidos? Como se ha expuesto en el capítulo anterior (III), los entrevistados dejaron claro que después de la muerte, en el caso de la familia González Zapata, sus vínculos paternos, es decir, sus tíos y tías por parte del padre se alejaron tras la muerte, enunciando que solo los unía el fallecido y tras su pérdida no había nada más que los uniera.

Relatan que los dejaron solos ante las vicisitudes que vinieron después a nivel emocional y económico. Los lazos maternos formaron parte del proceso de duelo pero no en modo de solidaridad, sino más bien en aprovechamiento y ejercicio de poder. Puesto que comenzaron a humillar a su hermana y sobrinos por la comida, en ciertos momentos de mayor desesperación económica, sus familiares hicieron que les vendieran sus pertenencias a precios irrisorios, invitándonos a pensar que no se despertó la solidaridad del grupo.

En el caso de la familia Salamanca Betancourt evidenciamos el mismo fenómeno, en el sentido que después de la pérdida de su padre/esposo, la familia de este se esfumó, perdiendo el contacto de sus sobrinas y su esposa/viuda. La familia materna estuvo los días posteriores al suceso pero rápidamente desconocieron la situación, incluso, al igual que la familia González Zapata sufrieron el ejercicio del poder de sus familiares maternos, mientras intentaban con mucho esfuerzo reconstruir su economía.

Estas dos historias si bien no nos permiten generalizar, nos brindan una luz sobre el duelo en las sociedades contemporáneas y altamente urbanizadas: *El proceso de duelo tiende hacia la individualidad y se limita a la familia nuclear, esto no necesariamente significa la unidad de un grupo más extenso tras el hecho*.¹¹, por tanto, podríamos sugerir que en estos casos se presenta un estrechamiento de las relaciones familiares, donde el

¹¹ Se debe mencionar que la solidaridad del grupo o la familia varía de un grupo a otro. En este caso contamos con dos familias que en la historia de su vida desarrollaron relaciones conflictivas y tenues entre hermanos/as, por lo que tras la muerte del esposo de doña Paola y doña Patricia los problemas ya existentes que se encontraban agazapados, salieron a escena.

núcleo familiar carga con la pérdida de su padre y deja en evidencia un alejamiento de la familia extensa y de su solidaridad. Este comentario es descrito de forma periférica por Norbert Elías al decir que ahora se tiende a morir en soledad. El autor habla de los ancianos, quienes perecen en la soledad infinita de los centros de salud, donde no permiten el acceso de un otro que acompañe el final de su vida por motivos de salubridad.

A esto podríamos agregarle: *No solo se muere en soledad, sino que el núcleo familiar, los deudos, enfrentan la pérdida en individualidad. Incluso, llevan su duelo a espaldas del mismo núcleo familiar, dirigiéndonos hacia un dolor cada vez más privado y solitario.* En estos casos no se despierta la solidaridad expuesta por Durkheim y Tolosana.

Esta soledad del duelo la podemos observar en los dos casos analizados, especialmente en los relatos que ofrecen Carlos y Christian González. Ambos hermanos enunciaron que su duelo y el dolor del proceso fueron afrontados en soledad. En el caso de Carlos por ser el mayor *-el primer hijo, debía sobrellevar la pérdida de su padre.* Este se replegó de su familia y emprendió una empresa de llanto y dolor en soledad, incluso; intentaba demostrarle a su madre que podría cumplir a cabalidad el papel del hombre de la casa así fuese simbólico en el principio *- digo al principio, puesto que perdió a su padre siendo un niño, careciendo en tal forma de edad para hacerse cargo de las situaciones de la casa en materia económica y de normas, era el hombre de la casa, solo en título.* Fue tanta la represión de sus emociones y el ocultamiento de su proceso de duelo que dejó de lado a su hermano en crecimiento, desconociendo que para su hermano, él, en verdad era el hombre de la casa. Menciono esto, debido a que Christian caracteriza la relación con su hermano como tensa debido a que Carlos le dio la espalda cuando lo necesitaba, es decir, cuando emprendió su proceso de duelo.

Christian subraya que su hermano se olvidó de él, incluso cerró la posibilidad de que él como joven en desarrollo formara parte de sus círculos sociales, obligándolo a conseguirse de forma accidentada sus propias amistades y su propio camino, es decir: *fue obligado a encontrar sus propios soportes*¹². Con esto quiero indicar que como Carlos, Christian llevó un proceso de duelo solitario y doloroso. Esto sucedió a espaldas de su madre quien se enfocó en hacer sobrevivir a la familia y darles lo mejor. Los autores Alvis-Rizzo, A., Duque-Sierra, C. P. & Rodríguez-Bustamante, A. (2015, Pág. 972), quienes trabajan el

¹² Martuccelli, D. (2007). "Soporte" en *Gramáticas del individuo*. Editorial Losada S.A. Buenos Aires, pp. 37-102. Encontramos en este trabajo la importancia del concepto de soportes, debido a que Martuccelli presenta a los soportes como todos aquellos sostenes que le permiten al individuo tenerse desde el mundo social y así mismo soportarlo. Estos sostenes pueden ser materiales e imaginarios, en este sentido encontramos que los roles sociales pueden verse como sostenes existenciales y así mismo, sin temor a equivocarnos podríamos sugerir a los padres como sostenes de los individuos en los inicios de su vida, incluso más después en su trasegar. Por lo que su pérdida (muerte) significara ser tirado al aire (quedarse sin soportes, al menos mientras transcurre el proceso de duelo). En esta medida, el individuo se verá abocado a encontrar nuevos sostenes que le permitan soportar su existencia: *Nuevos roles sociales, amistades etc.* Citando al sociólogo Ulrich Beck, podríamos decir que el individuo desarrolla una biografía del hágalo usted mismo, donde la persona estará obligada a conseguir nuevos sostenes, nuevas formas de soportar la existencia en la sociedad.

tema de la desaparición forzada de un familiar, donde no hay certeza de la muerte, pero tampoco de la vida, comentan algo de gran importancia para este trabajo:

En el caso de las familias participantes, las mujeres, madres o abuelas debieron dejar las actividades domésticas y la crianza de sus hijos, hijas o nietos para salir a trabajar. Esto las llevó a asumir un nuevo rol, lo que produjo transformaciones a nivel personal y familiar (...) En relación con dichas transformaciones pudimos observar dos tendencias: satisfacción con el rol o padecimiento del rol. En la primera, las madres, hermanas o abuelas consideran que su nuevo papel en la familia contribuye al bienestar de todos y todas, especialmente de los más pequeños. Aunque esta adaptación resulta difícil, ellas promueven una actitud proactiva en sus hijos e hijas, lo cual impacta su identidad, generalmente de manera positiva. En la segunda, la nueva situación resulta desafortunada para las mujeres, porque han tenido que renunciar a aspectos que las definían en el mundo, además se sienten incapaces e impotentes frente a actividades antes atribuidas a los hombres y que, al dedicarse a ellas, han generado en sus hijos, nietas o nietos otra pérdida.

Esto nos invita a pensar que incluso en el núcleo familiar el duelo se llevaba a espaldas de los otros, por tanto la familia González Zapata se presenta fraccionada tras la pérdida de su padre.

En la familia Salamanca Betancourt por ausencia de información no se puede discutir sobre este fenómeno. Si bien su madre debió cambiar de rol y comenzar a trabajar, sus hijas se mantuvieron unidas, gozando de lazos sólidos con ausencia de malestar entre ellas (en apariencia) considerándose una el soporte de la otra.

La función social del duelo

Continuando con el análisis, nos centraremos esta vez en la ceremonia fúnebre, aspecto de importancia considerable para el proceso de duelo en general.

En su texto “El tratamiento del duelo: asesoramiento psicológico y terapia”, el psicólogo Worden (1997) discute que tras la pérdida de un ser querido son de especial ayuda los rituales tradicionales como entierros, velación de cadáveres, novenas fúnebres, etc. Aspecto concreto que muestra la muerte del ser querido. En tal medida estos ritos funerarios permiten reconocer con mucho dolor que el ser querido ya no está.

Sobre los ritos fúnebres, la antropología nos ha dotado de diversos materiales en los que queda en evidencia la función social de este tipo de ceremonias. Retomando a Tolosana este dice lo siguiente:

(...) La llamada del cuerpo muerto es prontamente atendida por sus vecinos; viene enmarcada en una piadosa tradición cristiana que activa las obligaciones con los que les han precedido. Se apersonan, se arrodillan y rezan, acompañan al difunto <<representando duelo>>, en seriedad y silencio, como requiere la situación, consolando también a la familia. Este comportamiento ritual estaba precedido en As Mariñas por la cruz parroquial; en toda la región comienza el velorio con el rezo de uno o varios rosarios (...) la veneración ritual del muerto reactiva el significado moral de la institución familiar que obliga a los parientes a comportarse en solidaridad nuclear (...) el rito es una infausta llamada a la concienciación de algo primordial, al reconocimiento del hecho de la muerte. (Tolosana, 2008, Pag.126).

Tolosana nos muestra que los sentimientos morales hacia la familia y la localidad son despertados por el ritual y no tanto por la muerte en sí. El autor no solo nos habla de esto, sino sobre la ritualidad de las muertes, es decir, por edad y género, siendo la muerte de un infante motivo de penurias y sollozos, por el contrario la muerte de un anciano acarrea un aire festivo de celebración. Con esto podemos decir que los ritos fúnebres dirigen y contienen las emociones dispersas en el contexto, las ordenan en una serie de actos y prácticas.

Retomando a Worder, encontramos que la muerte debe entrar en un proceso de aceptación dirigido por este tipo de ceremonias, podríamos decir, con un poco de vergüenza, *que el muerto no está muerto hasta que se entierra*. Los casos relatados en los capítulos anteriores nos muestran falencias en los aspectos de las ceremonias fúnebres. En la familia González Zapata encontramos que sus hijos estaban muy pequeños cuando enterraron a su padre, careciendo de maduración en el aparato psíquico que les permitiera entender el suceso, de hecho no lo recuerdan con exactitud, dificultando así la aceptación del suceso. Su esposa y viuda lo recuerda muy bien, pero caracteriza el momento como muy doloroso y determina que ninguna de estas ceremonias fúnebres le permitió sobrellevar la pérdida, por el contrario desencadenó una rabia hacia Dios por haberle quitado a su esposo. Las misas póstumas no ofrecieron ningún alivio, no lograron aplacar el dolor, incluso las frases profesadas por los curas de una mejor vida, la vida eterna o se encontrarán algún día, no surtieron ningún efecto¹³. El efecto reconfortante de estas palabras en la familia González Zapata no encontró cobijo, de hecho, rompieron su fe hacia Dios, pues se comenta ¿Por qué le pasó esto a una persona tan buena y creyente como mi esposo? Esto lo menciona doña Paola, viuda de don Alberto quien perdió su fe y amor hacia Dios por seis años, después de la pérdida. Sus hijos, Carlos y Christian experimentaron lo mismo; Christian actualmente continúa con disgustos frente a estas

¹³ El nulo efecto causado por las palabras de aliento de los emisarios de Dios, se puede explicar por lo que Max Weber denomina como *el desencantamiento del mundo*; donde la puesta en escena de la racionalidad fracciona la creencia fiel en una *entidad divina y superior* que provee una vida después de la muerte. También se debe hacer mención a que el papel de la religión en la vida puede ser leído desde la importancia que se le da en cada familia o incluso en el origen cultural de las familias, por lo que las miradas sobre este fenómeno pueden ser variadas.

frases y hacia la religión católica, diciendo que no cree en nada, pues dice que hizo muchas oraciones de todas las formas posibles, pero no fue escuchado, alejándose así de las prácticas religiosas.

El caso de la familia Salamanca Betancourt también nos permite evidenciar algunos aspectos limitados pero importantes respecto a los rituales fúnebres. En este caso, los miembros de la familia no fueron parte del velorio o del entierro por temor, limitando así la aceptación del hecho. En este caso, tenemos a unas hijas adolescentes de entre 14 y 16 años que vivieron la muerte de su padre, es decir, el hecho. Pero fueron relegadas de las ceremonias póstumas, haciendo que su proceso de duelo fuese más complejo debido a que no pudieron despedirse de su padre.

Encontramos posturas como la de la socióloga Yenifer Luna (2016), en su monografía: *Duelos y repertorios de las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia*, que nos muestran que en contextos de extrema violencia como lo es el conflicto armado hacer el duelo de un familiar significaría encontrar la propia muerte, por lo que no hay tiempo para esto, solo para huir. Continuando con la familia Salamanca, su hija mayor cuenta que las misas que se celebraron después fueron en extremo complejas y que no le ofrecieron alivio sino dolor. Como se dejó en evidencia en el capítulo tres, la familia Salamanca Betancourt no se sentía bien al hablar de esto, por lo que se carece de información para ahondar más en el análisis, pero lo poco dicho en sus relatos, nos permite observar lo siguiente: *no formar parte de las ceremonias fúnebres, repercute de manera pronunciada en el proceso y aceptación del hecho*. Fuera de los micrófonos y la entrevista, Carolina explicó que no iba al cementerio porque no soportaba aceptar que su padre estuviera allí y no con ella, a su vez relata con rabia que hablar de lo que pasó con su padre es aceptar el hecho de que él ya no está, cosa que es infinitamente imperdonable y doloroso.

Su hermana menor y su madre doña Patricia, no hablan del tema, no dan explicaciones. Doña Patricia relata que siempre le manda a hacer misas para conmemorar su partida a las que solo asisten ellos (sus hijos y ella), las hace en su memoria y para honrarlo. La familia Salamanca Betancourt pese a la pérdida tan repentina y trágica de su padre no culparon a Dios, no se alejaron de la iglesia católica, por el contrario se fortaleció su fe, convirtiéndose así en un método de afrontamiento respecto a la vida, donde el nos veremos en una mejor vida cobró un efecto relevante, permitiéndoles continuar con su vida.

La influencia de la forma de muerte en el proceso de duelo

En las páginas anteriores se inició una discusión sobre la muerte y su negación en vida. Lo que se intentará ahora, es analizar el papel que desempeña la forma de la muerte (enfermedad crónica/terminal, suicidio, violencia, entre otras) en el proceso de duelo y las formas de hacerlo de las dos familias trabajadas.

El duelo según Freud (1915) es una constante que aparece como reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción u objeto que haga las veces de objeto receptor de afectos. En este sentido menciona que abstracciones como la patria, la libertad, un ideal, etc., y su pérdida puede desencadenar un proceso de duelo. Freud menciona que el duelo trae desviaciones de la conducta normal debido a que la reacción frente a la pérdida de la persona amada desemboca en un desinterés por el mundo exterior, por todo lo que no recuerde al muerto (la vida misma sin esa persona). En tal sentido el autor plantea que el hacerle frente a la pérdida acarrea un desinterés por el mundo en todo lo que no recuerde al ser perdido. Es posible ampliar esto debido a que la persona en tarea de duelo encuentra sentido al mundo en la medida de que este puede ser enfrentado a partir de los recuerdos con el fallecido o su abstracción. A su vez Freud hace especial mención a que el doliente carece de la capacidad de elegir otro nuevo objeto de amor que reemplace al llorado, evitando cualquier trabajo productivo que no implique el recuerdo del fallecido dejando como muestra que esta inhibición y esta estrechez del yo expresan en sí mismo una entrega incondicional al duelo que nada permite a otros propósitos e intereses.

El duelo como proceso menciona Freud, está acompañado de diferentes síntomas, donde el primero de ellos se presenta como la negación del hecho (acto que produce alucinaciones y culpas, debido a que el objeto perdido se encuentra permeado por distintas conexiones, huellas psíquicas y libido, que en el proceso de duelo se deben ir desvaneciendo). Luego menciona que un trabajo de duelo se ve dirigido por el principio de realidad que triunfa sobre la alucinación, mostrando la renuncia al objeto como un proceso. Cabe mencionar que el concepto de duelo en Freud ha sido ampliamente trabajado y se ha intentado hacer palpable en el plano (si se quiere) social.

Un autor que lo hace es Allouch (2006), quien plantea que en el proceso de duelo se deja un trozo de sí, un poco de existencia y que esto tiene un impacto en la subjetividad y la vida del individuo y que a pesar de ello el individuo elige seguir, aceptar que el fallecido está en el lugar que le corresponde y se plantea una erótica del duelo, una muerte seca.

Familia González Zapata

Aquí encontramos que la muerte de don Alberto está precedida por un error médico, aspecto que lo dejó en estado vegetal en el que sobrevivió un año antes de su muerte. Lo que más retrata la familia es la paulatina degeneración física de su padre: (pérdida de peso, pérdida de funciones motoras, entre otras). Pasar de conocer a un padre saludable y atlético que jugaba fútbol y practicaba natación, el cual llegaba todas las tardes a jugar con sus hijos, construyéndoles juguetes de madera, pintando cuadros al óleo y leyendo en las noches con su esposa los libros más diversos, después de un mal procedimiento médico quedó tendido en una cama muriéndose lentamente como expresa su hijo. Este proceso degenerativo marcó las prácticas de la familia.

Su esposa debió optar por los trabajos del cuidado que anteriormente eran dedicados a sus hijos. Sus pequeños hijos pasaron de jugar con él a hacerle compañía en una habitación de la cual no podía salir debido a su estado. El pasatiempo de sus hijos era contarle su transcurrir diario después de las clases, oraban por su recuperación en las noches y lo besaban en la frente antes de salir de casa. La muerte era inminente según los médicos y terapeutas tratantes, pero la familia no consideraba lo mismo, querían que estuviera viéndolos crecer; suceso que se vio aplastado por una insuficiencia respiratoria que se llevó a don Alberto.

Las ceremonias fúnebres estuvieron precedidas siempre por los símbolos de la guardia del Impec, haciendo un ritual simbólico y meritorio que permitió con mucho dolor entregarlo a su última morada, pero también recordarlo y sentirse orgullosos de él. La muerte de don Alberto afectó en la vida familiar trastocando la economía estable y fructífera que habían construido, llevando a cambios de roles de forma forzosa. Su esposa pasó del cuidado del hogar a lo que se conoce como el rebusque, intentando solventar todos los gastos que se cernieron sobre ella. Sus hijos pasaron de un colegio privado a uno público sin mucho entendimiento, y no buscándolo debieron formar parte de las tareas del hogar, ya no como les había enseñado su padre los domingos, sino todos los días. Ellos debían encargarse de la casa mientras su madre trabajaba en lo que le saliera, este aspecto profundizó la ausencia del padre haciendo que cambiaran sus prácticas de forma accidentada.

El recuerdo de don Alberto en cuestión de objetos siguió manteniéndose en su casa, no ocultaron sus objetos, puesto que estos les ofrecían un soporte y significaban una forma de afrontamiento, mostrando que no había mejor cosa para sentirlo cerca, que mirar sus pinturas. La muerte de su padre afectó de sobremanera a los hijos, quienes ya no tenían con quien jugar y sobre todo quien los complaciera en sus caprichos de niños en cuanto a tiempo y dinero; pero no solo sucedió esto, su madre, doña Paola desarrolló estrés y dolor ante la vida, volviéndose implacable con sus hijos, golpeándolos muy duro, relata Christian. Esta actitud hacia la vida y hacia sus hijos se encuentra explicada por la Psicoanalista Erna Furman (1974), quien habla sobre el desplazamiento como proceso de protección de la psiquis, en la que la persona en duelo desplaza hacia afuera todo el dolor o rabia que lo embarga; en este caso, podemos sugerir de manera humilde lo siguiente: *la madre golpeaba a los hijos tan fuerte, porque canalizaba su dolor en ellos, canalizaba la rabia que le tenía al médico que mató (así lo enuncia ella) involuntariamente a su esposo, en sus hijos, convirtiendo esto en una práctica de desahogo.*

Sobre la cuestión de volver sentimientos en prácticas, encontramos una magnífica obra antropológica que es iluminadora para este trabajo. El antropólogo Renato Rosaldo en su texto *Cultura y Verdad* (1993), nos muestra la práctica cultural de la tribu Ilongot de filipinas, tras la pérdida de uno de sus miembros. En esta tribu, como lo conté en la presentación de este trabajo, tras la pérdida de uno de sus miembros, los deudos eran presa

de una rabia intensa y un dolor sin precedentes que los llevaba a cortar la cabeza del primero que se apareciera, este caso nos muestra como una práctica cultural tiene al menos una parte de su génesis en la emocionalidad. Esta práctica era utilizada como forma de duelo de la tribu, alejándose de una lógica de ojo por ojo, sino más bien como un lamento generalizado de la tribu, retomando a Durkheim, diríamos: *que es lo que se debía hacer*.

Decimos aquí, siendo esto un producto criticable, que la muerte de don Alberto pese a ser degenerativa y dolorosa en extremo (para su esposa e hijos), permitió que él contara con la compañía de sus seres queridos para recibir la muerte, aspecto que influyó de manera positiva (teniendo en cuenta la cantidad de ceremonias solemnes *post mortem* de las que fue parte) en el proceso de duelo. Esto permitió a la familia continuar viviendo en la casa con los productos artísticos de don Alberto, pero sobre todo, la compañía brindó aunque sea eclipsado por el dolor, una muerte cálida en compañía.

Familia Salamanca Betancourt

La familia Salamanca Betancourt perdió a su padre en el 2012, cuando sus hijas estaban en la adolescencia, la familia nunca habló de la forma de muerte, incluso no formaron parte de ninguna ceremonia por temor. Esta ausencia en su relato y su no participación de los ritos fúnebres, nos indica que fue una muerte violenta y sumamente accidentada¹⁴; por esto la ausencia de palabras frente a los hechos. En este caso podemos palpar de forma más clara la influencia de la forma de muerte en el proceso de duelo, tras la no participación de sus hijas y esposa en los ritos funerarios. Encontramos aspectos como el dejar abandonado el apartamento en el que vivía y no volver a ver sus cosas, como una forma de alejarse de todo lo que significó el hecho y quizás un pasado muy emocional; a su vez aparecen hechos concretos como el desconocimiento de las ceremonias fúnebres, por no ser parte de estas debido al miedo, lo que despierta el sentir de alguna amenaza a la familia, hecho que ocasionó: *no ser parte activa del entierro de su padre*. Para entender un poco mejor esta situación, retomamos el trabajo del periodista Javier Osuna, titulado *Me hablaras del fuego: Los hornos de la infamia* (2015). El cual nos relata la macabra historia de los hornos crematorios creados por el Bloque Fronteras de las autodefensas en la región del Norte de Santander, donde desaparecieron entre las llamas a más de 560 personas. Retomó este trabajo puesto que en el se extiende el sufrimiento y la imposibilidad de cientos de madres y pobladores de hacer el duelo por sus hijos, esposos y familiares debido a que el contexto de violencia extrema desapareció a sus familiares y les negó la oportunidad casi sagrada de llorarlos, incluso, llevar a cabo un ritual de entierro; pues de manera trágica los

¹⁴ Las ausencias en su relato respecto a la forma de muerte y su imposibilidad para asistir a las ceremonias fúnebres nos invita a pensar que fue violenta, pero debo subrayar que esta apreciación puede ser errada.

paramilitares no dejaron nada para hacerlo¹⁵. No solo esta esto, sino también que estas familias fueron víctimas de amenazas que los llevaron a dejar la región, aspecto que los llevó (aun) a cargar con un duelo infinito; donde no solo tienen que lidiar con la muerte de su ser querido, sino también con la imposibilidad de llorarlo y recordarlo; por esto para la familia Salamanca Betancourt le es tan difícil recordar a su padre.

También se encuentra en los relatos que sus hijas no fueron parte de la reconstrucción de su vida familiar a nivel económico, pues su madre y hermano mayor se encargaron de trabajar y restablecer la economía familiar ampliamente afectada por el deceso de don José, puesto que él era el encargado de complacer económicamente a sus hijas y su familia. Los recuerdos del padre en cuanto a objetos como ropas o accesorios, desaparecieron rápidamente de la vida familiar, debido a que todo lo que quedó en el apartamento, doña Patricia se encargó de regalarlo. En su vivienda queda el recuerdo vivo de su padre en la memoria de cada miembro y en unos pocos (pero de gran tamaño) cuadros que decoran la casa. No hay fotos del padre, pues todas están guardadas en álbumes familiares que doña Patricia guarda con gran recelo. No se habla del padre en la familia Salamanca Betancourt por parte de sus hijas, debido a que su pérdida se vive como reciente, casi todos los días. Su esposa lo recuerda cuando sale de compras o va a sitios campestres, es la única que habla de él y de su amor por él. Carolina, su hija mayor relata anécdotas de él, pero solo cuando no está su hermana o su mamá pronunciando frases como *era el mejor papá del mundo* o *Era mi más fiel protector, era mi amigo*.

Su pérdida afectó gravemente la economía familiar, tanto, que la familia debió mudarse donde una persona (cosa a la que se vieron abocados, pues siempre intentan salvaguardar su privacidad y espacio) y recibir ayudas no acostumbradas en su vida. Los gustos materiales y los picos de buena economía de los que gozaban se esfumaron alrededor de un año. Carolina debió recurrir al Icetex para seguir financiando su carrera, pues antes su padre le pagaba la carrera. Su hermana por su parte terminó el colegio, entró a una universidad privada del sur de Cali donde no disfrutó las clases y emigró rumbo a Medellín donde estudia veterinaria con la ayuda del Icetex. Ellas no formaron parte de la reactivación económica, su madre junto a su hijo mayor empezaron de cero en la industria de la moda, alejándose así doña Patricia de la vida como litigante y penalista. Ella junto a su hijo se hicieron cargo de la situación económica, que se estabilizó al año de la pérdida de su esposo. La familia no tuvo dificultades en cuanto a la organización del hogar, ya que siempre tuvieron la ayuda de su empleada, ella se encargó de la atención de Carolina e Isabela mientras su madre comenzaba a trabajar.

Lo relatado hasta aquí, nos muestra que la forma en la que murió el padre influyó el proceso de duelo, debido a que no pudieron hacerlo, su proceso de duelo enfrentó muchas

¹⁵ Debemos mencionar la importancia del cuerpo para los rituales fúnebres y sobre todo la importancia del cuerpo para las sociedades occidentales, Para examinar esta postura se sugiere revisar el siguiente texto: Breton, S. (2007) ¿Qué es un cuerpo?, en *Revista Posiciones*, 2, Universidad del Valle, pp. 4-21.

dificultades. No pudieron ser parte del velorio ni de su entierro por motivos ajenos a su voluntad, debieron seguir adelante sin la oportunidad de despedirse de él, sin llorarlo en su momento. Retomamos a Worder diciendo que para realizar el proceso de duelo (iniciarlo) no hace falta solo la muerte, sino que es de gran importancia los ritos fúnebres que vienen después, esto, para poder aceptar la pérdida. En este caso vemos a una familia abatida por la muerte de su padre que no tuvo la posibilidad real de llevar su duelo: *aspecto que complicó y aun complica la aceptación de su pérdida, generando un duelo continuo e interminable para sus hijas.*

Conclusiones

En la presente investigación se intentó abordar el proceso de duelo y la recomposición de dos familias que habían perdido al padre en diferentes hechos. Se procuró hacer una conversación permanente entre lo dicho por el psicoanálisis, la sociología y la antropología en diversos trabajos.

Una de las búsquedas de este trabajo era la reconstrucción de la vida familiar antes de la pérdida, razón por la cual se destinó el capítulo dos a esta tarea. El capítulo tres contó con los relatos sobre la muerte, el proceso fúnebre y el impacto en la vida familiar. Esta secuencia buscaba que el lector pudiera contrastar los cambios acaecidos a las familias en algunos ámbitos del hogar y a nivel subjetivo tras la muerte de su padre.

En el análisis, que no deja de ser limitado y en sí mismo objeto de críticas, buscaba escudriñar a través de los extensos pero valiosos relatos, la forma en la que influyó la forma de la muerte en el proceso de duelo, puesto que mi formación sociológica me invita a pensar que incluso en el proceso triste e insufrible de la muerte hay una influencia innegable de los factores: *sociales y culturales, que determina la construcción del trabajo de duelo por parte de los deudos*. Esta investigación limitada en espacio y tiempo, no solo dejó en evidencia el aspecto subrayado anteriormente, sino que dio luces sobre lo que acontece con la muerte y el duelo en las sociedades contemporáneas, señalando que no necesariamente la muerte reactiva la solidaridad social del grupo familiar o de grupos cercanos, mostrando cambios en lo planteado por Durkheim sobre el duelo como proceso unificador de la tribu o como lo expuso Tolosana al hablar sobre un duelo privado y público (social) que despierta la solidaridad y moral de la comarca para con el fallecido y su familia.

Encontramos en los casos trabajados lo planteado por Norbert Elías: *una muerte relegada del espacio público, un dolor tras bambalinas, más privado, dirigiéndose casi a la individualidad del duelo*. Como bien relataron las familias, se quedaron solas/os en el proceso de duelo. Solamente vieron a sus familiares maternos y paternos en el velorio y entierro, pero rápidamente se esfumaron, dejando a la familia nuclear el afrontamiento en solitario de un hecho trágico como este. Incluso se debe subrayar que el duelo se lleva a las espaldas de la familia, como es el caso de los hijos González Zapata, que sufrieron cada uno la muerte de su padre de forma privada sin conocimiento de su madre. Esto vislumbra algo que ha estudiado de manera dedicada el sociólogo Danilo Martuccelli y es: *la individualización de los distintos procesos sociales -que en sucesos tan terroríficos como la muerte carece de unos lazos sociales fuertes*. Debemos mencionar que en los dos casos trabajados se evidencia este fenómeno, pero sería necio intentar generalizarlo puesto que la solidaridad familiar o de un grupo cercano puede variar de una familia a otra.

También se quiere hacer mención a las distintas representaciones de la muerte, puesto que al variar estas, cambia el proceso de duelo y los ritos incluidos allí. En este caso se contó con las representaciones Judeo-cristianas de la vida después de la muerte, que en uno de los casos trabajados (Familia González Zapata) no surtió efecto en la suavización de la pena. Textos como “La muerte y la mano derecha” de Robert Hertz (1990) nos muestran las distintas representaciones de la muerte y las más variadas formas de llevar el duelo; en el que comunidades étnicas aguardan a que el cadáver pierda toda su carne de forma natural para así proceder a su entierro (esperan años). También se muestran tradiciones como la de no acercarse al cadáver pues este está en etapa de purificación y si llega a ser tocado, la desgracia acompañara al personaje que lo hizo. Nancy Scheper-Hughes (1977), también nos muestra las diferencias respecto a la muerte, trayendo a escena el pensamiento que acompaña a las madres pobres de una barriada popular de Brasil, que conciben la idea sobre hijos fácilmente sustituibles e incluso se piensa de niños nacidos que piden morir. En este caso no existe duelo, pues el contexto empobrecido desarrolla en las madres una conciencia práctica de la muerte, dándose así, una muerte sin llanto. Estos textos, incluyendo este trabajo de grado, le apuestan y quieren dejar en evidencia que la muerte es atravesada por las relaciones sociales, por una cultura, por unas formas de despedir a los muertos según el anclaje social, como bien lo sintetiza el filósofo Derrida:

Toda gran cultura es ante todo una cultura de la muerte. Cada cultura se caracteriza por su manera de aprehender y tratar el fenómeno de la muerte; sus propios ritos fúnebres, sus prácticas de duelo y sepultura, su propia valoración de la existencia, de la vida colectiva o de la vida individual. No hay cultura sin culto a los antepasados, sin ritualización del duelo, sin lugares y modos institucionales de sepultura. (Derrida, 1998, p. 77; tomada de García, 2010:49).

Por otro lado, debo reconocer los límites de este trabajo puesto que lo descrito a largo de esta monografía se ancla de forma exclusiva a las dos familias, de las cuales no se trabajaron todas las diversas variables que componen la complejidad de la vida y de la muerte, aspecto por el cual no se puede generalizar. La solidaridad de un grupo con respecto al duelo puede variar de un grupo a otro, a su vez pueden variar los métodos de afrontamiento del hecho y el significado mismo del padre. Pero aun así, estos casos arrojan luces sobre el comportamiento social de la muerte en la actualidad: *una muerte privada y alejada del escenario social*. La muerte y el proceso de duelo son en sí mismo un tema interesante y misterioso, investigarlo significará escribir sobre una hoja en blanco, como lo sugiere Norbert Elias. De tal manera, la muerte y el duelo se convierten en un tema inacabado, y repleto de variables. Sería recomendable que en futuras investigaciones se contara con más casos y la utilización de diferentes metodologías que permitieran a través de comparaciones dar nuevas luces sobre este tema. También se sugiere que sería en extremo interesante examinar variables como el género en el proceso de duelo, para comprender si el dolor o la forma en que se expresa este, actúa bajo los roles socialmente establecidos: “hombre fuerte” y “mujer sensible”. Sería sugerente a su vez contrastar las

pérdidas del padre y de la madre, para esclarecer si hay algún tipo de diferencia en el duelo y en la reorganización familiar formulando la siguiente pregunta: ¿significara lo mismo perder a la madre que al padre?

En las últimas líneas de este trabajo nos gustaría hablar del significado del padre. El psicoanálisis en su vasta producción académica se ha encargado de hablar del padre y su influencia en la psiquis como un “Súper yo”, la Sociología de la familia también ha trabajado el papel fundamental de este en la sociedad y en la consolidación de redes sociales de apoyo. En este caso queremos tomar distancia de estas posturas y hablar del padre desde la intimidad de sus hijos a través del siguiente texto, escrito por el autor de esta monografía que a su vez es dedicado a don Alberto y don José, los dos padres ausentes acerca de los que gira esta investigación:

A mi padre

Mi padre, mi compañero y amigo. Se hacía chiquitico con nosotros, nos montaba en sus hombros y nos hacía sentir como súper héroes. Padre celoso. Que se molestó cuando tuve mi primer novio, pero lo aceptó porque ese era el trascurso de la vida.

Padre mío, quien lloró en mi primera comunión porque pensó que me vería así al casarme. Padre mío, que se despedía de mi madre de beso en la frente antes de ir a trabajar, dejándome como recuerdo, el ósculo que perpetuaba el amor.

Padre mío, te quedabas sin dinero cumpliendo mis caprichos de niña. Padre amoroso que se metió en problemas con mi madre por regalarme un perrito. Amado mío, padre bondadoso que buscaba cualquier excusa para llevar a mi madre a cenar sin olvidarse de nosotras también.

Padre mío, quien nos llevaba a la escuela incluso yendo tarde a trabajar. Padre mío, quien me dejó el arte como herencia y una biblioteca repleta de mundos donde le puedo imaginar. Padre mío, quien me enseñó a ayudar al otro a través de la medicina del amor.

Padre mío, no te olvido. Padre mío, no te olvido. Siempre serás paz, siempre serás el significado del amor. En la inmensidad, te amamos papá.

Bibliografía

- Allouch, J. (2006). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Cuenco de la plata: Córdoba, Argentina (1ª ed. 1996).
- Alvis, A; Duque, C; y Rodríguez, A. (2015). Configuración identitaria en jóvenes tras la desaparición forzada de un familiar, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 13 (2), pp. 963-979.
- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, Elisabeth, (2003). Adiós a lo tradicional (Capítulo I) en: *La individualización, El individualismo institucionalizado y sus consecuencias políticas y sociales*. Editorial Paidós, Barcelona.
- Cabodevilla, I. (2007). Las pérdidas y sus duelos, en *Anales Sis San Navarra.*, 30 (Supl. 3), pp. 163-176.
- Caruso, I. (1969). *La separación de los amantes*. Siglo XXI Editores
- Correa, I. (2012). Duelo por pérdida de un hijo(a): historia de vida de padres y madres de la fundación lazos Medellín, en *Revista En Clave Social*, no.2, vol. 2, pp. 70-78. Antioquia.
- Das, V. (2008). El acto de presenciar. Violencia, conocimiento envenenado y subjetividad, en *Veena Das. Sujetos del dolor, agentes de dignidad*, Bogotá: PUJ/ Universidad Nacional, pp. 217-250 [1ª ed. inglés, 2000; trad. M. Holguín].
- Durkheim, É. (1993). Los ritos piaculares y la ambigüedad de la noción de lo sagrado, en *Las formas elementales de la vida religiosa*. Alianza Editorial: Madrid., pp. 588-624
- Ekelund, A. (productor), Berman, I. (director). (1957). *El séptimo sello* {cinta cinematográfica}. Suecia. AB Svensk Filmindustri
- Elías, N. (1982). *La soledad de los moribundos*. Fondo de Cultura Económica: México.
- Fassin, D. (1999). La patetización del mundo: Ensayo de antropología política del sufrimiento, en *Cuerpo, diferencias y desigualdades*. Utópica Ediciones: Santafé de Bogotá, Colombia pp. 31-40.
- Furman, E. (1974). *Cuando muere uno de los padres del niño: Estudios psicoanalíticos sobre el duelo en la infancia*. Programa Editorial de la Universidad del Valle, Cali.
- Freud, S. (2003). Duelo y Melancolía, en T. D. Etcheverry, *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras 1914-1916* (2ª ed.). Amorrortu: Buenos Aires., pp. 235 – 256
- _____ (1915). Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte. Edición Electrónica www.philosophia.cl / Escuela de Filosofía Universidad Arcis., pp. 1-23.
- García, A. (2010). El estudio del proceso de duelo, en *El significado de perder un hijo: la construcción discursiva del duelo de padres y madres*. Tesis Doctoral para optar por el Título de Antropólogo. Universidad de La Laguna. España, pp. 49-103.
- Hartog, F. (2012). El tiempo de las víctimas, en *Revista de Estudios Sociales*, no. 44, pp. 1-19 Universidad de Los Andes Bogotá, Colombia.

- Hertz, R. (1990). El periodo intermedio, en *La muerte y la mano derecha*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 19 - 54.
- Korblint, A. (2007). Historias y relatos de vida: una herramienta clave en metodologías cualitativas, *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. Editorial Biblos. Buenos Aires, pp. 15-33.
- Lira, E. (2010). Trauma, duelo, reparación y memoria. Dossier de la *Revista de Estudios Sociales*, no. 36, pp. 1- 15.
- Luna, Y. (2016). *Duelos y repertorios de las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia*. Monografía para optar por el título de Socióloga, Universidad del Valle.
- Moix, J; Carmona, V. (2017). Los siete secretos mágicos de la efectividad terapéutica, en *Psychologist Papers*, 2017. Vol. 39(1), Consejo General de Colegios Oficiales de Psicólogos, España., pp. 22-30.
- Osuna, J. (2015). *Me hablaras del fuego: Los hornos de la infamia*. Ediciones B: Colombia.
- Restrepo, C. (2015). La técnica en Freud, en *La técnica en Freud y sus efectos en la clínica de Lacan hasta 1964*. Trabajo de tesis para optar por el título de Magister en Investigación Psicoanalítica. Universidad de Antioquia., pp. 35-57
- Rosaldo, R. (1993). Introducción: La aflicción y la ira de un cazador de cabezas en *Cultura y Verdad: Reconstrucción del análisis social*. Ediciones ABYA-YALA: Ecuador., pp. 23- 44.
- Scheper - Hugues, N. (1997). Introducción, en *La muerte sin llanto: violencia y vida cotidiana en Brasil*. Editorial Ariel, España, pp. 9-40.
- Tolosana, C. (2008). *De la estación del amor al diálogo con la muerte*. Ediciones Akal, Madrid.
- Vázquez, C; Crespo, M; Ring, J. (2003). Estrategias de afrontamiento, en *Medición clínica en psiquiatría y psicología*, Editorial Masson, Barcelona, pp. 425-35.
- Worden, W. (1977). El apego, la pérdida y las tareas de duelo, en *El tratamiento del duelo: asesoramiento psicológico y terapia*. Editorial Paidós: Barcelona, pp. 23-39.
- Zuleta, E. (1985). Depresión, duelo y culpa, en *El pensamiento psicoanalítico*. Hombre Nuevo Editores: Medellín, Colombia., pp. 216-228.
- Zubiría, R. (1966) *Muerte y psicoanálisis: teoría de los objetos muertos*. Editorial Grijalbo: Colombia.